

Segunda sesión de trabajo:

PROTOINDUSTRIALIZACION

Moderadores: J. TORRAS ELÍAS y J. MALUQUER DE MOTES

DE LA MANUFACTURA A LA INDUSTRIA: LA REAL FABRICA DE TABACOS DE LA CORUÑA (1804-1857)

L. ALONSO ALVAREZ

Una de las posibles líneas de investigación en torno al tema de la primera industrialización es la del proceso de transformación de las manufacturas privilegiadas del siglo XVIII, herederas de los talleres gremiales, pero sin apenas otras modificaciones que las puramente cuantitativas, en modernas fábricas vinculadas ya a un contexto de producción industrial. Un proceso del que desconocemos casi todo, por la simple razón de que estas manufacturas no sirvieron comúnmente de instrumento de cambio, que habría de producirse desde perspectivas mucho más modestas. Sólo un ejemplo: de las cuatro manufacturas privilegiadas que existían en La Coruña a principios del siglo XIX (sombrerería, lona y jarcia, mantelería y tabacos), únicamente esta última superó la crisis del Antiguo Régimen y, tras un período de acomodación, terminó por convertirse en una fábrica moderna. Conocer, pues, la modalidad de esta transición, tan infrecuente en nuestra historia, pretende ser el objetivo de este estudio. Pero antes de proceder a ello conviene examinar, aunque sea en breve síntesis, el pasado de la industria del tabaco en el marco del Antiguo Régimen.

Como en los tiempos actuales, también en el período que nos ocupa la producción y comercialización del tabaco en España fue un monopolio de la Corona. A través de su venta, la Real Hacienda obtenía unos ingresos elevados que, junto con los de la sal, el papel sellado, los naipes y otros menores, constituían las llamadas *rentas estancadas*. Pero retrocedamos aún más en el tiempo.

El tabaco fue conocido en Occidente tras el descubrimiento de América. Inicialmente, su consumo debió ser muy minoritario, si hemos de prestar atención a los relatos de la época, y propio de personas excéntricas. Sin embargo, el hecho de que sea a partir de principios del siglo XVII (en 1611) cuando comiencen a gravarse fiscalmente sus importaciones nos da una idea de cómo se habría generalizado su consumo entre la mayoría de la población. Tanto es así que, en 1634, Felipe IV puso en práctica una vieja idea de los arbitristas que sugería estancar su venta como medio de obtener una nueva fuente de

ingresos. De este modo, la importación de tabaco elaborado o semielaborado procedente de las Antillas, en especial de la isla de Cuba¹, seguiría siendo libre (con la salvedad del pago de los gravámenes por introducción en la Península, como el resto de mercaderías coloniales), pero su comercialización pasaría a ser un monopolio de la Hacienda Pública, que desde 1636 sería cedido a particulares en concepto de asiento (quedaban excluidos del estanco la Corona de Aragón, que se incorpora en 1707, y las provincias vascongadas). Esta es la situación hasta 1670, fecha en que se establece la Real Fábrica de Tabacos de Sevilla² y que va a permitir al Estado ampliar el estanco al terreno de la producción³, creándose dos calidades de tabacos: el de consumo suntuario, importado de Cuba, ya manufacturado, y el de consumo popular, fabricado en Sevilla. Sólo las introducciones de tabaco siguen siendo libres, aunque condicionadas al hecho de que los importadores privados han de vender la mercancía a la factoría sevillana o bien reexportarla al extranjero. En el cuadro 1 puede apreciarse, junto al incremento normal del consumo, el efecto beneficioso del estanco de la producción sobre los ingresos estatales por renta de tabaco.

CUADRO 1

*Ingresos de la Corona española por renta del tabaco*⁴
(En millones de reales)

1630	0,34	1670	2,70
1637	0,67	1671	3,37
1640	1,17	1672	5,12
1642	1,47	1673	7,50
1650	1,67	1675	9,00
1656	1,82	1677	11,25
1663	1,91	1679	11,98
1665	2,70		

A partir de ahora, la estrategia de la Real Hacienda respecto a la renta es la de conseguir el monopolio sobre el ciclo completo de producción-comercialización, rescatando el asiento sobre las ventas. Sin embargo, las altas inversiones que exigía la cobertura comercial de todo el territorio peninsular aconsejaba medidas radicales. Tal debió ser la conclusión extraída por la Se-

¹ Se importaba también, en menores cantidades, de Virginia, Brasil, Nueva Granada, Nueva España y Filipinas.

² La fábrica inicial se remonta a 1620, y fue fundada por el armenio Carrafa.

³ Después de esta fecha debieron construirse las de Barcelona (aprovechando, tal vez, algún taller preexistente) y Madrid, de las que apenas se describen más que referencias marginales en las fuentes.

⁴ Archivo General de Simancas, *Tribunal mayor de cuentas*, legs. 1316 y ss.

cretaría de Hacienda tras la frustrada experiencia de 1684-87, en que la Corona había decidido recuperar el arrendamiento de la renta de tabaco cedido a particulares desde 1636. La situación hubo de volver a su punto de partida, pero la decisión de la Administración se mantuvo inalterable y exigía tan sólo un necesario período de acomodación: el que vino dado tras la puesta en vigor de la Real Cédula de 9 de abril de 1701, en donde se disponía el cese paulatino de los asientos a particulares en la venta de tabaco. De hecho, desde 1722 monopolizaba ya el ciclo de elaboración y comercialización del tabaco⁵, monopolio que iba a completarse con el establecimiento de asientos para la introducción de materias primas (en 1735 para el tabaco cubano, que luego pasaría a la Cía. de la Habana; desde 1728 lo disfrutaba ya la Guipuzcoana sobre el de Venezuela, y así otras) y de una legislación mercantilista para la isla de Cuba⁶, la principal proveedora de materias primas, creándose en 1760 la Real Fábrica de Tabacos de la Habana, que canalizaba toda la producción de hoja a través del estanco⁷. La renta alcanzó en este momento su cenit (véase el cuadro 2).

CUADRO 2

*Ingresos de la Corona española por renta de tabaco*⁸
(En millones de reales)

1680	...	11,9	1760	...	80,8
1683	...	7,0	1765	...	80,3
1684	...	5,2	1770	...	89,4
1687	...	7,4	1775	...	93,5
1698	...	9,1	1780	...	97,2
1722	...	24,2	1785	...	100,7
1725	...	29,5	1790	...	100,7
1740	...	57,8	1795	...	100,4
1745	...	62,2	1800	...	100,2
1750	...	68,5	1804	...	50,9
1755	...	75,3			

Durante el último tercio del XVIII vamos a asistir a un aumento del gasto público debido, entre otras causas, a las tensiones con Inglaterra. De hecho,

⁵ Lo refiere J. CANGA ARGÜELLES, *Diccionario de Hacienda*, Madrid, 1834, t. II, páginas 587-591, de quien extraigo lo fundamental de esta síntesis. Otras fuentes dan como más segura la fecha de 1730 (citada en Real Decreto de 16 de febrero de 1824, en *Decretos del rey nuestro señor don Fernando VII*, t. VIII, Madrid, 1824, p. 146).

⁶ El establecimiento del estanco en la isla había provocado graves resistencias campesinas.

⁷ Citado en el Real Decreto de 23 de junio de 1817 (*Decretos*, loc. cit.).

⁸ AGS, *Tribunal mayor de cuentas*, legs. 1316-1397.

durante la centuria no ha hecho más que aumentar la producción militar ⁹, que, como es conocido, experimentará un fuerte crecimiento hacia sus últimos años. De sobra es conocido también que la factura bélica trajo consigo un enorme déficit público. El Estado a toda costa intentó compensarlo con fuentes marginales de ingresos (movilización de capitales improductivos, emisión de deuda y primeras desamortizaciones, entre otras) o acudiendo a la reestructuración de las tradicionales (libertad de comercio con las colonias americanas y mejoramiento de las rentas estancadas, en especial el tabaco, con un peso específico nada desdeñable) (cuadro 3).

CUADRO 3

Ingresos totales del Estado e ingresos por renta de tabaco
(Promedios anuales en millones de reales)

<i>Periodos</i>	<i>Ingresos totales</i> ¹⁰	<i>Renta tabaco</i> ¹¹
1785-1790	783,14	103,57
1791-1797	1.114,28	97,62
1798-1807	1.439,06	89,58
1814-1819	658,00	41,82

Sin embargo, hacia el cambio de siglo la renta comenzó a experimentar un inquietante descenso, en el momento menos oportuno, y que se ha de atribuir a un paulatino descenso del consumo que se arrastraba desde las subidas de los precios de 1780 y, sobre todo, 1794 (véase el cuadro 12), consumo cada vez más inclinado, en una época de guerra continua, al contrabando, donde se obtenía un tabaco de mayor calidad y mejores precios. Canga Argüelles, intendente a principios del XIX en Valencia, nos proporcionó un estado comparativo de los precios del tabaco extraordinariamente esclarecedor (cuadro 4).

⁹ Durante el reinado de Fernando VI se crean las *maestranzas* de Barcelona, Ripoll, Sevilla, Liérganes, La Cavada, Toledo y Oviedo; los *arsenales* del Ferrol, Cádiz y Cartagena, y otras industrias auxiliares de la Armada.

¹⁰ J. FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*, Barcelona, 1974 2, página 63.

¹¹ AGS, *Secretaría y superintendencia de Hacienda*, legs. 1747-1996.

CUADRO 4

Estado comparativo de los precios del tabaco
(Precios en reales por libra)

TABACO DE DEFRAUDACION				TABACO DE VENTA LEGAL
<i>Compra en Gibraltar</i>	<i>Venta a mayorista</i>	<i>Venta a expendedor</i>	<i>Venta a público</i>	<i>Venta a público</i>
4	8-10	14	17-18	48

Asegura también Canga Argüelles que redujo el precio de la libra de 48 a 16 reales (1-2 reales por debajo de los precios del contrabando) y que pasó a obtener de recaudación por renta mensual, de los 3.000 que se obtenían, 600.000 reales ¹².

La reorganización de la renta, sin embargo, no había de pasar por un descenso de los precios, como postulaba Canga Argüelles, sino por la mejora de la calidad del producto, ampliando el abanico de ofertas y asegurando un abastecimiento pleno del mercado. Con ese objetivo se decide emprender la construcción de un segundo grupo de fábricas (Cádiz, Alicante y La Coruña) cuya finalidad sería la de elaborar una producción de calidad (cigarros de la Habana y Virginia) con menores costes que en las viejas factorías ¹³, al emplear personal femenino, y asegurando una producción abundante, al proceder al empleo masivo.

La Real Fábrica de Tabacos de La Coruña

Concebida dentro de un contexto bélico y de dificultades financieras, nace la Real Fábrica. Inicialmente le van a ser asignados los edificios, terrenos y muelles de los Correos marítimos (trasladados en 1802 al Ferrol, un puerto mucho más protegido que el de La Coruña), en las afueras de la ciudad, en la llamada península de los Judíos y lugar de la Palloza.

Debió comenzar su producción en el año 1804, si nos atenemos a las referencias de los historiadores del siglo XIX ¹⁴, aunque su actividad tuvo que

¹² J. CANGA ARGÜELLES, *Diccionario*, loc. cit.

¹³ En esta época atraviesan una profunda crisis originada por los enormes gastos de su excesiva burocracia y los fraudes de sus empleados. Sobre esto, Archivo Histórico Nacional, *Hacienda*, leg. 1790 (cubre los años 1769-1790).

¹⁴ E. VEDÍA Y GOOSENS, *Historia y descripción de la ciudad de La Coruña*, La Coruña, 1845, p. 223, y F. TETAMANCY GASTÓN, *Historia comercial de La Coruña*, La Coruña, 1900, p. 435.

ser muy escasa —tal vez la de un simple almacén que recibía mercancía semielaborada de la factoría sevillana—, silenciada en los escritos de los ilustrados¹⁵ y sin referencias en las fuentes cuantitativas. Hasta 1807, por Real Orden de 11 de octubre, no se dio a conocer su reglamento provisional, nombrándose al tiempo como director a don Julián López, inspector de labores de la fábrica de Sevilla¹⁶. A comienzos del año siguiente se iniciaron las obras de ampliación de la casona de los Correos marítimos para adaptarla a las nuevas actividades. Esta obra inicial, que se completaría en 1828, fue tan elemental, si nos atenemos a lo menguado del costo —no alcanzó los 150.000 reales¹⁷—, que hizo escribir a un funcionario de la Real Hacienda: «y es el edificio tan reducido que todo él está lo uno sobre lo otro», y sentenciar: «ésta no es una fábrica, sino una semejanza de ella»¹⁸.

La planta inferior del nuevo conjunto quedaría destinada a albergar al personal administrativo (superintendencia, contaduría, fielato y tesorería) y para depósito de materias primas (almacenes de hoja), mientras que la planta superior acogería la producción (talleres Habana y Virginia) y los depósitos de mercancía y auxiliares (almacenes de pesado, oreo, distribución, carpintería y embalado, pertrechos y tablazón)¹⁹.

La primera diferencia respecto a las viejas factorías de Sevilla, Madrid o Barcelona era la exigencia, ya en reglamento, de contratación de personal femenino trabajador, de menor demanda salarial. Era ésta una de las medidas renovadoras de cara a eliminar los costes improductivos, tan frecuentes en las manufacturas reales, medidas que deberían completarse con una minuciosa selección en la calidad de las materias primas, una esmerada perfección en la elaboración de las mercancías y una producción elevada que volviese a situar la oferta al nivel de demanda de productos de calidad, al ser a todas luces insuficientes las importaciones de la Habana. En suma, se trataba de ofrecer mercancías de calidad, en cantidad suficiente y a menores precios que las importadas, diferenciando claramente dos niveles de consumo: el de lujo, vinculado a las nuevas factorías, y el popular, que se confiaba al resto de las fábricas.

Las materias primas de la fábrica coruñesa, seleccionadas en función de una producción de calidad, van a importarse de la isla de Cuba y de los Estados Unidos (Virginia, Kentucky y Maryland). Según la legislación de este momento, la introducción de tabaco en hoja cubano estaba regulada por el estan-

¹⁵ En estas fechas escribió L. LABRADA su *Descripción económica del reino de Galicia* (Ferrol, 1804), quien, tras citar el traslado de los Correos marítimos con todo lujo de detalles, no hace la más leve mención del establecimiento.

¹⁶ Archivo del Reino de Galicia, *Intendencia*, leg. 11/46, 1.ª pieza, fols. 211 y ss.

¹⁷ *Ibid.*, fols. 1-20.

¹⁸ ARG, *Intendencia*, 12/46, 3.ª pieza, fol. 128 v.

¹⁹ «Testimonio del reconocimiento de la fábrica de cigarros de la Palloza después de la entrada de los franceses en La Coruña», ARG, *Intendencia*, 11/46, 1.ª pieza, fols. 228 y ss.

co colonial, mientras que la del norteamericano era libre, pero su venta obligatoria a la Real Hacienda, que se encargaba de remitirlo a las factorías que se estimaban adecuadas de acuerdo con los criterios ya conocidos de especialización. De este modo llegaría hoja de tabaco a La Coruña no sólo desde cualquier puerto de Galicia, sino también del norte y hasta del sur de la Península, del mismo modo que el tabaco de calidad inferior era remitido de La Coruña a otras factorías para fabricación de polvos y picaduras.

Se conoce con bastante exactitud la evolución de la producción (véase el cuadro 5) en estos primeros años de la fábrica de La Coruña por haberse conservado, accidentalmente, una copia de sus libros de contabilidad de 1808 a 1811²⁰.

CUADRO 5

*Producción anual de la fábrica de La Coruña*²¹

Años	Miles atados ²²	PORCENTAJE MEDIO		
		Virginias	Habanos	Otros
1808	340,05			
1809	931,75			
1810	742,43	57	41	2
1811 ²³	90,24			

El planeamiento de una elevada producción iba a exigir la admisión de un elevado número de trabajadores. Si bien sabemos que en los dos primeros meses de 1808 su número no debía superar el centenar²⁴, esa cantidad iría creciendo en los años de la guerra, al compás de sus exigencias, a casi el medio millar, ascendería hasta rozar el millar durante el Trienio liberal para doblarse en la década de los treinta y superar los cuatro millares a mediados del siglo XIX.

²⁰ Libros de caudales, de almacén de hoja, de taller de operarias y de distribución, *ibid.*, fols. 20-199.

²¹ Libro de taller de operarias, *ibid.*

²² Cada atado equivalía a 51 cigarros.

²³ Hasta finales de julio.

²⁴ «En cuanto a las operarias, no sé qué le diga, pues como está la fábrica tan desproporcionada de lejos, el camino todo a orilla del mar, descampado, con unos vientos nordestes que le hacen andar a uno con el cuerpo doblado, unos inviernos de mucha agua y largos, entiendo que no irán cien operarias a trabajar; [...] en comenzando a venir barcos, menos: la una porque tiene padre, hermano y marido a quien servir y no las dejarán venir [...], que más vale ir y meterse en la mar, desembarcar sal, sardinas, pescado o coquer marisco y vender por las calles que estar allí.» ARG, *Intendencia*, 12/46, 3.ª pieza, fol. 129 v.

Reflexionando sobre los datos anteriores, podemos deducir que el incremento de la producción no descansa tanto sobre la productividad de las obreras —que, por término medio, no sobrepasaba el techo de los 6 atados diarios— como sobre el número de brazos a trabajar, para abastecer, además del mercado gallego, los territorios que abandonaban los franceses, para lo que no estaba concebida la fábrica. Al finalizar la invasión y entrar en actividad el resto de manufacturas que habían permanecido en territorio ocupado, ya no se produce un regreso al punto de arranque y La Coruña continuará con idénticos niveles de producción.

Otra deducción fácilmente extraíble de las cifras anteriores (cuadro 5) sería la confirmación de la especialización en labores selectas (con una media superior de los cigarros de Virginia sobre los de hoja habana) y la escasísima incidencia de las populares.

Un elemento nuevo a tener en cuenta en el capítulo productivo es la realización del trabajo *dentro* y no fuera de la fábrica, elemento clave y de los que configuran la fisonomía industrial. Lo habitual en las manufacturas privilegiadas del XVIII es la producción dispersa, tan típica del textil, pero no exclusiva.

La dirección de la fábrica estaba confiada a un *administrador superintendente* o director, quien dependía jerárquicamente del subdelegado de rentas (*juez conservador*). La administración la constituían un *contador* y sus oficiales, un *tesorero* y sus ayudantes, y un *fiel* con el personal de almacenes. Por su parte, el conjunto de producción quedaba integrado por un *inspector de labores*, varias *maestras* (responsables cada una de un taller) y las *operarias* (dentro de cada taller agrupadas en *cuadrillas*, a cuyo frente se encontraba una *cuadrillera* o capataza; cada cuadrilla estaba formada por 15 ó 16 *cigarreras* y *aprendizas*). El control y la vigilancia, tanto interior como exterior, estaba confiado a las *porteras*, a un *portero* y al *cuerpo de guardia*²⁵.

El proceso productivo, una vez transportadas las materias primas del muelle a la fábrica y habiéndose procedido a su examen²⁶ y tasación, comenzaba en el almacén de hoja, al procederse a su selección, reservándose las de mejor textura para confeccionar la *capa* de los cigarros y las restantes para incluir como *tripa*. Seguidamente se procedía a su distribución entre las trabajadoras, operación que recibía el nombre de *data*, y que, en circunstancias normales, solía realizarse semanal o quincenalmente, entregándose a cada cuadrilla la cantidad de hoja que se estimaba ajustada a su óptimo de producción. Tras el

²⁵ ARG, *Intendencia*, 11/46, 1.ª pieza, fols. 211-227 v.

²⁶ Intervienen en la operación, además del comerciante suministrador, el director, el personal administrativo y el inspector de labores, quienes examinan escrupulosamente la hoja, la pesan y le atribuyen un precio por unidad atendiendo a su grado de conservación y calidad. De ser inservible el tabaco, caso frecuente por lo delicado de la mercancía (a la que atacan fácilmente las altas temperaturas, ciertos virus, bacterias y hongos), había de procederse a su incineración.

humedecimiento de las *maniquetas* (hojas destinadas a capa), que proporcionaban al tabaco la necesaria maleabilidad para su manipulación, se iniciaba el *labrado*, cuya perfección²⁷ dependía de la habilidad de la trabajadora, y que había de compaginarla con la rapidez en la realización de la tarea, al depender su salario del número de piezas rematadas. El utillaje, muy elemental —pesas y medidas, tijeras, tablas, espuelas y paños—, era propiedad de las obreras.

Cada conjunto de 51 cigarros constituía un *atado*, que había de entregarse a la maestra del taller respectivo, la cual podía rechazarlo por imperfecto o por carecer del peso estipulado²⁸. Los atados eran periódicamente retirados al almacén de oreo y expuestos en estantes, para completar su tiempo de secado, y de allí conducidos al almacén de embalado, donde quedaban empapelados y encajonados, listos ya para su distribución a los centros de consumo.

Se confeccionaban dos tipos básicos de cigarros: los *habanos*, que al ser de mayor calidad y precio y tener un consumo limitado exigían una producción ligeramente inferior, y los *virginias* o *comunes*, de superior producción y consumo. Más adelante aparecerá un tercer tipo, el *mixto*, con tripa de virginia y capa de habano, cuyo auge coincidirá con el descenso en la producción de habanos, de precios cada vez más prohibitivos (véase el cuadro 12).

Los salarios eran cobrados según el número de atados realizados. Tan sólo algunas cuadrilleras muy diestras alcanzaban a ganar los 10 reales diarios, pero esto constituía una excepción, ya que la inmensa mayoría apenas alcanzaba a superar los tres reales²⁹, con lo que resultaba imposible sobrevivir de no mediar otra fuente de ingresos supletoria³⁰. Si, además, pensamos que cada atado era pagado a razón de 0,53 reales, podemos fácilmente llegar a la conclusión de que para cobrar 3 reales era necesario construir, en las diez horas de jornada laboral, 288 cigarros, y 962 para rebasar los 10. El panorama se complicaba cuando escaseaba la hoja para labrar, situación no improbable y que ocurría en ocasiones por falta de coordinación en la burocracia de la fábrica, como puede comprobarse en el gráfico 1 adjunto, realizado distribuyendo la

²⁷ La perfección fue una constante preocupación de la Real Hacienda. Periódicamente aparecían órdenes recordando que las labores «tengan la capa lisa y extendida su última vuelta, en términos que apenas se perciba la unión; que en la tripa o corazón no se introduzcan palos, venas ni otra materia extraña» (Real Orden de 21 de febrero de 1817, en *Decretos*, t. IV, p. 73), o advirtiendo «se labre sin prisas ni retrasos y con suma perfección» (ARG, *Intendencia*, 11/46, 1.ª pieza, *passim*).

²⁸ Tres atados de habanos (o dos y medio de virginias) habían de pesar una libra (o la mitad, si eran de tamaño reducido). Asimismo, de cada libra de hoja tendrían que labrar dos atados y medio.

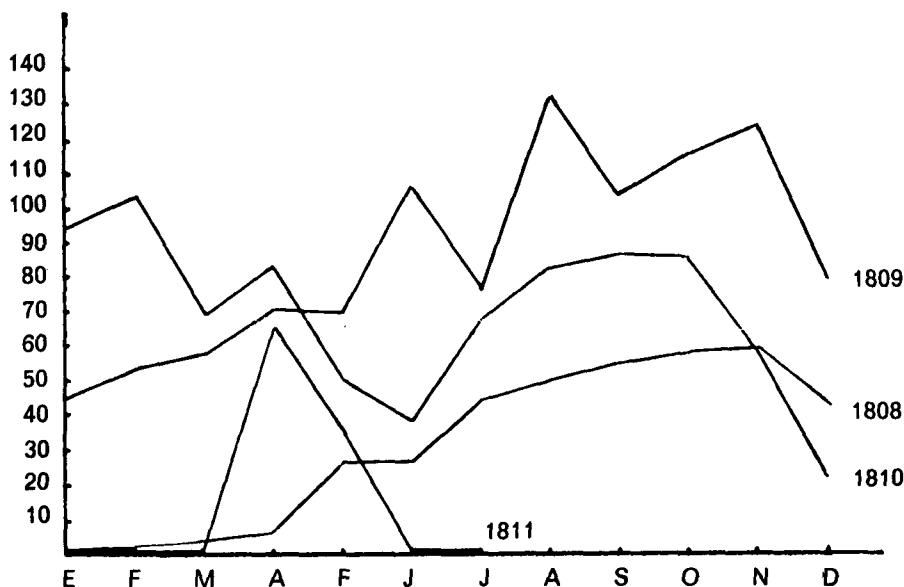
²⁹ «Notice sur la Fabrique Royale de Cigarres de la Palloza», Archives du Ministère des Affaires Étrangères, *Correspondence consulaire et commerciale. La Corogne*, vol. 22, fol. 279. (Citado por X. CARMONA, *Producción textil rural e actividades marítimo-pesqueras na Galiza, 1750-1905*, tesis doctoral inédita, Santiago, 1983, *passim*.)

³⁰ Esto era lo que en realidad ocurría. Véase al respecto la nota 24.

masa salarial mensual (tal como aparece reflejada en los libros de cuentas) entre el número de trabajadoras.

GRAFICO 1

*Salario medio mensual por obrera*³¹
(En reales)



La jornada laboral se prolongaba de las siete de la mañana (media hora más tarde durante los inviernos) a la puesta del sol, con un descanso de tres horas para el almuerzo, que habían de realizar en la propia fábrica. Durante este tiempo, las cigarreras habían de trabajar silenciosamente bajo la atenta vigilancia de las maestras. De todos modos, no es probable que la norma se cumpliese escrupulosamente, como la acreditan las reiteradas advertencias³² de

³¹ Libro de taller de operarias, ARG, *Intendencia*, 11/46, 1.ª pieza, fols. 20 y ss.

³² El reglamento provisional de 1807 advierte «que no se moteje con gestos, palabras ni golpes a las personas que entren a ver la fábrica» (ARG, *Intendencia*, 11/46, 1.ª pieza, fol. 249, *passim*). El reglamento definitivo es más explícito, al afirmar «que no se den cantaleas, entren en cuestiones, usen cantares, ni alteren de modo alguno la silenciosa quietud que ha de observarse en el taller» (Real Decreto de 19 de diciembre de 1817, en *Decretos*, t. IV, p. 681).

la Administración, el testimonio de los empleados³³ o el hecho significativo de que las maestras tuviesen a su alcance un rudimentario sistema de alarma para comunicarse con el cuerpo de guardia.

Sorprende la juventud de las trabajadoras de la Palloza, pues pese a que los reglamentos insisten en fijar las edades límites en los doce y los treinta y cinco años, la norma se transgredía con relativa frecuencia y no es difícil encontrar en la documentación a niñas obreras de once, diez y hasta de nueve años (véase el cuadro 6).

CUADRO 6

*Edades de las obreras de la manufactura coruñesa*³⁴

<i>Edades</i>	<i>Núm. trabajadoras</i>	<i>Edades</i>	<i>Núm. trabajadoras</i>
9-11	19	24-26	25
12-14	103	27-29	18
15-17	138	30-32	11
18-20	109	33-35	4
21-23	42	36 y más	2

La admisión de nuevas trabajadoras era propia del director de la fábrica y dependía de su criterio personal, aunque el reglamento le exigía un informe previo «de su buena vida y costumbres» y recomendaba a «las hijas de las buenas y honradas mujeres que hubieran servido o sirvieran en dicho establecimiento». Del mismo modo, el despido se dejaba al arbitrio del director, quien podía verificarlo «por cualquier motivo que considerase justo, ya sea público, ya privado»

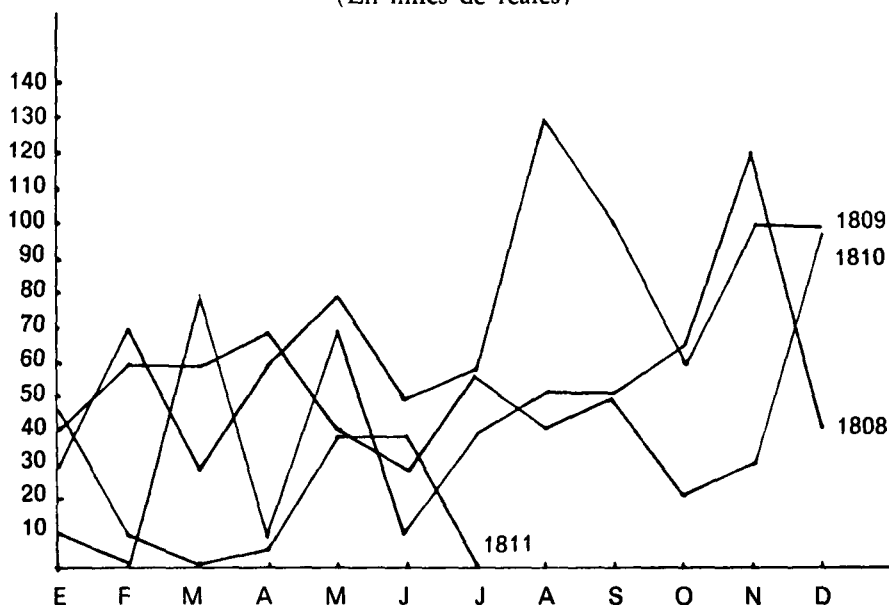
La responsabilidad de la financiación de la manufactura recaía sobre la Real Hacienda, a través de la Tesorería principal de rentas, que mensualmente remitía los caudales necesarios para hacer efectivos los pagos de materias primas, salarios, nóminas, etc. (gráfico 2). Existía, sin embargo, una fuente secundaria de financiación, constituida por la venta en subasta de material in-

³³ Un funcionario de la fábrica escribía, en 1808, que «una muchacha de doce años echó mano a una navaja», en una riña en el taller de virginias (ARG, *Intendencia*, 11/46, 2.ª pieza, fol. 131).

³⁴ «Razón del número de operarias que actualmente se hallan ocupadas en la R. Fábrica de Cigarros para su elaboración establecida en la Palloza en virtud de real orden, con la distinción de sus nombres, edades, estado y habitación de cada una de ellas», ARG, *Intendencia*, 12/46, 3.ª pieza, fols. 194-213.

GRAFICO 2

*Remesas mensuales de numerario despachadas por la Real Hacienda para la fábrica de La Coruña*³⁵
(En miles de reales)



servible, en especial la *vena* de la hoja del tabaco, que era exportada a Hamburgo y utilizada en la fabricación de rapé y también como sustancia tintórea³⁶.

La comercialización de tabacos en general correspondía, como vimos atrás, a la Hacienda Pública. Cada fábrica cubría un mercado señalado, pero coyunturalmente variable. Desde la fábrica se enviaban las mercancías —el transporte era cubierto en subasta— a las Administraciones provinciales y desde éstas se distribuía a las *tercenos* (expendidurías al por mayor con empleados de sueldo fijo), a los *estancos* (de salario fijo o «a la décima» y venta al menor) y a los *verederos*, que atendían a la población rural dispersa. Las tres variedades de comercialización eran, en realidad, pequeñas empresas privadas que disfrutaban del monopolio de la venta, por el que la Corona exigía una fianza cuya cuantía —normalmente muy alta— dependía de su importancia³⁷.

³⁵ Libro de caudales, ARG, *Intendencia*, 11/46.

³⁶ «Notice sur la Fabrique...», fol. 280 v.

³⁷ Circular de la Dirección de Rentas de 8 de septiembre de 1817, en *Decretos*, t. IV, p. 446.

Es difícil establecer un criterio directo de obtención de beneficios en la fábrica de la Palloza a partir de la documentación contable, y ello no tanto por la complejidad del proceso como, sobre todo, por la disociación de las funciones de producción, por un lado, y de financiación y comercialización, por otro. Se hace, pues, necesario acudir nuevamente a las estimaciones indirectas que nos proporcionan las series generales de la renta (cuadro 7) y que recogen la totalidad de las ventas de todas las factorías, incluida la de la Habana. Todo ello aleja la posibilidad de conocer con exactitud la rentabilidad de la Palloza en un conjunto tan poco homogéneo ³⁸.

CUADRO 7

Estimación de los beneficios de la renta de tabaco ³⁹

Años	Salarios y gastos (millones de reales)	Renta neta (millones de reales)	Porcentaje beneficio
1740	12,2	57,8	473
1750	13,3	68,9	518
1760	15,9	80,8	508
1770	19,0	89,4	470
1780	22,6	97,2	430
1790	23,1	100,1	433
1800	23,2	100,2	431
1805	21,1	91,2	432
1819	51,6	60,0	116
1824	13,9	31,4	225

La altísima rentabilidad de las fábricas de tabaco resulta sorprendente, tanto para el Antiguo Régimen como para el período de su crisis (que, aunque menor, la tasa de beneficio sigue siendo alta) ⁴⁰, y obedece a la política del proteccionismo mercantilista en el monopolio de fabricación y en el establecimiento de precios artificiales que fluctúan de acuerdo con las necesidades

³⁸ De sobra resulta conocida la escasa rentabilidad de la fábrica de Sevilla hacia finales del siglo XVIII, a juzgar por los voluminosos expedientes por fraudes acumulados contra sus propios funcionarios (véase nota 13). Otro tanto puede decirse de las de Cádiz y Madrid, clausuradas por ruinosas durante el Trienio (Decreto de 29 de junio de 1821, en *Colección de los decretos y órdenes generales expedidos por las Cortes ordinarias de los años 1820 y 1821 en el segundo período de su diputación*, Madrid, 1821, t. VII, p. 274).

³⁹ AGS, *Dirección general de rentas. Primera remesa*, legs. 2387-2505, y *Tribunal mayor de cuentas*, legs. 1316-1397.

⁴⁰ El cónsul de Francia en La Coruña la estimaba en más del ciento por ciento para la década de los treinta («Notice...», fol. 281).

públicas de ingresos y, por ello, con tendencia general al alza (véase el cuadro 12), lo que hacía que el consumidor acudiese a proveerse en fuentes marginales, como el contrabando.

La coyuntura

Justamente al año de la entrada en funcionamiento de la fábrica, La Coruña sufrió la invasión napoleónica (enero de 1809). Es de sobra conocido el desarrollo de los acontecimientos militares, que obligaron al repliegue francés, pero su paso por la ciudad dejó una estela de destrucción. La factoría fue ocupada por las tropas y sus existencias desaparecieron ⁴¹. De todos modos, el elemento distorsionador de la producción no fue tanto la hipotética paralización de los trabajos como la ocupación por parte del enemigo de la mayor parte de la geografía hispana. La Palloza fue, durante gran parte de la guerra, la única fábrica de tabacos en territorio liberado. Por ello, la Junta Central ordenó que La Coruña abasteciese a las provincias que fuesen quedando despejadas de franceses, con lo que hubieron de fabricarse también labores para el consumo popular «interin duren las actuales circunstancias». Es así cómo, por la fuerza de las circunstancias bélicas, la fábrica de la Palloza se vio obligada a cubrir, además del mercado gallego, el de Asturias, primero ⁴², y los de Zamora, León, Burgos y Palencia ⁴³, más tarde (cuadro 8).

CUADRO 8

Número de atados comercializados por la fábrica de La Coruña durante la guerra con Francia ⁴⁴
(En miles)

Años	Galicia	Asturias	León	Zamora	Totales
1808	318,0				318,0
1809	493,0	99,0	90,0		682,0
1810	339,6	135,0		19,0	493,6
1811	114,0	288,0	30,0	64,2	496,2

⁴¹ Pese a todo, la producción no lo acusa, ya que de los 931 millares de atados manufacturados en 1809, 363 se elaboraron durante los seis primeros meses, precisamente los de la ocupación francesa.

⁴² Real Orden de 29 de agosto de 1809 (ARG, *Junta Superior de Galicia*, carp. 70, 88).

⁴³ Real Orden de 1 de diciembre de 1809 (*ibid.*)

⁴⁴ Libro de caudales, ARG, *Intendencia*, 11/46.

Un nuevo elemento distorsionador de la producción que trajo la guerra fue el de la modificación del sistema de abastos. Ante la necesidad de mayores cantidades de materias primas se abandona la fórmula de la subasta, por lo que cualquier comerciante podía suministrar tabaco en hoja, sin importar demasidado su procedencia. Comenzaron a menudear tabacos de dudosa calidad⁴⁵ y se extendió el contrabando y el fraude. En el cuadro 9 puede verse el detalle de las importaciones de materias primas durante los primeros años de la guerra, así como las fluctuaciones de las adquisiciones estatales, el auge de las particulares y la importancia experimentada por las fuentes extraordinarias de suministro, el corso y, sobre todo, los decomisos.

CUADRO 9

*Entrada de materias primas en la factoría durante la guerra con Francia*⁴⁶
(En miles de libras)

Años	IMPORTACIONES PUBLICAS		IMPORTACIONES PRIVADAS	
	Hacienda	Comisos	Comerciantes	Corso
1808	90,5	573,6	4,9	62,5
1809	49,7	0,8	67,4	
1810	6,2	1,2	346,8	19,6
1811	70,9	23,1	179,9	

Un tercer elemento distorsionador vino a remolque de la legislación liberal, a partir de 1812, de mayor incidencia de lo que puede hacer pensar su escaso tiempo de aplicación, debido a la confusión fiscal que contribuyó a crear. La estrategia de las Cortes se articuló en torno a tres medidas fundamentales: la baja de los precios del tabaco por la necesidad de obtener mayores ingresos para el sostenimiento de la guerra; la abolición de las rentas estancadas y su sustitución por la contribución sobre la riqueza territorial, industrial y comercial⁴⁷, y la disolución del estanco del tabaco, dando normas para su cultivo y comercio⁴⁸.

El regreso de Fernando VII trajo consigo la vuelta a la situación anterior, pero habían sucedido demasiados cambios en un tiempo muy corto; entre

⁴⁵ Durante este período fueron devueltos de Asturias 300 cajones de cigarros inservibles (ARG, *Junta Superior de Galicia*, carp. 33, 26).

⁴⁶ Libro de caudales, ARG, *Intendencia*, 11/46.

⁴⁷ Decreto de las Cortes de 13 de septiembre de 1813, *Colección de los decretos y órdenes que han expedido las Cortes generales y extraordinarias*, Madrid, 1820, t. IV.

⁴⁸ Decreto de las Cortes de 17 de marzo de 1814, AHN, *Cons.*, leg. 43719.

otros, el alarmante descenso en la renta del tabaco, que, como vimos, constituía un porcentaje ciertamente importante de los ingresos totales de la Corona (cuadro 10). Una de las primeras disposiciones del monarca fue, pues, la

CUADRO 10

*Ingresos del Estado español por renta del tabaco*⁴⁹
(En millones de reales)

1805	91,2	1818	48,4
1806	99,2	1819	60,0
1807	83,6	1820	48,5
1815	46,8	1822	65,0
1816	50,0	1824	31,4
1817	44,8	1832	102,0

de intentar normalizar los ingresos públicos y, por supuesto, de la renta del tabaco. Tal es la letra y el espíritu del Real Decreto de 23 de junio de 1814, completado con medidas de saneamiento de la renta, aparentemente antimonopolistas (abolición de los privilegios de la fábrica de la Habana⁵⁰ y potenciación de las únicas factorías rentables, las de La Coruña y Alicante⁵¹), que daban continuidad a la política fiscal de su padre.

La irrupción en la vida pública de los liberales del Trienio no supuso un progreso en la política de la renta del tabaco, pese a su inicial desestanco⁵², conscientes de que dejaban al Estado sin una fuente de recursos importante. De ahí que, pese a las discrepancias formales respecto a la normativa absolutista, sus contenidos legislativos⁵³ siguen siendo extraordinariamente conservadores, al continuar controlando la Hacienda las importaciones, la fabricación y la comercialización del tabaco, e impidiendo así la aplicación del dogma liberal-burgués de la libertad económica. Por ello, en este aspecto apenas se percibió la vuelta al antiguo estado de cosas con la restauración del absolutismo,

⁴⁹ Serie reconstruida con documentación muy fragmentaria procedente de J. CANGA ARGÜELLES, *Diccionario*, loc. cit., y varias órdenes, entre ellas el Real Decreto de 16 de febrero de 1824.

⁵⁰ Se permite la libre elaboración, venta y extracción de tabaco de la isla, pero la venta exterior continuará monopolizada por el Estado (AHN, *Cons.*, lib. 1506, fol. 123).

⁵¹ *Ibid.*, tol. 174.

⁵² Decreto de 9 de noviembre de 1820 (AHN, *Hacienda*, lib. 7652, fol. 235).

⁵³ Decretos de 29 de junio de 1821 (AHN, *ibid.*, fol. 290) y de 26 de junio de 1822 (*Colección de decretos...*, t. IX, p. 480).

ya que los cambios fueron también puramente formales ⁵⁴, quedando definitivamente consolidado el estanco sobre la fabricación y comercialización del tabaco ⁵⁵. Pero hacía falta aún proporcionar un estímulo al consumo, que, en términos generales, no había hecho más que descender desde finales del siglo XVII (cuadro 11). Para ello se redujeron los precios (cuadro 12), en espera

CUADRO 11

Consumo de tabaco estancado en España ⁵⁶
(Millones de libras)

1790	3,0	1805	2,3
1795	2,5	1819	1,4
1800	2,5	1824	1,3

CUADRO 12

Fluctuaciones de los precios del tabaco estancado ⁵⁷
(En reales y maravedís por libra)

Años	CIGARROS				POLVOS			PICADOS		CUERDA MASCAR
	HC	HE	M	V	E	F	C	H	O	B
*	3									
*	15									
1741	30									
1780	39									
1794	48									
1809	> 48**									
1814	80/60	48		36	32,00	30,04	30,04	30,04	22,20	22,20
1817	70	70		48	32,00	30,04	30,04	30,04	22,20	32,00
1818	72	60		48	30,04	30,04	30,04			30,04
1824			48	36	48,00		48,00			48,00
1827	72	48	36	24						24,00
1830			48	36						48,00

CLAVE: HC, habanos de Cuba; HE, habanos de España; M, mixtos; V, virginias; E, exquisito; F, fino; C, cucarachero; H, Habana; O, otros; B, Brasil.

* No se especifican las fechas anteriores a 1741.

** No se explicita el descenso.

⁵⁴ Decreto de la Regencia de 1 de junio de 1823 (*Decretos y resoluciones de la Junta provisional*, Madrid, 1824, t. VII, p. 24). No tenía demasiada justificación la pluma mordaz del legislador absolutista cuando hablaba de «la indiscreta pasión por la novedad y el maligno empeño [de los liberales] en acabar con todas las instituciones antiguas, fruto de la experiencia y madurez de nuestros mayores».

⁵⁵ Real Decreto de 16 de febrero de 1824 (AHN, *Hacienda*, lib. 7652, fol. 235).

⁵⁶ J. CANGA ARGÜELLES, *op. cit.*

⁵⁷ Confeccionado también con documentación muy fragmentada; en especial, Real De-

de que descendiese el consumo ilegal y aumentase el estancado, al tiempo que la producción se concentró en las labores más rentables (entre las de calidad, mixtos y virginias; entre las intermedias, el tabaco en polvo, y entre las populares, el de mascar) y se relanzó en las factorías existentes, creándose, además, las de Santander y Gijón. El resultado fue satisfactorio, al superarse en 1832 el techo de ingresos por renta de tabaco del Antiguo Régimen (véanse cuadros 2 y 10).

Consecuentemente, durante este período la fábrica de La Coruña va a experimentar algunas transformaciones que afectarán a sus instalaciones, al número de sus trabajadoras y a su comportamiento colectivo, en el que por primera vez aparece un deseo de modificar colectivamente sus condiciones de trabajo.

En 1828 se amplía la factoría, añadiéndosele un segundo edificio, la llamada «fábrica nueva», para distinguirla de la «vieja» construcción de 1808. Ambas albergarán los dos tipos de labores que a partir de entonces van a constituir su especialidad durante muchos años —mixtos y virginias—, sin abandonarse del todo la producción de habanos. La fábrica vieja incluiría los talleres de Habana y Virginia, con sus respectivos almacenes de oreo, distribución de hoja y oficinas; mientras que en la nueva se situaría el taller de mixtos, con sus dependencias. Los depósitos auxiliares (almacén de cajones, carpintería, etc.) quedarían ubicados en la casona de los Correos marítimos. Todo el conjunto estaba rodeado por una muralla que se abría sobre los muelles de la fábrica ⁵⁸.

El personal, por otra parte, ha ido aumentando al ritmo de las exigencias productivas a lo largo de sus dos décadas de vida. En 1831 asciende ya a casi las 2.400 obreras ⁵⁹, y ocho años después la cifra se mantiene estabilizada ⁶⁰. Este incremento hay que entenderlo más en razón de la ampliación del mercado estatal que por la capacidad de consumo del mercado gallego.

Es en este contexto de euforia productiva, agudizada por el descenso de los precios del tabaco en 1827, cuando sobreviene la primera crisis de la fábrica, provocada por la repentina subida de los precios en 1830 y la apertura de las factorías de Gijón y Santander, que obligan a una nueva remodelación del mercado estatal.

Para las trabajadoras, el origen de la crisis es más cotidiano, aunque tiene idénticos orígenes: «ganaban muy poco y apenas podían vivir con el poco ta-

creto de 16 de febrero de 1824, Real Orden de 26 de diciembre de 1814, Real Orden de 5 de diciembre de 1817, Real Orden de 15 de mayo de 1818, Real Decreto de 14 de diciembre de 1827 y Real Decreto de 1 de enero de 1830.

⁵⁸ P. MADDOZ, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1847, t. VII, p. 107.

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ «Notice sur la Fabrique...», fol. 278 v.

baco que se las había distribuido en febrero; que algunas decían se las repro-
baban cigarros por verdes y otros defectos»⁶¹. Todos los testimonios de las
obreras inciden sobre lo mismo, como el de esta capataza que «salió de su
casa [...] a buscar pan a la tienda y habiendo visto [a] muchas mujeres en
el Penal, conociendo que eran sus compañeras, se acercó a ellas [...]; no que-
rían bajar a trabajar por el demasiado esmero que exigía el inspector de labo-
res en el trabajo, lo que no podía hacerse por no permitirlo la calidad y hume-
dad del tabaco». Y finalizaba: «Tan abatidas estaban todas, que no podían
ganar lo suficiente, siendo [esto] la causa de la miseria, disgusto y quejas que
en general tenían»⁶².

Esta fue la opinión del medio centenar de trabajadoras que fueron requeri-
das para declarar tras los sucesos, y que resume el escrito enviado por ellas al
director de la fábrica:

«Se las niega a darlas lo que pueden trabajar así como antes
lo hacían, ya despachándolas a horas irregulares, ya obligándolas a
hacer contra toda ley lo que S. M. no expresa en sus reglamen-
tos, o ya teniéndolas, como se ve, la mayor parte del tiempo me-
tidas en la ociosidad [con lo que] se originan muchos escándalos
y se sigue la ruina de este establecimiento y por consiguiente la
pérdida de sus productos»⁶³.

La clave interpretativa del conflicto habría que buscarla, según las propias
obreras, en dos puntos: *a)* se les proporcionaba poca hoja; *b)* se les rechaza-
ban las labores por mal confeccionadas. De hecho, según confesaría más tarde
el director, se habrían recibido órdenes de restringir la producción, lo que ha-
bía ido haciendo de forma gradual desde el mes de enero. Si comparamos la
producción media mensual de los primeros años de existencia de la fábrica (los
únicos con cifras seriadas) con la estimada para febrero de 1831 (cuadro 13),
que desciende de 100 a 3, tendremos una de las claves para interpretar el con-
flicto.

Pero veamos el desarrollo de los acontecimientos. Desde principios de año
se estaba entregando de data a las trabajadoras escasas cantidades de hoja. El
2 de febrero, el inspector de labores les anuncia que sólo les entregará 100 li-
bras para todo el mes, lo que precipitó todo. El compromiso del director a ele-
var a 300 libras las entregas no impidió que la fábrica nueva decidiese ir a la
huelga, alegando como motivo el incumplimiento del reglamento. Fue también
en la fábrica nueva donde surgió la consigna de concentrarse al día siguiente

⁶¹ ARG, *Causas*, 685/1, 3.ª pieza, fol. 12.

⁶² ARG, *Causas*, 685/1, 1.ª pieza, fol. 61 v.

⁶³ *Ibid.*, fols. 14-15.

CUADRO 13

Producción media mensual de atados ⁶⁴
(En miles)

<i>Años</i>	<i>Atados</i>	<i>Indices</i>
1808	28,3	100
1809	77,6	274
1810	61,8	218
1811	15,0	53
1831	1,0	3

en las inmediaciones de la factoría. Efectivamente, el día 3, a las siete de la mañana, se reunió un grupo numeroso en el lugar acordado, que impedía el acceso a las que trataban de llegarse a la fábrica. El testimonio del director es suficientemente expresivo:

«Llegué a la cuesta que baja a la Palloza y vi un grupo de mujeres y muchachos que no me dijeron una palabra, pero observé que tiraban una que otra piedra a las compañeras que bajaban al establecimiento. Con la esperanza de que poco a poco se irían diseminando, suspendí dar paso alguno, más que el tomar dentro del establecimiento las precauciones y medidas que están a mi alcance [...], mas las sublevadas (que entiendo es un número muy corto) tienen tomadas todas las bocacalles que conducen a la fábrica y no permiten pasar [a] ninguna mujer a no ser que alguna lo verifique subrepticamente y sufriendo alguna pedrada» ⁶⁵.

Entre las ocho y las once, las cigarreras enviaron dos avisos al director para parlamentar. Se reunieron, finalmente, en casa de una de ellas y, con ayuda de «un profesor de enseñanza de primera educación por S. M.», redactaron un memorial que entregaron al director. El memorial, un modelo de moderación y sentido común, incidía sobre las causas de la huelga, en los términos que ya hemos visto, culpando de todo al inspector de labores. A las once llegó la fuerza armada (un sargento, dos cabos y veinte soldados) y procedió a su

⁶⁴ Para el período 1808-1811, ARG, *Intendencia*, 11/46. La estimación para el mes de febrero de 1831 la obtuve operando sobre las 300 libras de data que aparecen en las respuestas de los interrogatorios (ARG, *Causas*, 685/1, 1.ª pieza).

⁶⁵ Carta del director al gobernador de la plaza, ARG, *Causas*, 685/1, 1.ª pieza, folios 2-2 v.

disolución en medio de fuertes tensiones. Entre el griterío se apreciaron voces que, si bien algún realista trató de oír en ellas «palabras subversivas», tal como matizaría más tarde el sargento, eran «sólo obscenidades»⁶⁶. La fábrica y los alrededores fueron ocupados por la tropa. Ante ello, las cigarreras se dirigieron hacia el muelle de la Aduana, distante poco menos de un kilómetro, arrastrando tras ellas a grupos solidarios o, simplemente, a curiosos⁶⁷, esperando encontrar al inspector de labores. Al no dar con él se encaminaron de nuevo a la factoría, a tiempo de presenciar la salida de las esquiroles, protegidas por la tropa. Se inicia así una comitiva de seguimiento por toda la ciudad, a la que se iría sumando gente de todo tipo y condición. En la calle de los Canteros se produjo un último enfrentamiento con los soldados, que arrestaron a un hombre y a una obrera, pero a los que tuvieron que liberar ante la actitud amenazante del grupo. El día 4, la fábrica y sus alrededores amanecieron ocupados por la tropa, que tenía orden de impedir a toda costa una nueva concentración. Pero, ante el asombro de director y empleados, las cigarreras acudieron a su trabajo con entera normalidad, obteniendo inmediatamente una data de 22.000 libras de hoja; de hecho, todas las existencias. Tres días después, tras un interminable interrogatorio a casi medio centenar de operarias, la justicia ordenó el inmediato encarcelamiento de dieciséis, acusadas de conmoción popular. La medida provocó un conflicto con la jurisdicción militar, al pertenecer algunas cigarreras a este fuero, y acabó siendo un objeto arrojado de los liberales coruñeses contra el absolutismo. Un año después llegaría el indulto de María Cristina⁶⁸.

Las primeras máquinas

Llegamos así a la década de los treinta, en la que va a consolidarse la opción económica liberal, sin que desaparezca el privilegio estatal del estanco en la fabricación y venta de tabacos, como cabría esperar de los partidarios de la libre competencia. Desde estos años hasta mediados de siglo, los niveles de producción no hacen más que elevarse, a juzgar por el número de trabajado-

⁶⁶ La descripción del sargento no tiene desperdicio. Se acercó para «deshacer por bien o por mal el pelotón de gente tan disforme», y dijo: «Las mujeres a fregar los platos a su casa, los hombres cada uno a la suya o a cavar al campo [...]; la mujer u hombre que se oponga irá a la cárcel, y si por desgracia hubiere algún hombre que sea obstinado de resistencia, le quitaba la vida.» Visto y oído por el concurso lo que acababa de expresarse, sin hablar palabra ni la menor coma ni la menor réplica, tanto hombres como mujeres se marcharon en todas direcciones» (ARG, *Causas*, 685/1, 1.ª pieza, fols. 41-43).

⁶⁷ Piénsese lo que supone un grupo de dos millares de trabajadoras en una población que tenía entonces alrededor de los 10.000 habitantes.

⁶⁸ Los datos han sido extraídos de los cuatro sumarios de que se compone la causa, el ordinario (ARG, *Causas*, 685/1, 1.ª pieza), los de fuero militar (*ibid.*, 2.ª pieza, y *Causas*, 685/2) y el interno de Hacienda (ARG, *Causas*, 685/1, 3.ª pieza).

ras, que asciende en 1857 a la cifra de 4.000 ⁶⁹. Pero, conforme se extendía y afianzaba el consumo, aparecía más clara la necesidad de aumentar la producción de las labores populares (picaduras y cigarrillos), en perjuicio de las selectas (habanos, virginias y mixtos), de consumo cada vez más restringido. Esto implicaba ya la mecanización del proceso, y ésa es la opción que decidió desarrollar la Hacienda Pública cuando, en 1857, se comenzaron las pruebas con una máquina de picar hoja y otra de liar y engomar. Pero del mismo modo que en la Inglaterra de principios del siglo XIX los trabajadores artesanales se rebelaron contra la introducción de los telares mecánicos, frente a los cuales no podían competir ni en producción ni en precios, también las cigarreras corruñas iban a reproducir espontáneamente las escenas de violencia ludista contra las máquinas. Un periódico del momento describió así aquella jornada:

«El lunes 7 del actual hubo un pronunciamiento de mujeres en la fábrica de la Palloza de esta ciudad. Parece que en lugar de los cigarros que antes se hacían en esta fábrica, están ahora ensayando la construcción de otros de diferente hechura y cuyas hojas van engomadas, suprimiéndoles los virginias o comunes y los de capa habana o mixtos, y en vez de éstos, crearon un taller de pitillos con una máquina para picar el tabaco. Como ambas operaciones son nuevas, no se prestan ni acomodan a ellas las cigarrerías, porque no saben hacerlos, tardando tanto en elaborarlos que apenas sacan la tercera parte del jornal que acostumbraban. Esto y lo poco satisfechas que están del director de dicha fábrica, las exasperó en términos que el expresado día 7 a cosa de las once de la mañana, se alborotaron aquellas cuatro mil mujeres, arremetieron contra los jefes y empleados del establecimiento, destruyeron todo el tabaco picado, pitos y hoja que tuvieron a mano y el que hacía tiempo estaban elaborando, pisoteándolo y arrojándolo al mar, rompiendo y haciendo pedazos las máquinas nuevas para picar el tabaco, y que se dice costaron catorce mil duros, tirándolas al mar, lo mismo que los muebles, papeles, libros de caja y efectos que hallaron en las habitaciones del director» ⁷⁰.

⁶⁹ *El País* (Pontevedra), año I, núm. 16, de 13 de diciembre de 1857. Agradezco a X. Carmona el que me haya facilitado el texto.

⁷⁰ *Ibid.*

CLASES SOCIALES, ESTRUCTURAS AGRARIAS E INDUSTRIA RURAL DOMESTICA EN LA GALICIA DEL SIGLO XVIII

XAN CARMONA BADIA
Universidad de Santiago

1. Sobre el concepto de «protoindustrialización»

Dentro de los temas relacionados con el estudio de la revolución industrial, el de la llamada industria rural cobra a partir de principios de los años sesenta una particular relevancia, a la que contribuye su inclusión como tema en el II Congreso Internacional de Historia Económica, celebrado en Aix-en-Provence, el año 1962¹. Veinte años más tarde, en el programa del VIII Congreso, tras constatar este aumento del interés sobre el tema, se hace referencia al mismo con una denominación distinta: «protoindustrialización»².

Desde que, en un archicitado artículo de 1972, F. F. Mendels habla por primera vez de protoindustrialización³, no cabe duda de que este concepto ha venido teniendo una aceptación creciente dentro de la literatura sobre la industria anterior a la industrialización. Y ello ha resultado enormemente fructífero en la medida que ha permitido descubrir aspectos y relaciones antes apenas vislumbradas, como es el caso de las establecidas entre crecimiento demográfico e industria doméstica productora de mercancías⁴; pero, sobre todo, lo que ha inducido es a entender ésta como un complejo de relaciones que potencialmente podían alcanzar no sólo a la demografía y la estructura agraria de sus zonas de asiento, sino al conjunto de la estructura social del área regional en la que esas zonas estuvieran incluidas. En consecuencia, era necesario estudiar ese complejo de relaciones en sí mismo, y no como se venía haciendo la mayoría de las veces, sólo tangencialmente, en la medida que se

¹ *Deuxième Conférence Internationale d'histoire économique. Aix-en-Provence. 1962*, París, 1965.

² P. DEYON y F. F. MENDELS, «Programme de la section A2 du huitième Congrès International d'histoire économique. La proto-industrialisation: théorie et réalité. Budapest, 1982», en *Revue du Nord*, núm. 248, 1981.

³ F. F. MENDELS, «Proto-industrialization: the first phase of the industrialization process», *Journal of Economic History*, XXXII, 1972.

⁴ El propio MENDELS aborda este tema en la *op. cit.* de la nota anterior y en «Agriculture and peasant industry in eighteenth-century Flanders», en W. N. PARKER y E. L. JONES. *European peasants and their markets*, Princeton, 1975.

consideraba, bien como un elemento no central dentro de la estructura feudal (o de la de sus residuos) o bien como un antecedente —merecedor de atención en tanto que tal— de lo que sería después la industria moderna.

Pero, probablemente a causa del éxito del concepto introducido por Mendels, éste ha sido incorporado a buena parte del discurso histórico, pero no se ha generado una reflexión previa sobre la definición de tal concepto⁵. A consecuencia de ello, la utilización del término protoindustrialización —que también da título a una sección de este coloquio— es utilizado en ocasiones con sentidos diferentes, dando lugar a una cierta equivocidad sobre la que nos gustaría hacer algunas observaciones.

A tal efecto, utilizaremos como básica la reciente definición que de la protoindustrialización dan P. Deyon y F. F. Mendels⁶, la más representativa tanto por su concreción como por la propia autoridad de los autores en este campo, según la que para calificar una situación como protoindustrial se debe exigir el cumplimiento de las siguientes características:

En primer lugar, existencia de una industria doméstica produciendo para mercados extrarregionales. En segundo lugar, participación en ella de los campesinos, que así cubren los tiempos muertos que les deja la agricultura y consiguen unos recursos suplementarios que les permiten asegurar la subsistencia y hacer frente a los pagos monetarios a los que pueden estar sujetos. Finalmente, la protoindustrialización implica, además, la asociación de productores de excedentes agrícolas comercializados y de un campesinado cultivador de explotaciones de una dimensión insuficiente, que a causa de ello se ven obligados a buscar unos ingresos complementarios.

Las dos primeras cuestiones no ofrecen mayores dudas, pero en realidad no definen un concepto distinto al que se venía utilizando por autores como Chambers⁷, Thirsk⁸ o Klíma⁹, que llamaban a esta situación industria rural doméstica productora de mercancías o, simplemente, industria rural.

El punto en el que residiría la novedad del concepto sería precisamente el tercero, que es el que, según cómo se interprete, puede dar lugar a distintas uti-

⁵ Entre las excepciones es obligado destacar el importante libro de P. KRIEDTE, H. MEDICK y J. SCHLUMBOHM, *Industrialisierung vor der Industrialisierung*, Göttingen, 1977 (trad. inglesa: *Industrialization before industrialization*, Cambridge, 1981), así como la reseña del mismo efectuada por Pierre JEANNIN, «La proto-industrialisation: développement ou impasse?», *Annales ESC*, XXXV, 1, 1980.

⁶ P. DEYON y F. F. MENDELS, «Programme...».

⁷ J. D. CHAMBERS, «The rural domestic industries during the period of transition to the Factory System, with special reference to the Midland Counties of England», *Deuxième Conférence...*

⁸ J. THIRSK, «Industry in the countryside», en F. J. FISHER (ed.), *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England, in honour of R. H. Tawney*, Cambridge, 1961.

⁹ A. KLÍMA, «The domestic industry and the putting-out system in the period of transition from feudalism to capitalism», *Deuxième...*

lizaciones del mismo. En efecto, la industria rural doméstica (IRD) productora de mercancías sólo tiene sentido en tanto que complementaria de otras áreas que le intercambian esas mercancías por otro tipo de productos (agrícolas, principalmente) o por numerario con que adquirirlos. La cuestión que se plantea es ¿cuál es el marco en el que se debe dar esa complementariedad entre zonas de pequeña explotación agraria, productora también de manufacturas comercializables, y zonas productoras de excedentes agrícolas?

Mendels insiste en que para que se pueda hablar de protoindustrialización tal complementariedad debe darse en el marco de la propia región protoindustrial¹⁰. Así, estudia el caso de Flandes, donde se da esta simbiosis entre un interior densamente poblado, con una agricultura de pequeñas explotaciones de subsistencia en las que se simultanea el trabajo agrícola con las actividades textiles, y un Flandes marítimo en el que una población más dispersa cultiva unas explotaciones modernas y de mayor tamaño que producen para el mercado, sin necesidad de recurrir al trabajo textil para completar su subsistencia¹¹. Esta articulación, que presupone, además, la presencia de un mercado exterior para la producción textil de la zona del interior, es el que sirve a Mendels como base para la elaboración del concepto de protoindustrialización.

Esta misma simbiosis la observa el autor para algunas otras zonas europeas, y así cita, entre otros, el caso del cantón de Zurich, estudiado por R. Braun; el de la zona alemana del Rhin, estudiado por Kisch; así como a E. L. Jones, que ya en un artículo anterior había hablado de esta complementariedad en ciertas zonas de Inglaterra¹². Esta relativa generalidad del fenómeno lleva a Mendels a postular que este conjunto de rasgos que él denomina «protoindustrialización» constituyen una etapa en el proceso de industrialización europeo del siglo XIX. Y, en efecto, en la medida en que estos rasgos están inducidos de la experiencia de los países europeos posteriormente industrializados, la teoría resultante es perfectamente aplicable a ese tipo de países, pero muy difícilmente aplicable a aquellos en los que no se dio un tal proceso posterior¹³. En este sentido, la teoría de la protoindustrialización es mucho más una teoría de los orígenes de la industrialización que de esa «industria antes de la industrialización», más en general —que en unos casos desembocaría en la indus-

¹⁰ Sobre esta cuestión, que ya había formulado en trabajos anteriores, insiste en su reciente «Les temps de l'industrie et les temps de l'agriculture. Logique d'une analyse régionale de la proto-industrialisation», *Revue du Nord*, núm. 248.

¹¹ Este modelo está expuesto resumidamente en «Agriculture and peasant industry...». Algunas reservas sobre él, en P. JEANNIN, *art. cit.*

¹² E. L. JONES, «The agricultural origins of the industry», *Past and Present*, núm. 40, 1986 (trad. española: «Los orígenes agrícolas de la industria», en SERENI y otros, *Agricultura y capitalismo*, Madrid, 1974).

¹³ Porque, en cualquier caso, y con las limitaciones que se quieran, las regiones económicas a las que Mendels se refiere —con la excepción de Bretaña, a la que hace una breve alusión— son regiones industriales.

trialización y en otros en la desindustrialización—, tal como a veces pretende el propio Mendels¹⁴.

Otros autores prefieren, bien prescindir del concepto de protoindustrialización o bien, utilizando éste, obviar el análisis de la tercera de las características que, según la definición citada, resultan constitutivas del mismo, quedando así un concepto más amplio y menos restrictivo¹⁵. Sólo de esta manera es posible incluir dentro del marco de la protoindustrialización una gama más amplia de países y regiones, de forma que se pueda avanzar así no sólo en el estudio de los mecanismos por los que los países hoy industrializados llegaron a ese estadio, sino también en el de las causas por las que otros países no lo hicieron. Lo que sucede es que, utilizando el concepto en este sentido más amplio, lo que estamos haciendo es, simplemente, poner un nombre nuevo a aquella industria rural productora de mercancías de la que se hablaba en los años sesenta.

Es por esta equivocidad con que se usa el término por lo que, para hablar de Galicia, país aún hoy casi mayoritariamente agrario, preferiremos referirnos simplemente a IRD y no al concepto acuñado por Mendels, que, además, en su acepción más estricta no ha desarrollado todavía un aspecto que, a nuestro modo de ver, resulta fundamental. En efecto, el hecho de que la expansión de la IRD constituya un elemento de acumulación de capital, o de que sirva para crear una mano de obra especializada, o de que influya en el desarrollo de una agricultura comercial, puede a largo plazo significar o no significar nada, según que haya o no un grupo social que vehicule aquella acumulación y aproveche los demás factores para llevar adelante la tarea de concentrar progresivamente a los productores dispersos. Si la acumulación de capital derivada del desarrollo del sector manufacturero preindustrial la efectúa un grupo social ajeno al país, o interior al mismo pero asimilado o en vías de asimilación a las antiguas clases dominantes, y acaba, en última instancia, sepultado como capital territorial, la influencia de todo el entramado que se articula en

¹⁴ Por ejemplo, en «Proto-industrialization: the first phase...», p. 246. Recientemente, algunos autores llegan incluso a darle la vuelta al argumento de Mendels indicando que, en ciertos contextos, el hecho de que no se diera, o de que se diera tardíamente, la industrialización propiamente dicha pudo ser, precisamente, una consecuencia de la existencia previa de «protoindustrialización». Véase E. SCHREMMER, «Proto-industrialization: a step towards industrialization?», *Journal of European Economic History*, X, 3, 1981.

¹⁵ Por ejemplo, trabajos recientes como los de E. L. ALMQUIST, «Pre-Famine Ireland and the theory of European Proto-industrialization: Evidence from the 1841 Census», *Journal of Economic History*, 39, 1979, o Philippe GUIGNET, «Adaptations, mutations et survivances proto-industrielles dans le textile du Cambrésis et du Valenciennois du XVIII^e au début du XX^e siècle», *Revue du Nord*, núm. 240, 1979, utilizan este concepto más amplio. Almquist resume, además, explícitamente al comienzo de su artículo su visión del mismo.

torno a la IRD puede ser a largo plazo mínima, como ocurrió en casos como el de Bretaña o el de Galicia¹⁶.

Por el contrario, si el desarrollo de la IRD en el cantón de Zurich condujo a la industrialización fue porque dio lugar a la formación de un grupo social de «intermediarios entre los productores domésticos y sus empleadores urbanos», que a través de tal intermediación consiguieron «aumentar su capital, entablar relaciones comerciales, mejorar su crédito...»¹⁷ y, finalmente, aprovechar todas estas ventajas para desarrollar y modernizar el sector. Si en el Ulster la tradición textil no sucumbió, como en el resto de Irlanda, a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, y la antigua industria doméstica evolucionó hacia formas industriales, fue porque otro grupo social asumió una tarea similar y porque las condiciones de extracción del excedente eran distintas que en el Sur¹⁸.

En definitiva, problemas como la distribución del excedente y la dinámica de los grupos sociales que en torno a ella se genera son problemas que no pueden ser evadidos si se pretende dar una explicación cabal tanto de los procesos de industrialización como de desindustrialización. Implícitamente, el propio Mendels, que en realidad lo que hace es más definir una fase que una dinámica de evolución, lo reconoce cuando refiere, en última instancia, la diversidad de destinos posteriores de la IRD europea al correspondiente *sociopolitical framework*¹⁹, tema que hasta ahora no ha desarrollado, pero en el que se puede aventurar que debe incluir este tipo de cuestiones^{19 bis}.

¹⁶ Sobre la IRD bretona hay una bibliografía bastante escasa, entre la que se puede destacar F. BORDAIS y R. DURAND, «L'industrie et le commerce de la toile en Bretagne au XVIII^e siècle», en *Comité des travaux historiques, section d'histoire moderne et contemporaine* (1922), VII, pp. 1-48, y J. TANGUY, «La production et le commerce des toiles bretonnes du XVI^e au XVIII^e siècle. Premiers résultats», en *Extraits des actes du 91^e Congrès National des Sociétés Savantes, section d'histoire moderne et contemporaine*, vol. I, Rennes, 1966. Sobre la IRD gallega la bibliografía es todavía más parca. Quizá los dos textos contemporáneos que se puedan destacar sean E. LENCE-SANTAR, «Los lienzos de la antigua provincia de Mondoñedo», *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Lugo*, IV, 1950, pp. 205-215, y Xaquín LORENZO, «Notas etnográficas da terra de Lobeira: o liño e a lá», *Arquivos do Seminario de Estudos Galegos*, VI, 1933-34, pp. 27-83. Una bibliografía más completa en la tesis que espero presentar próximamente.

¹⁷ R. BRAUN, «The rise of a rural class of industrial entrepreneurs», *Journal of World History*, X, 1967; la cita corresponde a la p. 556.

¹⁸ C. GILL, *The rise of the Irish linen industry*, Oxford, 1925, sigue siendo la obra básica. Una aportación más reciente, en tono divulgatorio, es W. H. CRAWFORD, *Domestic industry in Ireland. The experience of the linen industry*, Dublin, 1972.

¹⁹ MENDELS, «Proto-industrialization: the first phase...», p. 246.

^{19 bis} Contra lo que aquí se preveía, las intervenciones orales de F. F. Mendels en el VIII Congreso Internacional de Historia Económica, celebrado con posterioridad a la redacción de esta comunicación, estuvieron en la línea de no incluir en lo que él denominaba «teoría de la protoindustrialización» el controvertido *socio-political framework*, posnaba que fue criticada especialmente por Pat Hudson, P. Kriedte, H. Medick y J. Schlumbohm. Jaume Torras ya había advertido anteriormente que, en la obra de Mendels, «la re-

En cualquier caso, algunos trabajos recientes, como el publicado por S. Chassagne en la *Revue du Nord* ²⁰, comienzan a reintroducir, desde la perspectiva de la protoindustrialización entendida en un sentido amplio, la cuestión de la dinámica espacial y de clases en el estudio de la IRD, indicando así la posibilidad —y la necesidad— de que toda la importante aportación realizada por los teóricos de la protoindustrialización se pueda integrar —y, a la vez, pueda orientar— con aquellas visiones que, quizá más atentas a aquella dinámica y a la propia organización social de la producción, descuidaban un poco aspectos como los que la teoría de la protoindustrialización aborda ²¹. De la integración de ambas perspectivas ha de resultar, sin duda, una más adecuada interpretación de las causas de la desigual industrialización de países que en un momento de su historia parecían presagiar destinos similares.

2. *Un vistazo sobre la industria doméstica gallega en el siglo XVIII: la producción de tejidos de lino*

La Galicia del siglo XVIII encaja perfectamente en el modelo más general de IRD vigente en la Europa de la época. Una población ya de por sí notablemente densa, inmersa, además, en un proceso de expansión, que en su mayor parte trabaja explotaciones de muy reducidas dimensiones, por las que debe, además, satisfacer a los propietarios del dominio directo una parte de la producción anual en concepto de foro ²², se ve obligada a procurarse otras actividades complementarias con las que atender a su subsistencia. En las poblaciones costeras era la pesca y las actividades con ella relacionadas las que cubrían este hueco. Pocas leguas más adentro era la producción de tejidos de lino, «industria nacional de Galicia» ²³, la que cumplía la misma función. Va a ser a estas manufacturas caseras de lino a las que nos estaremos refiriendo cuando, a partir de ahora, hablemos de la IRD gallega.

La producción de tejidos de lino en Galicia era —y en esto no hace sino

ferencia al *socio-political framework* es una huida y no una explicación». J. TORRAS, «Estructura de la industria pre-capitalista. La drapería», *Recerques*, 11, 1981.

²⁰ S. CHASSAGNE, «Aspects des phénomènes d'industrialisation et désindustrialisation dans les campagnes françaises au XIX^e siècle», *Revue du Nord*, núm. 248, 1981.

²¹ Nos referimos a la línea de investigación que representan trabajos como el ya clásico M. DOBB, *Studies in the development of capitalism*, Londres, 1946 (trad. española: Buenos Aires, 1971), o como el conjunto de ensayos contenidos en el volumen de E. HOBBSAWM, *En torno a los orígenes de la revolución industrial*, Buenos Aires, 1971, y, en general, a lo que en el mundo anglosajón se venía conociendo como *social history*.

²² J. GARCÍA-LOMBARDO, *La agricultura y el estancamiento económico de Galicia en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, 1973.

²³ Así lo califica el cónsul francés en A Coruña, Charles de Fourcroy, en su «Coup d'oeil sur la Galice», Archives du Ministère des Affaires Étrangères (París), serie *Mémoires et Documents. Espagne*, núm. 211 (1777-1808), fol. 82.

seguir la tendencia general de la Europa de la época— fundamentalmente rural, como prueba el hecho de que en la villa de Viveiro, uno de los principales centros del comercio de lienzo, sólo se contabilicen, en la época del Catastro de Ensenada, 5 de los 193 tejedores de su corregimiento ²⁴, o de que Santiago de Compostela, principal ciudad y centro comercial de la Galicia de la época, contara sólo con 77 tejedores, mientras una zona rural contigua a la misma como era la jurisdicción del Giro de la Rocha contabilizaba 477 ²⁵. Estos dos ejemplos son una buena muestra de este carácter rural de las actividades textiles, incluso en aquellas escasas comarcas en las que existía un núcleo urbano que centralizaba el comercio de las mismas.

Pero quizá el rasgo que más destacaba en la producción casera de lienzo era la existencia en el seno de la misma de una relativamente importante fracción mercantil, productora de lienzo para su venta no sólo en los mercados y ferias gallegos, sino también de Castilla, Andalucía y el País Vasco, hacia donde se produce una extracción constante durante todo el siglo XVIII, asociada en buena parte a la emigración temporal de los labradores, que al ir a hacer la siega a las dos primeras regiones citadas aprovechaban para vender algunas piezas de lienzo ²⁶. Este carácter mercantil alcanza también a una parte del suministro de la materia prima, pues aunque Galicia producía lino, no lo hacía en la cantidad necesaria para el consumo, trayéndose la diferencia de la provincia de León.

Así, del lino utilizado para la producción de tejidos en Galicia, una parte procedía de las explotaciones agrarias de los propios tejedores e hilanderas que la iban a elaborar, por lo que no pasaba por el mercado. Pero otra parte, bien producido en Galicia o introducido de León o Castilla, era objeto de un intenso tráfico en las ferias y mercados distribuidos por todo el territorio gallego ²⁷.

Este carácter mercantil de una parte de la producción de lienzo contrastaba con el carácter de subsistencia de la inmensa mayor parte de la agricultura gallega de la época, de forma que la industria doméstica era habitualmente, junto con el ganado vacuno, la única fuente de ingresos monetarios para la población rural del interior.

²⁴ Archivo Histórico Provincial de Lugo, *Catastro de Ensenada*, varios legajos.

²⁵ Archivo Histórico del Reino de Galicia, *id.*, *id.*

²⁶ Esta cuestión está algo más ampliamente tratada en X. CARMONA, «L'industrie rurale domestique en Galice. XVIIIème et XIXème siècles». Comunicación presentada al VIII Congreso Internacional de Historia Económica (Budapest, 1982), de próxima publicación en *Quaderni Storici*.

²⁷ Tomás LÓPEZ, en su *Diccionario Geográfico de España*, 20 vols., en Biblioteca Nacional, *Manuscritos*, leg. 7304 y 7297, cita varias ferias en las que se efectúa este tráfico. También LABRADA, *Descripción económica del Reino de Galicia*, El Ferrol, 1804.

3. *Los grupos sociales en la IRD gallega de mediados del siglo XVIII*

Para poder analizar, siquiera someramente, la evolución de la IRD gallega resulta necesario trazar un breve esbozo de los distintos grupos sociales que a mediados del siglo XVIII se hallaban en ella involucrados.

En lo que se refiere a los productores directos, las tres actividades que podrían definir grupos diferenciados eran el hilado, el tejido y el blanqueado. Pero, en Galicia, la costumbre mantenida durante todo el siglo de efectuar el blanqueado antes y no después del tejido, como se hacía en casi todos los países europeos productores de lienzos²⁸, impedía la existencia de un grupo separado de blanqueadores, y el blanqueo en hilo era efectuado por hilanderas o tejedores²⁹. El hilado, que era una actividad típicamente femenina, tampoco definía un grupo social distinto del de los tejedores, actividad esta última ejercida tanto por hombres como por mujeres, porque, normalmente, era en la misma familia campesina donde coexistían ambas actividades.

Dentro del complejo textil familiar, cuya etapa final era el tejido, podemos distinguir tres estratos. Un primero de los que tejían para el autoconsumo familiar. Un segundo en el que situaríamos a aquellos tejedores que efectuaban su trabajo por encargo, ya fuera, como ocurría la mayoría de las veces, de algún vecino o bien de algún comerciante que las destinaría a la venta posterior. Por último, estaba el grupo de los que, de una forma independiente, vendían a los tratantes ambulantes que recorrían las aldeas comprando lienzos, o iban ellos mismos a las ferias y mercados a venderlos.

Una actividad mercantil como ésta implicaba, obviamente, la existencia de todo un entramado de tratantes o comerciantes que negociaban en las elaboraciones de las distintas fases del proceso de producción textil. Este entramado tradicional sufrirá modificaciones importantes en el último tercio del siglo, a consecuencia del desarrollo de las importaciones de lino de los países del Báltico, por lo que nos referiremos primeramente a la situación previa al comienzo de las mismas.

Comenzando por la comercialización de la materia prima, existen dos tipos de tratantes en lino en la Galicia setecentista. Por una parte, los que podríamos calificar de «profesionales», que no tratan sólo en lino, sino también en hilados y otros productos, que recorren las ferias para efectuar su negocio. Por

²⁸ John HORNER, *The linen trade of Europe during the spinning-wheel period*, Belfast, 1920, dedica un importante capítulo a la descripción y problemática del blanqueo en distintas zonas de Europa.

²⁹ Sobre esta cuestión, véase el importante F. CÓNsul JOVE, *Memoria físico-económica sobre el mejoramiento de los lienzos en Galicia*, Madrid, 1794; también de interés, J. B. MURIAS Y KON, *Extracto del origen, estado e importancia de la enseñanza de las manufacturas vastas de lienzo y zintas caseras que tubo principio en la fábrica de Ribadeo de orden de S. M. a consulta del Consejo*, en Archivo de Campomanes, leg. 58-3.

la otra, los tratantes que podríamos llamar «ocasionales», que son los emigrantes temporeros o los arrieros, que traen una o dos «cargas» de lino que «cada uno de ellos conduce del Reyno de Castilla y beneficia en el paraje»³⁰. En ambos casos se trata de un comercio al por menor, no existiendo prácticamente antes del comienzo de las importaciones un comercio mayorista de lino.

Las alusiones documentales a los tratantes de hilo son aquí, como en algunas otras zonas europeas³¹, mucho más escasas, en la medida que esta elaboración intermedia pasaba por el mercado en una proporción menor que la materia prima o el producto final, lo cual no era sino una consecuencia de la coincidencia en la unidad productiva familiar de las actividades de hilado y tejido. Simplificando mucho, se podría decir que sólo comercializaban el hilo aquellas hilanderas que no tuvieran una familia en la que se efectuase el tejido.

Respecto a la comercialización del producto final, las fuentes son más prolijas y permiten distinguir tres tipos de personas que negociaban en lienzos en Galicia. Los «tratantes en lienzos», que compraban las telas en las ferias o en las casas de los tejedores, grupo aquél muy amplio, de carácter ambulante, que, normalmente, operaba en pequeña escala y que muchas veces simultaneaba esta actividad con la de labrador, arriero, tabernero e incluso, en ocasiones, tejedor. A continuación estaban los mercaderes con «tienda abierta» en las villas, que centralizaban a menudo las compras de algunos tratantes, ocupándose seguidamente de canalizar el producto hacia otros mercados, ya fuera por cuenta propia o por comisión. Este segundo grupo tampoco tenía —salvo escasas excepciones— una gran capacidad económica, y no se diferenciaba mucho del estrato superior de los tratantes, por lo que no se puede calificar propiamente como un grupo mayorista. Un último grupo que participaba en la comercialización de los lienzos era el de los arrieros y emigrantes, que en muy pequeñas cantidades cada uno de ellos llevaban también telas hacia Castilla y Andalucía³².

En definitiva, el comercio de los conocidos «coruñas», «viveros», «lorenzanas», etc., nombres con los que se conocían los lienzos gallegos allende el Padornelo, era un comercio notablemente atomizado, en el que no existía un grupo de mayoristas autóctonos que controlaran la comercialización, por lo que ésta se realizaba o bien incontroladamente (emigrantes, arrieros, actuando

³⁰ Esta indicación viene en numerosas de las Respuestas Generales del Catastro, especialmente en las de la provincia de Mondoñedo.

³¹ Philippe GUIGNET, *Mines, manufactures et ouvriers du Valenciennois au XVIIIème siècle*, Nueva York, 1977, p. 42.

³² Estas tres categorías de negociantes en lienzos están deducidas, en lo fundamental, de la información que proporciona el Catastro, así como de documentación de los Archivos Municipales de Ribadeo, Viveiro y Padrón.

por cuenta propia) o bien bajo el control de los mayoristas de los puntos de destino, principalmente Madrid ³³.

La IRD gallega encaja así, por esta ausencia de un estrato superior de mayoristas exportadores, dentro del modelo que S. Chassagne denomina «trapezoidal» ³⁴, por contraposición a un modelo «triangular», que sería aquel en el que la pirámide estaría completada por la existencia, por encima de los tejedores y de los distintos tipos de comerciantes minoristas, de una cúspide de mayoristas «que compren telas en crudo y después, o bien las blanquean ellos mismos y las envían para vender lejos, o bien las embalan y las envían en crudo a sus comisionistas». En Galicia, como en Bretaña, la cúspide —en la medida limitada que existía ³⁵— estaba situada en el exterior, y los minoristas gallegos estaban supeditados a ella.

Esta situación general que acabamos de esbozar, que corresponde a mediados del siglo XVIII, pudo haberse transformado muy sustancialmente a consecuencia de las favorables circunstancias por las que atravesó el sector en las décadas de 1770 y 1780, que pudieron haber supuesto el comienzo de un posible proceso de industrialización. A estas circunstancias y a algunas de las razones por las que no fueron aprovechadas dedicaremos los dos apartados siguientes.

4. *La expansión de la IRD en el último tercio del siglo XVIII*

La IRD gallega experimenta en las décadas de 1770 y 1780 un importante crecimiento. Así, según Luis Marcelino Pereira, que escribe a mediados de la segunda, en la parroquia de Iria (Padrón), situada en una de las principales zonas productoras de lienzo, «de 300 telares que en ella se cuentan, la mitad y más fueron aumentados desde el año de 72» ³⁶. Utilizando como indicador,

³³ De hecho, los pocos compradores de lienzo en cantidades importantes lo eran, la mayoría de las veces, a comisión. El caso más conocido era el del Gremio de Especiería, Droguería y Mercería de Madrid, que mantuvo un comisionado dedicado a tal menester en Mondoñedo durante casi todo el siglo (véanse E. LENCE-SANTAR, *Del Obispado de Mondoñedo*, Mondoñedo, 1915, 3 vols., vol. 1, p. 98; así como M. CAPELLA y A. MATILLA, *Los cinco gremios mayores de Madrid*, Madrid, 1957, p. 29); pero «comisionistas» de lienzo los había también en Santiago en la época del Catastro (AHRG, *Catastro*, legajo 2532). Igualmente, en la mayoría de las respuestas de la antigua provincia de Tui a un interrogatorio de la Junta de Comercio y Moneda del año 1763 se cita un muy pequeño número de casas comerciales de Madrid, que son las que allí venden por mayor los lienzos procedentes de aquella provincia (véase Archivo Histórico Provincial de Pontevedra, *Ciudad de Tui. Libro de Acuerdos y Cartas-Ordenes del año 1763*, fols. 52-69).

³⁴ S. CHASSAGNE, *art. cit.*

³⁵ Hacemos esta matización porque, como ya dijimos, buena parte de las extracciones se hacían sin ningún tipo de control por parte de ningún tipo de comerciantes.

³⁶ L. M. PEREIRA, *Memoria sobre la utilidad o perjuicios de la introducción de lino y cáñamos en Galicia* (1788?), reproducida en *El Eco de Galicia*, núms. 28 y ss. (1851).

al igual que L. M. Pereira, el número de telares, resulta que, en la provincia de Mondoñedo, éstos se multiplican por tres entre el Catastro de Ensenada (1751-52) y un recuento de 1787³⁷. Por último, como se puede ver en el cuadro 1, en el que se efectúa una comparación similar para una muestra de jurisdicciones que totalizan 95 parroquias, el crecimiento del conjunto es evidente³⁸.

CUADRO 1

<i>Provincia de Santiago</i>	<i>Tejedores según Catastro (1752)</i>	<i>Telares según Larruga (década de 1790)</i>
Padrón (jurisdicción)	253	520
Dodro-Lestrove (cotos)	80	150
Peñaflor (jurisdicción)	94	83
Mens (jurisdicción)	22	95
<i>Provincia de Mondoñedo</i>	<i>Tejedores según Catastro</i>	<i>Telares según datos de Lence-Santar (1787)</i>
Viveiro (corregimiento)	196	333
Gerdiz (coto)	22	28
Ribadeo (condado)	28	113
Breña y Reygosa (jurisdicción)	28	15
<i>Provincia de Lugo</i>	<i>Tejedores según Catastro</i>	<i>Telares según Labrada (década de 1790)</i>
Cancelada de Abaixo (jurisdicción)	11	54
Luaces (jurisdicción)	23	70
Monforte de Lemos (villa)	20	21
Triacastela (jurisdicción)	6	49

³⁷ El cálculo procede de la adición parroquia por parroquia, para la primera de las fechas. Para la segunda, de LENCE-SANTAR, «Los lienzos...», que toma los datos de un legajo que debió existir en el Archivo Municipal de Mondoñedo.

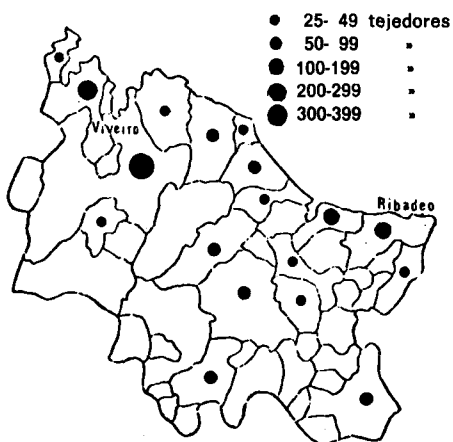
³⁸ La muestra incluye zonas costeras y de interior, y fue escogida en función de la documentación de que se dispone, ya que si bien para la primera de las fechas existen cifras parroquia por parroquia para toda Galicia, para la segunda son muy pocas las zonas que cuentan con una tal información y, además, procedentes de fuentes diferentes. Para mayor dificultad, mientras que el Catastro proporciona el número de tejedores, las otras fuentes dan el de telares, cuestión ésta que resta validez a la comparación sólo relativamente, porque en Galicia eran muy raros los tejedores rurales que tenían más de un telar.

La progresiva liberalización del comercio colonial, la prohibición de importación de lienzos extranjeros y el propio crecimiento económico general de la segunda mitad del siglo XVIII en España constituyeron elementos que favorecieron este desarrollo del sector textil gallego, y particularmente de la fracción del mismo orientada al mercado. Pero, probablemente, la condición que hizo posible la expansión fue el desarrollo experimentado por las importaciones de lino del Báltico a partir de los primeros años setenta, que permitió un aumento importante en la oferta de materia prima a unos precios notablemente inferiores a los de la producción interior.

Las importaciones de lino tuvieron importantes efectos sobre la producción doméstica y sobre la sociedad gallega en general, de entre los que vamos a destacar solamente dos. Sobre el primero de ellos, la polarización del crecimiento operado en estos años en torno a las zonas próximas a aquellos puertos por los que se efectuaban las importaciones —Carril, Ribadeo y Viveiro, principalmente—, puede dar una idea el mapa 1, en el que se expresa la distribución del número de telares por jurisdicciones en la provincia de Mondoñedo en el año 1787.

MAPA 1

Provincia de Mondoñedo



FUENTE: Elaboración propia a partir de datos de LENCE-SANTAR, «Los lienzos...». El mapa forma parte de otro más amplio elaborado por X. Barreiro y X. García-Lombartero (Departamento de Historia Económica, Santiago).

³⁹ GARCÍA-LOMBARDEO, *op. cit.*

La segunda consecuencia a señalar es la formación de un pequeño grupo de mayoristas que pasarán, poco a poco, a controlar el conjunto de las importaciones de lino procedentes de Riga y San Petersburgo. La capacidad económica y las características del negocio de este grupo, al que pertenecerá el futuro marqués de Sargadelos, resaltaba frente a la tradicional ausencia de grupos burgueses de una cierta importancia que se venía notando a lo largo de todo el siglo en Galicia, y que debe ser puesta en relación con la estabilidad que mostraba el sistema en su experiencia en los negocios textiles, en la posesión de algún capital y en la ausencia de una verdadera burguesía gallega, las llaves que les iban a permitir convertirse en el, probablemente, principal grupo burgués de la Galicia de finales del XVIII.

Los importadores promoverán una amplia red de distribución del lino ruso, que venden a crédito a un grupo más numeroso de detallistas y tratantes que, a su vez, lo distribuyen por toda Galicia, también a crédito, hipotecando al pago del mismo, en muchos casos, los bienes de los compradores, que, normalmente, no eran sino unos pocos ferrados de tierra de los que ni siquiera tenían la propiedad plena. Esta práctica de vender el lino a crédito sería un elemento fundamental en la difusión del lino ruso por Galicia, así como un importante agente de desarrollo de las relaciones mercantiles, facilitando la entrada en el marco de tales relaciones de un gran número de familias campesinas que, empujadas por la necesidad de devolver la deuda procedente de la compra del lino, tendrán que dar a su producción una orientación más comercial.

5. *Unas notas sobre el fracaso de la transición ...*

Pero este crecimiento del que acabamos de hablar no significó para el sector lencero ni la superación del atraso técnico, ni la modificación de las relaciones de producción en un sentido capitalista, ni tampoco el comienzo de un proceso de sustitución del lino por el algodón, como ocurrió en algunas zonas europeas ⁴⁰, de forma que los mejores años del sector pasarán sin que se inicie un verdadero proceso de industrialización a partir de la IRD existente. Habrá en los últimos años del XVIII y primeros del XIX algunos intentos de creación de fábricas textiles, pero serán hechos aislados, apoyados en subvenciones y créditos de las instituciones ilustradas ⁴¹, de los que no quedará prácticamente

⁴⁰ Por ejemplo, en Escocia o Finlandia, A. DURIE, *The Scottish linen industry in the 18th century*, Edinburgo, 1979, y P. VIRRANKOSKI, «Replacement of flax by cotton in the domestic textile industry of South-West Finland», *Scandinavian Economic History Review*, XI, 1963.

⁴¹ Referencias a estos intentos en LABRADA, *op. cit.*

nada tras 1820. Haremos referencia a cuatro cuestiones para intentar explicar el fracaso de una tal posible transición.

En primer lugar, a pesar de la expansión, el sector permanece técnicamente atrasado. En la fase de hilado, el torno seguirá siendo prácticamente desconocido, a pesar de los esfuerzos de algunas instituciones para extender su uso ⁴², al tiempo que el blanqueo se seguirá haciendo previamente al tejido. La permanencia de estos dos problemas se debe relacionar con la ausencia de cambios agrarios y con el carácter complementario de la producción lencera respecto a la agraria. Hilándose como se hacía, mientras se cuidaba el ganado, o colectivamente en los llamados «fiadeiros», la primitiva rueca portátil resultaba más apropiada que el torno, menos adaptado a una tal movilidad.

En cuanto al blanqueo, resultaba difícil que, sin una previa regulación e inspección de la producción, los negociantes en lienzo asumieran la tarea de construir blanquerías, tarea imposible para los productores directos, que, sobreviviendo al límite de su subsistencia, no podían generar de entre ellos un grupo con la capacidad suficiente para hacerlo.

En segundo lugar, el comportamiento del grupo de los mayoristas importadores, que eran los que tenían capacidad para desencadenar una acción eficaz sobre el sector, ya fuera racionalizando la organización de la producción de lienzo o comenzando la sustitución de las importaciones de lino por importaciones de algodón, no favoreció tampoco una posible transición. En efecto, los mayoristas se limitaron a vender a crédito la materia prima, pero no pusieron en funcionamiento un verdadero sistema de *putting-out* ⁴³, a través del que el capital comercial pudiera avanzar en el control de la producción con vistas a intentar transformarlo en uno u otro sentido ⁴⁴.

Uno de los elementos a considerar para explicar el carácter conservador de este grupo comercial es su progresiva asimilación a la clase de los rentistas agrarios. Los importadores, por una parte, voluntariamente a través de las compras de tierras y, por otra, involuntariamente a causa de los embargos con-

⁴² Esfuerzos de carácter más testimonial que práctico, como los efectuados por el Real Consulado de La Coruña, la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de Santiago, y la Academia de Agricultura, sobre los que se puede encontrar información amplia en Archivo General de Simancas, *Consejo Supremo de Hacienda*, legs. 215 y ss.; Archivo de la RSEAP, de Santiago, leg. 1, y AHRG, *Papeles Cornide*.

⁴³ La extensión del *putting-out* fue muy limitada en Galicia durante el siglo XVIII, siendo practicado sólo por la fábrica de mantelería de A Coruña, por algunas fábricas que, sin éxito a medio plazo, se instalaron a finales de siglo y por algunos comerciantes aislados.

⁴⁴ Esta pasividad del capital comercial respecto a la posible transformación de la industria rural de tejidos de lino no fue, en absoluto, característica de Galicia, tal como puede verse en E. SABBE, *Histoire de l'industrie linière en Belgique*, Bruselas, 1945, páginas 39-40, o en H. Kisch, «The textile industries in Silesia and the Rhineland. A comparative study in industrialization», *Journal of Economic History*, XIX, 1956 (reproducido con un *post-scriptum* en KRIEDTE, MEDICK y SCHLUMBOHM, *op. cit.*).

secutivos a los impagos del lino vendido a crédito, se encontrarán pronto incorporados a la estructura tradicional de la propiedad de la tierra en Galicia, en una situación asimilable a la de los rentistas.

La evolución hacia la regulación y modernización del sector exigía modificaciones importantes en la agricultura, ya que a su estancamiento estaba vinculado el de las manufacturas domésticas. Pero estas modificaciones habrían conducido a un enfrentamiento con las clases rentistas, y los mayoristas, que estaban en vías de integración en ellas, no estaban dispuestos a un tal enfrentamiento.

Sin esas transformaciones agrarias, la penetración del capital comercial en el proceso de producción se presentaba muy problemática, por lo que los mayoristas se limitaron a acumular capital con el negocio de la importación, sin intentar la transformación de aquél.

En tercer lugar, el crecimiento de la producción no consigue romper el modelo «trapezoidal» por el lado de la comercialización de la producción final, de forma que no se va a desarrollar un grupo de mayoristas exportadores por cuenta propia con la fuerza suficiente como para asumir ellos la dirección de un proceso de concentración de la producción.

Finalmente, el período de expansión fue relativamente corto, ya que el estallido de las guerras revolucionarias a partir del año 1792 va a terminar con la favorable coyuntura exterior del sector. Cuando, tras la guerra de la Independencia, la situación se normalice, los mercados a los que se destinaban los lienzos gallegos habrán sufrido una severa reducción: se han perdido las colonias americanas ⁴⁵ y la competencia en el mercado español se presenta ahora más difícil, debido, por una parte, al crecimiento del contrabando y, por otra —aunque en menor medida—, a que los tejidos de algodón catalanes empiezan, a partir de 1820, a hacerse presentes en todo el territorio español ⁴⁶.

En resumen, la permanencia de la estructura agraria, los problemas de modernización del sector lencero (que no eran privativos de las manufacturas gallegas), el conservadurismo de la burguesía comercial y el problema de los mercados fueron algunas de las causas que determinaron el fracaso de la transición de una etapa que, hablando en el sentido amplio del término, se podría

⁴⁵ Algunas estimaciones de la época asignan a éstas el consumo de aproximadamente el 15 por 100 de la producción comercializada.

⁴⁶ Según Nadal, la industria aldonera catalana recupera los niveles de producción de la década de 1790 hacia 1819-20. J. NADAL, *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*, Barcelona, 1975, pp. 194-5. En realidad, ya antes de la guerra de la Independencia se podía notar una presencia creciente de los tejidos catalanes en Galicia. Cornide estimaba, hacia 1788, que «en indianas, medias, pañuelos y otros efectos de Cataluña por mano de comerciantes de aquel país establecidos en éste» se gastaban 4 millones de reales. Véase JOSÉ CORNIDE, *Observaciones sobre la población, agricultura, industria y comercio del Reino de Galicia*, Biblioteca de la Real Academia de la Historia, ms. E-102, *Varios Papeles sobre Galicia*, fol. 89.

calificar de protoindustrial hacia formas propiamente industriales de producción. Tras las guerras napoleónicas comenzará el proceso de decadencia de la producción rural gallega de lienzos, que empujará a la emigración a unos artesanos que, desalojados progresivamente de su actividad tradicional por la competencia de las fábricas inglesas y catalanas durante el siglo XIX, no encontrarán una ocupación alternativa en unas ciudades gallegas en las que la industria propiamente dicha será la gran ausente.

LA PROTOINDUSTRIALIZACION EN CASTILLA LA VIEJA EN EL SIGLO XVIII

AGUSTIN GONZALEZ ENCISO
Universidad de Murcia

I. EN TORNO AL CONCEPTO DE PROTOINDUSTRIALIZACION

Mucho antes de que se produjera la primera revolución industrial en Inglaterra, la industria como tal se había desarrollado en muchos lugares con profusión. Se trataba de una expansión de la producción, así como de un incremento de la mano de obra industrial¹. Estudios tradicionales atestiguan el desarrollo de estas actividades industriales en el occidente europeo a lo largo de la Edad Moderna². Todavía no se había producido el cambio cualitativo necesario para pasar a la «industria moderna», cuya aparición caracterizaría, en frase de Hicks, el nacimiento de la revolución industrial. Este cambio cualitativo es muy complejo; pero, en última instancia, se reduce a las condiciones que hicieron posible la aplicación de la máquina a la industria.

La historiografía tradicional explicó la aparición de la mecanización como algo más o menos súbito; en cualquier caso, el primero y fundamental de los cambios cualitativos en la producción industrial. No nos parece hoy que la realidad fuera así. A lo largo de la Epoca Moderna hubo ya una serie de cambios cualitativos que fueron transformando la naturaleza de la producción y organización industriales y que conformaron esas condiciones necesarias para dar el último salto. Entre estos cambios hay uno que tiene singular importancia. No se trata de algo que pueda precisarse bien en el tiempo. Es más bien un fenómeno que va adquiriendo cuerpo a lo largo de los siglos modernos, en concomitancia con el desarrollo del capitalismo, y que ha venido en llamarse protoindustrialización.

El concepto de protoindustrialización es más rico y complejo que los de

¹ Cfr. F. MENDELS, «Protoindustrialization. The First Phase of the Industrialization Process», en *Journal of Economic History*, 32 (1972), p. 241.

² El más característico es el de H. KELLENBENZ, «Les industries rurales en Occident de la fin du Moyen Age au XVIIIème siècle», en *Annales ESC*, XVIII (1963), pp. 833-82. Una bibliografía selecta en W. N. PARKER, «Industry», en *Companion Volume* (vol. XIII de la *New Cambridge Modern History*), Cambridge, 1979. También en *Cambridge Economic History*, vol. V, 1977, cap. VII.

industria doméstica, rural o dispersa; si bien esa complejidad hace también más difícil su utilización precisa. No se refiere tampoco genéricamente a la «industria antes de la industrialización», que sería, a mi modo de ver, una caracterización mucho más amplia, aunque más indiscriminada, que englobaría, de hecho, todas las actividades industriales en la Epoca Moderna. En este sentido, protoindustrialización no puede referirse tampoco a la «primera fase del proceso de industrialización», expresión que el propio Mendels utiliza. Ello supondría admitir que todos los aspectos industriales modernos tienen características similares y que, del mismo modo, han evolucionado hacia la industria moderna, lo cual es claramente erróneo: el mismo Mendels deja claro que en muchos casos no se produce el paso a una industria moderna, sino una desindustrialización³. Se trataría de la primera fase del proceso de industrialización; por lo tanto, solamente en algunos casos.

También cabría pensar que sólo merece el nombre de industria aquella actividad que tenga unas determinadas características, sobre todo de alcance económico. En ese caso, protoindustrialización sería un término susceptible de ser generalizado dentro de esa tipología concreta. Pero quedarían entonces varias cuestiones por resolver. Una, determinar cuáles son las características para definir lo que es «industria» y su alcance en la organización económica, antes de la maquinización. Otra, explicar en qué zonas se desarrolla la protoindustrialización. Y, finalmente, buscar nuevos términos para nombrar las actividades que quedaron excluidas de la «industria» por carecer de aquellas características supuestas.

Intentar todo eso podría ser fructífero, si cupiera dentro de lo posible. Hoy por hoy, tendremos que conformarnos con la realidad de una complejidad que supera las restricciones impuestas por las líneas directoras de un modelo que sabemos no es exacto, pero que nos puede servir como hipótesis de trabajo, como punto de partida. Ahora estamos en camino de ver cuántas facetas diferentes puede encerrar el término protoindustrialización, lanzado al aire quizá con demasiadas pretensiones. Las variantes pueden ser tantas que el término puede llegar a perder sus peculiares características si no quiere aplicarse con limitada rigidez. Esperemos que el próximo Congreso Internacional de Historia Económica nos dé una primera respuesta a estas cuestiones⁴.

Pero ¿qué se dice que sea la protoindustrialización? En 1972 escribía Mendels que se trata de una fase de crecimiento de la industria rural. Industria rural, bien entendido, que tiene una organización tradicional, pero que

³ MENDELS, «Protoindustrialization», p. 246.

⁴ La complejidad de las cuestiones que pueden ser tratadas en torno a la protoindustrialización ha sido expuesta con claridad por P. DEYON y F. MENDELS en un texto preparatorio de la sección A.2 del Congreso de Budapest de 1982 («La protoindustrialisation. Théorie et réalité»), publicado después en *Revue du Nord*, 248 (1981), pp. 11-19.

está orientada al mercado. Además, ese crecimiento debe ir acompañado por cambios espaciales en la economía rural⁵. Por otra parte, el concepto de protoindustrialización hace relación a otros factores que inciden en la economía agraria; en concreto, la presión de la población. Aumento de la producción industrial, crecimiento de la población y adaptación estacional de la mano de obra son algunos de estos factores básicos⁶. Del mismo modo, la protoindustrialización influirá favorablemente en otros aspectos de la economía rural, al aumentar la producción agregada y per cápita, hacer posible la introducción de la máquina y, con todo ello, permitir la acumulación de capital⁷.

Aún cabría añadir, en esta rápida caracterización de la protoindustrialización, la ventaja que reciben los comerciantes de los centros urbanos que dominan la economía rural. A la larga, el beneficio será para los mercaderes de estos lugares, que han sabido transformar la actividad rural en una industria de exportación que ellos dominan. La producción aumentará en el campo, mientras que el mercado crecerá en la ciudad⁸. Finalmente, el aumento de oportunidades favorece la perpetuación del crecimiento de la población que habrá originado el auge de la industria rural. La familia crece y la presión de la población se mantiene, pero no aumenta el nivel de vida de los campesinos⁹.

Todo esto funcionará así siempre que se cumpla una de las principales características de la protoindustrialización: la diferenciación espacial de la economía agraria; esto es, la bifurcación entre áreas de agricultura de subsistencia, con industria rural, y áreas de agricultura comercial, sin industria, vecinas a las anteriores. Esta diversificación viene acompañada también del aumento de población y el desarrollo agrícola. Se trata, pues, de una profundización en el conocido tema de los orígenes agrícolas de la industria¹⁰, que viene ahora a ser fundamental, pues está en la base de la explicación de la especialización industrial y de las condiciones de vida de los campesinos-artesanos.

Vemos ahora con más claridad cómo el concepto de protoindustrialización es más rico que cualquiera de los anteriormente utilizados (industria rural, *verlagsystem*, etc.). W. Fischer ha resumido algunos de los factores que hay que tener en cuenta para conocer a fondo la naturaleza protoindustrial de una zona determinada: estructura agraria; presencia de otro tipo de actividades eco-

⁵ MENDELS, «Protoindustrialization», p. 241.

⁶ *Idem*, «Industrialization and Population Pressure in Eighteenth-Century Flanders», en *Journal of Economic History*, 31 (1971), *passim*.

⁷ *Idem*, «Protoindustrialization», pp. 242-47.

⁸ *Idem*, «Agriculture and Peasant Industry in Eighteenth-Century Flanders», en W. N. PARKER y E. L. JONES (eds.), *European Peasants and their Markets*, Princeton, 1975, pp. 180-83.

⁹ MENDELS, «Industrialization», *loc. cit.*; «Protoindustrialization», p. 252; «Agriculture and Peasant Industry», pp. 192 y ss.

¹⁰ Cfr. E. L. JONES, «The Agricultural Origins of Industry», en *Past and Present*, 40 (1968), *passim*.

nómicas, tales como artesanía rural, mercados, tipos de empleo, etc.; relación con los mercados nacionales e internacionales, tanto de venta de productos como de adquisición de materias primas; fuentes de capitalización; papel del empresario; infraestructura de comunicaciones, y, finalmente, sistema político vigente ¹¹. Por su parte, P. Deyon y F. Mendels, deseando «recordar los aspectos esenciales del concepto de protoindustrialización», señalan: mercado fuera de la región, incluso de la nación, y, por lo tanto, autónomo respecto de las coyunturas locales; participación de los campesinos en la industria como actividad complementaria y estacional (puede haber casos extremos que ocupen a familias enteras a jornada completa), pero organizados desde la ciudad, y asociación de esta actividad con la existencia de excedentes de productos agrícolas comercializados. Junto a todo esto hay que tener en cuenta la ruptura del ritmo demográfico antiguo a causa del aumento de los medios de subsistencia, la tendencia progresiva a la concentración, para salvar los rendimientos decrecientes provocados por la dispersión, y la generación de capital desde la propia industria rural ¹².

Con todo esto, podemos preguntarnos cuántas regiones había en Europa en los siglos XVII-XVIII que respondían a todas estas características, ya que, de no hacerlo, no podrían ser integradas, en puridad, bajo la rúbrica protoindustrial. Conocemos, ciertamente, muchas zonas europeas que se adaptan al ejemplo tradicional, áreas rurales con una creciente industria doméstica que, en muchos casos, acabará mecanizándose ¹³; ahora bien, ¿se adaptan todas ellas a cada una de las características de la protoindustrialización? No siempre es esto claro. Entonces tendríamos que hacernos algunas preguntas: ¿se puede aplicar el término en cuestión si no se dan todas las características?; ¿cuáles son las características fundamentales, el mínimo necesario, para caracterizar una zona como protoindustrial, en ausencia de otros aspectos que deberían tenerse como complementarios?; ¿cómo debemos llamar al resto de las actividades industriales que no cuadren en el esquema establecido? Todo ello, en cualquier caso, debe ir precedido por un estudio regional de cada una de las zonas a debatir, para cerciorarnos hasta qué punto se cumplen estas características. Aún quedaría otra cuestión: ¿cuál es el grado de pureza en que los aspectos estudiados deben presentarse para que puedan ser tenidos en cuenta como una característica principal? Aunque haya ya una bibliografía notable al respecto ¹⁴, lo cierto es que estamos en el comienzo del estudio de estas cuestiones, por lo que cabe esperar que las preguntas se vayan contestando y el terreno se aclare.

¹¹ W. FISCHER, «Rural Industrialization and Population Change», en *Comparative Studies in Society and History*, 15 (1973), p. 159.

¹² P. DEYON y F. MENDELS, *loc. cit.*, pp. 11-14.

¹³ Cfr. W. FISCHER, *art. cit.*, 158-59.

¹⁴ Véase, por ejemplo, la selección de P. DEYON y F. MENDELS, *loc. cit.*, p. 12, nota 3.

Cara a la solución del problema hay que tener en cuenta el factor regional¹⁵. Quizá todas las cuestiones que acabo de proponer no provienen tanto de un defecto de precisión del concepto como del particular ejemplo que se deduce del caso castellano. Aquí podrían repetirse las anteriores preguntas resumidas en una sola: ¿hasta qué punto la industria dispersa castellana del siglo XVIII puede adscribirse al fenómeno de la protoindustrialización? No podremos nunca olvidarnos de lo que parece la perspectiva fundamental: la protoindustrialización, tal y como está hoy definida, abarca un amplio conjunto de fenómenos regionales que se produjeron, precisamente, como consecuencia de la aparición y crecimiento de actividades no agrícolas en la estación invernal, cuyos productos fueron orientados hacia mercados exteriores, y que se acompañaron por una modernización de la agricultura regional. Aparte de esta simbiosis económico-social entre agricultura e industria, hay que tener en cuenta la coordinación ejercida desde el núcleo mercantil urbano¹⁶.

Mi objetivo en este trabajo será, precisamente, hacer un análisis elemental de una región castellana significativa, la Sierra de Cameros, para ver hasta qué punto este caso puede inscribirse en el modelo general de la protoindustrialización. Quede claro, en cualquier caso, que se trata de una primera aproximación, realizada también con fuentes estadísticas elementales.

II. UN EJEMPLO CASTELLANO: LA SIERRA DE CAMEROS

a) *Una región con industria dispersa*

Circunscriba hoy a la provincia de Logroño, la Sierra de Cameros pertenecía en el siglo XVIII a las de Burgos y Soria. La línea divisoria provincial era el corte transversal, de Sur a Norte, formado por el río Iregua en su descenso hacia el Ebro. Al oeste del Iregua (Sierra de Camero Nuevo) se localizaban al menos 12 lugares con industria textil digna de mención, entre los que destacan Ezcaray y Torrecilla, en Cameros; al Este, en la Sierra de Camero Viejo, aparecen al menos otros 15 lugares, donde destacan especialmente Soto de Cameros, Enciso y Munilla. Estos 27 pueblos no eran, de todas formas, los únicos en los que podía encontrarse una actividad textil o relacionada con ella. Se daba también una amplia dedicación en esta zona al pastoreo de ganado lanar, que formaba el núcleo de la cabaña soriana de la Mesta y centro neu-

¹⁵ Véase F. MENDELS, «Les temps de l'industrie et les temps de l'agriculture. Logique d'une analyse régional de la proto-industrialisation», en *Revue du Nord*, 248 (1981), páginas 21-23.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 25-26, 28.

rálgico de esquilos y lavaderos¹⁷. La Sierra de Cameros viene a ser así el centro de mayor densidad de toda una zona fundamentalmente ganadera y textil que cubre la vertiente norte de las montañas que se extienden de la Demanda al Moncayo.

Se trata, pues, de una zona muy clara de desarrollo tradicional de una industria textil dispersa en áreas rurales, cuya importancia era ya puesta de manifiesto por Colmeiro: al señalar la existencia de los núcleos textiles más importantes después de la guerra de Sucesión, Colmeiro llegó a citar 33 lugares, de los cuales 21 están localizados en la zona de Cameros¹⁸. Evidentemente, la estadística de Colmeiro sería parcial; pero es difícil sustraerse a la importancia de la industria textil camerana, a pesar de todo.

Una idea de la dispersión nos la puede dar el número de telares localizados en algunas de estas poblaciones en la década de los años cuarenta del siglo XVIII¹⁹:

Soto de Cameros	55	Villoslada	13
Pedroso	30	Canales	13
Ortigosa	30	Zarzosa	11
Munilla	27	Anguiano	10
Enciso	26	San Román	8
Cornago	22	Ajamil	7
La Laguna	22	Navalsaz	7
Muro	21	Villanueva	6
Valgañón	20	Mansilla	6
Viguera	19	Ezcaray	4
Torreçilla	17		

La suma, de 374 telares, supera el total de la provincia de Soria a finales de siglo (eran 334, según Larruga), lo que evidencia que la casi totalidad de los telares sorianos estaban en la parte de Cameros que correspondía a su provincia. Al mismo tiempo, dicha suma es un elevado porcentaje (42,8 por 100) del total de 870 con que contaba la otra provincia afectada, Burgos, también hacia 1790²⁰.

Estos datos, aunque escasos, nos hablan de la importancia de la industria

¹⁷ Véanse V. PALACIO ATARD, *El comercio de Castilla y el puerto de Santander en el siglo XVIII*, Madrid, 1960, pp. 21-22, 35-36, 43; D. OCHAGAVÍA FERNÁNDEZ, *Historia textil riojana*, Logroño, 1957, pp. 61 y ss.

¹⁸ M. COLMEIRO Y PENIDO, *Historia de la economía política en España*, ed. de G. Anes, Madrid, 1965, vol. II, p. 801, nota 2.

¹⁹ Fuentes: E. LARRUGA y BONETA, *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, vols. XXII y XXX (LARRUGA), Madrid, 1792-94; D. OCHAGAVÍA, *pássim*.

²⁰ Cfr. A. GONZÁLEZ ENCISO, «La industria dispersa lanera en Castilla en el siglo XVIII», en *Cuadernos de Investigación Histórica*, 2 (1978), p. 278.

dispersa en Cameros, quizá la más importante de toda el área castellana, región que no fue en absoluto ajena al fenómeno de la industria rural dispersa ²¹, aunque después no consiguiera dar el salto hacia la modernización.

Todo esto se refiere a la industria lanera, que es la que aquí tomo en consideración, faceta que hay que tener muy presente a la hora de hacer comparaciones con otras regiones españolas o europeas donde predominaba el lino, sector que permite una mayor densidad de telares por centro y, al mismo tiempo, una mayor dispersión en tanto en cuanto puede estar presente en un mayor número de hogares. Del mismo modo habrá que tener esto en cuenta cuando se trate de explicar la desindustrialización, como fenómeno opuesto a la mecanización y modernización. En toda Europa, la revolución industrial, es bien sabido, se hizo sobre la base del algodón. En algunas áreas, como Inglaterra o Cataluña, fue una innovación que se abrió paso a lo largo del siglo XVIII, muchas veces en lugares antes sin industria. En otras partes, los centros laneros tradicionales supieron dar el paso de la adaptación a las nuevas fibras, como en Roubaix, por ejemplo, en el momento oportuno ²².

También en los Estados Unidos, el nacimiento del *factory system* tendría que esperar al desarrollo de la industria algodonera, tras un primer fracaso en el sector lanero al estilo de las empresas colbertistas concentradas europeas ²³. No hay que pensar que la lana no se mecanizó. No sólo lo hizo, sino que en algunos casos llegó a suplantar al algodón ²⁴; pero eso sería más tarde, bien entrado ya el siglo XIX. Nada de todo esto que comentamos ocurrió en Castilla, salvo quizá en el caso excepcional de Béjar, el «Manchester castellano» ²⁵,

²¹ No me atrevería, de momento, a utilizar el término protoindustrialización, sin más matices, para Castilla, como veremos después, mientras no tengamos un conocimiento más profundo de aquella realidad. Los trabajos todavía son escasos y no se refieren exactamente al tema de la protoindustrialización. Véanse, especialmente, A. GONZÁLEZ ENCISO, «La industria dispersa»; A. GARCÍA SANZ, *Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja. Economía y sociedad en tierras de Segovia, 1500-1814*, Madrid, 1977, páginas 246-57 («La industria rural»), también pp. 70-72; R. ARACIL y M. GARCÍA BONAFÉ, «Industria doméstica e industrialización en España», en *Hacienda Pública Española*, 55 (1978), pp. 113-129. Aunque con brevedad, los autores se refieren al término «protoindustrialización» y esbozan una generalizada representación gráfica del fenómeno en España, en un período cronológico muy amplio.

²² El ejemplo de Roubaix ha sido recientemente comentado por P. DEYON, «Un modèle à l'épreuve, le développement industriel de Roubaix de 1762 à la fin du XIX siècle», en *Revue du Nord*, 248 (1981), pp. 59-61.

²³ A. GONZÁLEZ ENCISO, *España y USA en el siglo XVIII. Crecimiento industrial comparado y relaciones comerciales*, Valladolid, 1979, pp. 46-51, 75-76.

²⁴ Eso ocurrió en algunas regiones francesas. Véase Ph. GUIGNET, «Adaptations, mutations et survivances proto-industrielles dans le textile du Cambrésis et du Valenciennois du XVIII siècle au début du XX siècle», en *Revue du Nord*, 240 (1979), pp. 39 y ss.

²⁵ El caso bejarano ha sido estudiado por J. A. LACOMBA, «Un núcleo industrial del siglo XIX: Béjar, el Manchester castellano», en J. M. JOVER ZAMORA (ed.), *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, 1974, pp. 303-22.

ya que el esfuerzo estatal por establecer la fabricación de tejidos de algodón en Avila no llegó a cuajar ²⁶.

Es cierto que en algunos lugares de Cameros, al igual que en Béjar, se hicieron intentos de llegar a una concentración industrial ya en los primeros años del siglo XIX, merced a la introducción de máquinas que, en algunos casos, se movieron con energía hidráulica. En cierto modo, era indicio de la pujanza de algunos fabricantes de Canales, Rabanera, Soto, Enciso o Munilla ²⁷; pero, en realidad, consagra el fracaso de todo el sistema de industria dispersa de la zona, ya que los que no consiguen mecanizarse —que son la inmensa mayoría— desaparecen. No hay en Cameros una pervivencia de la industria dispersa y un fracaso de la industrialización ²⁸, sino un fracaso correlativo de ambas que desembocaría en el mantenimiento de unas formas artesanales cada vez más atrasadas en sí mismas, y no sólo por relación al desarrollo de otros lugares, con una importancia económica insignificante ²⁹.

b) *Campeños y fabricantes*

Se repite de manera continua que la industria doméstica se caracteriza por una dedicación complementaria de sus hombres a la agricultura y a la industria, aprovechando la complementariedad estacional que pueden tener ambas actividades. El mismo esquema se aplica a la protoindustrialización. Sin embargo, hay casos en que la pureza del ejemplo no es tan clara, y eso es precisamente lo que ocurre en Cameros. Junto a lugares en que la ocupación mixta está claramente atestiguada, existen otros en que más bien se atestigua lo contrario o, en todo caso, el testimonio permite el beneficio de la duda.

Decía un poco más arriba que estoy tratando de hacer una primera aproximación al tema; pues bien, las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada han servido para cubrir en parte este objetivo. En algunos casos, estas respuestas generales son más explícitas de lo que cabría esperar de ellas, al menos de lo que suele ser habitual.

En todos los lugares reseñados de la Sierra de Cameros, o inmediatamente limítrofes, se daba una agricultura de subsistencia basada en el cultivo de hor-

²⁶ E. HERRERA ORIA, *La Real Fábrica de tejidos de algodón estampados de Avila y la reorganización nacional de esta industria en el siglo XVIII*, Valladolid, 1922.

²⁷ AGS, CSH, 358, c. 4; 389, c. 59; P. MADDOZ, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar* (MADOZ), 1847-49, vols. 5, p. 391; 7, p. 480; 11, p. 689; 13, p. 353, y 14, p. 515.

²⁸ Lo malo, efectivamente, no es que perviviera la industria doméstica, como señalan R. ARACIL y M. GARCÍA BONAFÉ («Industria doméstica e industrialización», p. 121), sino que ésta también desapareció para dar paso a una auténtica desindustrialización total.

²⁹ Todavía hoy funciona un taller en Ezcaray que teje mantas con varios telares que muy bien pueden datar de una fecha cercana a 1800. Su interés, lógicamente, es más folclórico que económico.

talizas, cereales de secano, pastos y aprovechamiento del monte, con algunos frutales en ocasiones. Para atender estas actividades existían numerosos labradores de profesión que, en no pocos casos, tenían la labranza como única ocupación (según los testimonios aducidos), aunque en otros alternaban su actividad.

Veamos primero algunos ejemplos que responden al modelo tradicional, esto es, donde se producía la alternancia de actividades. El más claro de todos es el de Nieva de Cameros. «Generalmente en esta villa —dice la respuesta 33.^a— todos sus vecinos tienen fábrica de tejidos de lana... a excepción de los tejedores... que ni son labradores, ni fabricantes, y los demás son maestros, oficiales y aprendices y peraires, cuyo número no es fácil diferenciar en común.» Y sigue en otra parte: «Ninguno trabaja meramente a este oficio de fábrica por mezclarse en la labranza y otros ejercicios para su manutención.» Algunos hijos de familia asistían a sus padres «a los referidos ministerios mixtos de labranza y fábrica»³⁰. Y, de manera casi reincidente, insiste en la respuesta 35.^a en que «el número de jornaleros que hay en este pueblo es el mismo que va puesto de oficiales y aprendices para la fábrica», porque se ocupan en los mismos oficios, evidentemente.

Los tejedores asalariados eran los únicos que debían tener una dedicación más uniforme a su tarea, no sólo por la expresa mención de que «ni son labradores, ni fabricantes», sino por el hecho de que se citan oficiales y aprendices que, al parecer, dependen de estos tejedores (al igual que aparecen oficiales y aprendices que dependen de los fabricantes) y que, posiblemente, formarían equipos completos. En cualquier caso, estos tejedores sólo sumaban 21 de los 195 vecinos que tenía el lugar en 1752.

Otro ejemplo característico es el de Pradillo de Cameros, no lejos de Nieva. También allí se menciona expresamente que «generalmente en esta villa todos los vecinos son labradores, pastores y tienen en sus casas fábricas de tejidos de lana», si bien se introduce una variable importante, porque en estas últimas «se ejercitan sólo las mujeres». Fabricaban unos 300 paños y bayetas en 1752, cantidad no muy importante³¹. Aunque pueda notarse esa especialización personal muy clara en el seno de la familia, la unidad familiar se está aprovechando del doble ingreso de las actividades agrícolas e industriales³². De todas formas, también había vecinos masculinos que se dedicaban expresa-

³⁰ AGS, DGR, 1.^a remesa, lib. 59.

³¹ AGS, *ibidem*.

³² La economía campesina siempre se basaba en la economía familiar. En cuanto a su relación con la protoindustrialización, véanse H. MEDICK, «The Protoindustrial family economy: The Structural Function of Household and Family during the Transition from Peasant Society to Industrial Capitalism», en *Social History*, 3 (1976), pp. 291-315; F. MENDELS, «La composition du ménage paysan en France au XIX siècle: une analyse économique du mode de production domestique», en *Annales ESC*, 4 (1978), pp. 780-802.

mente a la actividad textil, como algunos tejedores, lanzaires y tundidores. También en Torrecilla aparecen numerosos fabricantes que son, al mismo tiempo, labradores y trajinantes, aunque este caso no puede hacerse extensivo a todos ellos, unos 130 en total ³³.

Ezcaray había sido un pueblo de larga tradición textil que en 1752 se encontraba en decadencia ³⁴: solamente había siete fabricantes. Nuevo auge estaba tomando la empresa de Montenegro, recién creada, al estilo de las manufacturas concentradas, y que andando el tiempo acabaría pasando a los Cinco Gremios Mayores de Madrid. En Ezcaray, también los fabricantes tenían que ayudarse, para su sustento, de la labranza de algunas tierras, aunque hubiera labradores de profesión ³⁵. Pero uno de los ejemplos más típicos de esta mezcla de actividades agrícolas e industriales lo encontramos en Arnedillo. La cita, aunque larga, merece ser recogida: «Hay diferentes vecinos en este pueblo que se emplean y ejercitan en la fábrica y venta de paños y sayales y cuando ésta cesa, tienen otras industrias y utilidades.» A continuación recojo el ejemplo de un vecino concreto de todos los que cita; se trata de Juan José Iñiguez:

«quien en cada un año fabrica y vende en su casa por lo común, catorce piezas de paños y sayales y su utilidad regulan en mil doscientos y sesenta reales, extra de los cuales, en los días sobrantes, conclusa dicha fábrica y la labor de su propia hacienda, se emplea el susodicho en fabricar para diferentes vecinos paños y sayales y la utilidad e importe de sus jornales anuales regulan en ciento y cincuenta reales...; lo que excusa a pagar de jornales para el cultivo de sus viñas y olivos, haciendo por sí esta labor, en ciento y cincuenta reales; y en dos reales y veinte y cinco, lo que le corresponde de útil anual en el todo que produce el molino que llaman de arriba, a proporción de dos y medio y ocho horas que tiene de aprovechamiento en él en cada semana» ³⁶.

Este ejemplo de pluriempleo —fabricante, asalariado, labrador y molinero al mismo tiempo— era bastante común en Arnedillo. Había otros cuyo oficio común era el de tejedores, y que «en los días sobrantes del año» pasaban de asalariados a fabricar y vender por sí mismos, o a otro tipo de actividades tales como fabricar yeso o admitir en sus casas, en hospedaje, a las personas

³³ AGS, *idem*, lib. 61.

³⁴ Algunas notas eruditas en fray J. GARCÍA DE SAN LORENZO MÁRTIR, «La industria en Ezcaray», en *Berceo*, XIV (1959), pp. 194-96.

³⁵ AGS, *idem*, lib. 58.

³⁶ AGS, *idem*, lib. 57, fols. 415-16.

que durante cuatro meses al año se acercaban a los baños del lugar. Nadie en Arnedillo tenía jornal único.

Si, como decía antes, estos casos mencionados responden al modelo tradicional de la mano de obra protoindustrial —alternancia de la industria con la labranza—, otros muchos ejemplos nos ofrecen una visión diferente, cual es la de la separación entre las dos actividades. En algunos de los ejemplos que se exponen no consta en absoluto que se produzca la mencionada alternancia como un modo de vida habitual de la mayoría de los trabajadores industriales, aunque no pueda excluirse *a priori* que alguno lo hiciera.

En Ajamil, lugar con 75 vecinos, había 51 fabricantes y 21 labradores. De los primeros, sólo en algunos casos se indica que tuvieran otro medio de subsistencia: la cría de ganado cabrío³⁷. En Anguiano, otro lugar donde, como en Arnedillo, coexistía el viñedo con la industria textil³⁸, se mencionan 70 vecinos dedicados a la fabricación de paños, «por medio de operarios», y no se indica que tengan otra ocupación. Sin embargo, sí se habla de arrieros, cardadores, tintoreros o perchadores por ejemplo, que pueden ser «meros» o «mixtos», esto es, que pueden tener solamente su empleo o alguno más³⁹. En Munilla, entre los labradores había algunos, no todos, que, además, tenían otro oficio. De éstos, algunos eran fabricantes de paños, pero otros se dedicaban a actividades diversas relacionadas con la industria ganadera o bien eran molineros, mercaderes, pellejeros, esquiladores, etc.⁴⁰. En Muro de Cameros, de ninguno de los 51 fabricantes que se citan se dice que tengan algún otro ingreso. Se mencionan igualmente 18 labradores sobre un total de 104 vecinos⁴¹. También en San Román o en Soto de Cameros se citan los nombres de los fabricantes, sin indicar otras utilidades, y se da el número de labradores. En San Román, de 149 vecinos, 50 eran fabricantes de paños y bayetas y 68 labradores; en Soto, de 454 había 189 fabricantes y 74 labradores⁴². En Viguera se menciona la existencia de 78 labradores «trabajando meramente en su oficio» y, por otra parte, se cita a los que se dedican a la fabricación de bayetas⁴³. También en Villoslada se nombra a todos los vecinos con sus oficios y ganancias y no se menciona que tengan varias fuentes de ingresos.

¿Se trata de una cuestión de fuentes, que no sean demasiado explícitas? Pudiera ser; pero es extraño que en unos casos sí lo sean y en otros no, y, por otra parte, la terminología empleada no deja lugar a duda en muchos casos. Esos fabricantes o labradores «meros» o «mixtos» son suficientemente signi-

³⁷ AGS, *idem*, lib. 566.

³⁸ Sobre este problema véase *infra*.

³⁹ AGS, *idem*, lib. 64.

⁴⁰ AGS, *idem*, lib. 590.

⁴¹ AGS, *ibidem*.

⁴² AGS, *idem*, lib. 599.

⁴³ AGS, *idem*, lib. 603.

⁴⁴ AGS, *idem*, lib. 61.

ficativos. La duda podría surgir en aquellos casos en que se cita número de fabricantes y labradores sin más precisión. Podía entenderse, en ese caso, que se trata de un oficio principal y que nada se dice de otras posibles dedicaciones. Todo ello es, sin embargo, dudoso; primero, porque en otros casos se explicita con claridad el pluriempleo; segundo, porque la razón de ser de la encuesta era, precisamente, descubrir la renta personal de cada uno de los habitantes, y es difícil pensar que los oficiales encargados de hacerla se fueran a dejar engañar en una cuestión tan elemental, porque bien sabían ellos cuál era el carácter del trabajo que realizaban sus paisanos⁴⁵. Por todo ello, me inclino a pensar que en muchos lugares de la Sierra de Cameros no se producía la alternancia de dedicación agrícola e industrial, no al menos de una manera rígida y mecánica; que el carácter de la economía agraria de esta zona tenía sus peculiares características y que, por lo tanto, y según la evidencia que ofrecen las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada, Cameros no se ajusta en su totalidad al modelo general descrito por la teoría de la protoindustrialización.

c) Comercio y comerciantes de la protoindustrialización

En buena lógica, el modelo protoindustrial se adapta al *verlagsystem*. La zona industrial se convierte en el área de inversión de los capitalistas que viven en la ciudad vecina que domina la región y se aprovecha de la mano de obra rural. Precisamente por esta razón, el artesano se convierte cada vez más en un asalariado con unos beneficios exiguos que le empujan, casi necesariamente, a la labor agrícola para poder mantenerse cuando se reduce la actividad industrial. La dependencia de los artesanos flamencos del mercado urbano de Gante es muy clara, en el caso estudiado por Mendels, y que, en definitiva, ha dado origen al concepto de protoindustrialización. Los paños fabricados en el *hinterland* rural eran llevados al mercado de Gante. Allí residían los mercaderes que trataban en el género fabricado por los campesinos. En el campo creció la proporción de hogares que eran propietarios de un telar o de algún instrumento para hilar, pero sólo uno. De esta forma, se manifiesta con claridad el hecho de que la industria del lino en Flandes se utilizaba como medio de obtener un suplemento de renta. Eran cada vez más los que poseían su telar que los que eran simplemente tejedores o hilanderos; pero no parece que los que poseían su telar dieran trabajo a otros carentes de medios de producción⁴⁶.

⁴⁵ Hay que recordar que, en la mayoría de los casos estudiados, las Respuestas Generales son mucho más explícitas y detalladas de lo que es norma general en esta fuente, lo que, pienso, las hace más dignas de crédito, pues ello habla en favor de la diligencia de los oficiales que las redactaron.

⁴⁶ MENDELS, «Agriculture and Peasant Industry», pp. 180-83.

Una vez más, hay que afirmar que el caso castellano, al menos a través del ejemplo que ofrece la Sierra de Cameros, no se corresponde con exactitud con este modelo. Aquí no había gran ciudad que dominase la producción industrial, los comerciantes eran locales y el género se comercializaba directamente desde el lugar de producción. Había auténticos empresarios que tenían varios telares y empleaban oficiales y aprendices. En el siglo XVIII, al menos, el esquema era muy claro, aunque tampoco puede descartarse el hecho de que esta situación responda a reminiscencias y ajustes de la organización industrial respecto a épocas pasadas más complejas en este sentido⁴⁷. Pero en el siglo XVIII es más difícil encontrar una auténtica organización capitalista al estilo del *verlagsystem*⁴⁸, aunque nada más sea por la decadencia del capitalista castellano y por el hecho de que la renovación industrial acometida, tanto por el Estado como por compañías particulares privilegiadas (los Cinco Gremios Mayores de Madrid, por ejemplo), prefirió seguir el esquema de la empresa concentrada al estilo colbertista⁴⁹.

Ahí puede residir, precisamente, uno de los factores de la decadencia de la industria dispersa en el siglo XVIII, en una época incluso, tomada en su conjunto, de crecimiento económico e industrial. Ese es, desde luego, el caso de la Sierra de Cameros, área tradicional de actividad industrial que se irá descapitalizando paulatinamente a lo largo del siglo XVIII, aun con recuperaciones parciales. Solamente los primeros años del siglo XIX vieron un tímido intento de reconstrucción, como ya he mencionado, sobre la base de la mecanización; pero fue breve y de pequeña entidad, no suficiente para crear un foco industrializado en una región que ya había quedado aislada de las principales corrientes comerciales y a la que, es de suponer, la progresiva decadencia de la Mesta y posterior desaparición de sus privilegios debió afectar duramente; mucho más si pensamos que esta desaparición ocurrió en un momento de dificultades de la exportación lanera a causa de una baja calidad con relación a las lanas inglesas⁵⁰.

⁴⁷ En otras zonas castellanas sí hubo una organización capitalista más parecida al *verlagsystem*, que en el siglo XVI se extendía por diversas zonas europeas. Véanse, por ejemplo, R. CARANDE, *Carlos V y sus banqueros. La vida económica en Castilla (1516-56)*, Madrid, 1965, especialmente pp. 178-82; F. RUIZ MARTÍN, «La empresa capitalista en la industria textil castellana durante los siglos XVI y XVII», en *Troisième Conférence Internationale d'Histoire Economique, Munich*, 1965, París, 1974, *passim*; P. IRADIEL MURUGARREN, *Evolución de la industria textil castellana en los siglos XIII-XVI*, Salamanca, 1974, pp. 104-115.

⁴⁸ Cfr. A. GONZÁLEZ ENCISO, «La industria dispersa», pp. 269-74.

⁴⁹ Este problema es estudiado con amplitud en mi *Estado e industria en el siglo XVIII: la fábrica de Guadalajara*, Madrid, 1980.

⁵⁰ Véase B. F. GAMINDE, *Memoria sobre el estado actual de las lanas merinas españolas y su cotejo con las extranjeras: causa de la decadencia de las primeras y remedio para mejorarlas*, Madrid, 1827, *passim*; cfr. A. GONZÁLEZ ENCISO, *Estado e industria*, p. 215. La obra de Gaminde ha sido recientemente reeditada por GARCÍA SANZ en *Agricultura y Sociedad*, 6 (1978), pp. 317-56.

La falta de exportación de lana, lejos de favorecer la presencia de materia prima, acabó con una fuente de ingresos. Hay que tener en cuenta, y las respuestas del Catastro así lo atestiguan, que los propietarios de numerosas cabezas de ganado de esta zona eran los vecinos del lugar y, en muchos casos, también fabricantes⁵¹, que se beneficiaban, sin duda, de la exportación de la lana. Se beneficiaban también de esta actividad numerosas personas que se dedicaban a este comercio, como actividad principal o secundaria, y que de este modo incrementaban sus ingresos y, por lo tanto, su capacidad de consumo de productos industriales. Es significativo, a este respecto, que no todos los tratadistas de economía de la época pensaban que la exportación de lana fuera negativa, sino todo lo contrario. Lo único que pedían era una reorganización del sistema y el derecho de tanteo que permitiera mayor beneficio —o menores costos— al fabricante. La exportación no incidía sobre la escasez, sino sobre el precio, que se hacía prohibitivo para algunos fabricantes. Era difícil encontrar alguien que «almacenase lanas para surtir a buen precio a los fabricantes»⁵².

En cuanto a los comerciantes, como acabo de mencionar, la mayoría eran locales, aunque tampoco se puede descartar el hecho de la existencia de comerciantes foráneos, como ocurría en algunos puntos de Castilla la Nueva, por ejemplo Madridejos⁵³. También se puede pensar que, en algunos casos, los empresarios capitalistas locales que daban a trabajar la lana hasta el acabado del paño⁵⁴ se dedicaran igualmente a la comercialización del producto. En Munilla, por ejemplo, aparecen algunos de estos fabricantes entregados a la compra y venta de paños, entre ellos los de su propia fabricación⁵⁵.

El ejemplo no es único. En Arnedillo se citan vecinos que se dedican a la fábrica y venta de paños; en Pradillo —caso más claro de doble actividad—, «algunos vecinos del paso para Extremadura tienen la industria de llevar a

⁵¹ Uno de estos fabricantes y ganaderos escribió un tratado poco conocido sobre tintes. Véase V. DEL SAZ CABALLERO y GARCÍA, *Recetario de las sustancias que se emplean en la elaboración de los tintes y maneras con que se tiñen los hilados de lana y los merinos, estameñas, paños y bayetas que se tejen en las fábricas de los pueblos de Cameros en la provincia de la Rioja*, 1775; cfr. D. OCHAGAVÍA, «Notas para la industria textil riojana», en *Berceo*, 3 (1947), p. 206.

⁵² LARRUGA, XX, p. 317. Como, por otra parte, el aumento de exportación lanera fluctuó mucho a finales del XVIII, y puede que decayera en la última década, habría que profundizar en esta hipótesis estudiando la estructura geográfica y social de esta exportación para detallar su incidencia local en cada caso.

⁵³ En este pueblo de la provincia de Toledo concurrían diversos tipos de comerciantes, unos locales, otros de fuera y algunos, finalmente, que tenían algo que ver con el acabado de los paños. Véase A. GONZÁLEZ ENCISO, «La industria dispersa», p. 282.

⁵⁴ Tipificados por LARRUGA en la organización industrial de Soto de Cameros: «Otros, que daban a trabajar la lana hasta puesta en paño pagando los trabajos a cada uno [de los operarios]»; XXII, p. 19. En otros lugares se les denomina «dueños de la lana».

⁵⁵ «Los [paños] que además de su fábrica compra y vende»; AGS, DGR, 1.ª remesa, lib. 590, pregunta 34.

vender *sus* paños»⁵⁶. En otros casos, en cambio, aparece una clara diversificación entre fabricación y venta, siempre dentro de la misma localidad. En Torrecilla hay labradores que, después de hechas sus labores, se emplean en el tráfico de llevar a vender los paños a las montañas de León. En Soto, de mayor importancia a mediados del XVIII, había 48 comerciantes, además de «otras cuatro compañías que mantienen los vecinos de esta población en el reino de Galicia». La importancia de la fabricación y de las redes de distribución de los vecinos de Soto les llevó a saltar las barreras continentales, pues había dos comerciantes «que han dado principio a comerciar en la América en el año próximo pasado de 1753». En Villanueva también había vecinos que comerciaban en Andalucía, Galicia y otras partes⁵⁷.

En otros lugares sabemos que estaba organizada la arriería, como en Ajamil, de donde llevaban los paños a Extremadura, Madrid y otras partes; en Anguiano, donde los arrieros se ocupaban igualmente en otras actividades; en Viguera o en Villoslada, por ejemplo. También en Ezcaray quedaban unos pocos arrieros a mediados de siglo⁵⁸. En el caso de la arriería es más difícil de determinar, sin un estudio más profundo, hasta qué punto la actividad era independiente, como parece claro en el caso de los comerciantes y, en caso de que no lo fuera, de quién dependía. La única certeza que tenemos es que eran vecinos del lugar. En cualquier caso, no se aprecia, de modo explícito, que pudieran depender de comerciantes de mayor envergadura que hubieran organizado sus redes comerciales desde algún centro urbano principal. Es evidente, por otra parte, que esto no es así en los ejemplos de mayor importancia, como es el caso de Soto. ¿O es que Soto o Torrecilla podían actuar como centros urbanos organizadores? El caso es dudoso. Su fuerza comercial no era suficiente para aglutinar la producción de toda la región, y, además, aunque pocos, también había comerciantes en otros lugares.

Como complemento a los comentarios hechos sobre los comerciantes, merece la pena echar una ojeada a la distribución geográfica de la producción de Cameros; esto es, cuáles eran los lugares de venta. La teoría general de la protoindustrialización se refiere a la existencia de mercados fuera de la región —casi los exige para que la teoría sea correcta—, y aun fuera del país. Es decir, la teoría de la protoindustrialización sólo hace referencia a la producción de unos géneros de suficiente calidad como para que puedan venderse en un amplio mercado y generar una significativa acumulación de capital. Por eso, el paso siguiente a la industria moderna se hace más sencillo en zonas donde el proceso se da con pureza, como el Midland inglés, por ejemplo.

En otros casos, como en Cameros, existe una industria dispersa claramente

⁵⁶ AGS, *idem*, libs. 57, 59, preguntas 32 y 33.

⁵⁷ AGS, *idem*, libs. 61, 599, 603.

⁵⁸ AGS, *idem*, libs. 58, 61, 64, 566, 603.

diversificada, una dedicación industrial amplia; pero una calidad media-baja y una deficiente comercialización, al menos en el siglo XVIII. Vayamos a los datos concretos. La producción de algunos centros más importantes llegaba sin mucho problema a lugares alejados dentro de la Península; sin embargo, los lugares más modestos apenas si alcanzaban a enviar sus géneros más allá de la propia región. Y estos lugares modestos eran mayoría.

La venta en el mercado local era también elevada. Pedroso, que en los años cuarenta era uno de los centros con más actividad (30 telares en funcionamiento), vendió en 1767 unas 5.406 varas de tejido en la propia localidad; es decir, un 12,8 por 100 de la producción, que ascendió a un total de 42.222 varas⁵⁹. El porcentaje no deja de tener interés si tenemos en cuenta que se trata de un lugar que, en teoría, debería producir para un mercado exterior. En cuanto a otros lugares y fechas, desconozco el porcentaje de ventas locales y exteriores; pero es de suponer que fueran mayores las ventas locales en el resto de los centros que no conseguían llevar su producción muy lejos de la propia localidad.

Algunos pocos sí tenían una distribución nacional más o menos amplia. El cuadro siguiente nos puede dar una idea de la expansión geográfica de los paños de Cameros por la Península en la segunda mitad del siglo XVIII. Hay que tener en cuenta que se trata de los únicos centros mencionados en las fuentes utilizadas con actividad exportadora⁶⁰:

<i>Región de venta</i>	<i>Lugar de procedencia en Cameros</i>							
Galicia	Soto,	Enciso,		Ortigosa,	Torrecilla,			
Asturias	Soto,				Torrecilla,			
Santander	Soto,							
Vizcaya	Soto,	Enciso,						
Navarra	Soto,	Enciso,	Munilla,					
Aragón		Enciso,	Munilla,					
Castilla la Vieja	Soto,	Enciso,	Munilla,	Ortigosa,	Torrecilla,	Canales,	Villoslada	
Castilla la Nueva	Soto,	Enciso,	Munilla,		Torrecilla,		Villoslada	
Extremadura	Soto,				Torrecilla,	Canales,		
Andalucía	Soto,			Ortigosa,	Torrecilla,		Villoslada	

El cuadro es significativo. Sólo unos pocos lugares importantes, Soto, Enciso, Torrecilla, vendían en toda España. Otros, Munilla, Ortigosa, Villoslada o Canales, alcanzaban solamente a lugares seleccionados. En algunos casos se deja ver una especialización geográfica. Munilla, por ejemplo, no vende en

⁵⁹ D. OCHAGAVÍA, p. 276.

⁶⁰ Fuentes: LARRUGA, XXI, XXII; D. OCHAGAVÍA, *pássim*.

zonas alejadas; se reduce a un centro amplio. Villoslada solamente vende hacia el Sur, al igual que Canales. El número de centros mencionados es, desde luego, limitado. La zona de mayor venta de los géneros de Cameros era, sin duda, la de las dos Castillas, especialmente la Vieja; después, dos extremos, Galicia y Andalucía, seguramente buscando también las salidas exteriores.

La exportación al extranjero debía ser complicada de manera inmediata. Solamente en el caso de Soto tenemos la mención expresa de que sus géneros se exportaban a América regularmente desde 1753. De los otros lugares, Larruga nos dice que ocasionalmente podían alcanzar los mercados internacionales⁶¹. Es posible también que, a la hora de su exportación, los géneros pasaran a depender de grandes comerciantes internacionales que, además, ocultaran su procedencia para poder manipular el precio. En ese caso, sería más complicado seguirles la pista a los géneros del interior.

En cualquier caso, se ve claro que la gran masa de los centros productores de Cameros no podía extender sus géneros en una amplia geografía, al menos de manera regular. Tampoco podemos olvidar, sin embargo, que la segunda mitad del siglo XVIII, a la que corresponden estos datos, es una época de decadencia para la industria camerana.

d) Paños y viñas

Uno de los temas importantes de la protoindustrialización es el de la delimitación entre la industria textil y el viñedo, o, para decirlo en términos más genéricos, entre la industria y cualquier actividad agrícola que exija un trabajo intensivo durante todo el año y produzca un suficiente suplemento de renta que haga innecesario el recurso a la actividad artesanal. El viñedo es el ejemplo más fácil de recoger y el más frecuente en áreas mediterráneas, pero pueden existir otros como las ciruelas, el tabaco o las industrias lácteas combinadas, claro está, con la cría del ganado⁶².

El ejemplo del viñedo es clásico. Ya Colbert se refirió a él. Según el ministro de Luis XIV, el viñedo constituía un obstáculo a la industria porque empleaba a todos los habitantes todo el año⁶³ y, por lo tanto, no dejaba población libre para otras actividades⁶⁴. Según R. Dion, el trabajo en las viñas

⁶¹ LARRUGA, XXII, p. 17.

⁶² Cfr. MENDELS, «Les temps de l'industrie», pp. 30-31.

⁶³ *Ibidem*, p. 30, donde se recoge la cita de R. DION (*op. cit.*, *infra*), quien, a su vez, la toma de P. CLEMENT, *Lettres, instructions et mémoires de Colbert*, t. 2, pp. 624-25.

⁶⁴ En Borgoña, por ejemplo, la densidad de población era una de las más altas de Francia en el siglo XVIII; incluso tenía una densidad de unas características más similares a las de las regiones industriales del Noroeste que a las de las regiones agrícolas del centro. Sin embargo, la fuerza económica de Borgoña no residía en la industria, «que nunca tuvo amplitud en Borgoña», sino en la agricultura y la ganadería. Véase T. J. MARKOVITCH, *Histoire des industries françaises. Les industries lainières de Colbert à la Révolution*, Pa-

producía a la población rural el mismo servicio que la industria⁶⁵; esto es, un suplemento de renta. Mendels ha comparado el mapa del viñedo de R. Dion y el de las actividades textiles en Beauvaisis de P. Goubert, y llega a la conclusión clara de que se trata de actividades alternativas, no complementarias⁶⁶. En el caso del Beauvaisis, al contrario que en Borgoña o Anjou, donde también se daba en distinto grado la alternancia mencionada, se trata de una de las zonas textiles más importantes de toda Francia, con mercados exteriores también muy extendidos⁶⁷. «La ecología humana en una región vitivinícola —escribe Mendels— era, pues, muy diferente de la que se encontraba en una región cerealista, y la oposición entre pueblos “abiertos” con población densa y pueblos “cerrados” con población escasa no podía tener el mismo significado, pues en la región vitivinícola una parcelación acusada de la tierra no atraía necesariamente hacia actividades secundarias en la industria. Al contrario, la viticultura empleaba a los ocupantes de la tierra durante todo el año. A veces se veía la industria rural desarrollarse en estas comarcas, en las regiones pobladas con menor densidad, lo que era la inversa del caso de las regiones cerealistas»⁶⁸.

La teoría de la protoindustrialización nos ofrece, por lo tanto, un modelo variado en el caso de la alternancia industria textil-viñedo:

1. Mutua exclusión. Actividades alternativas.
2. Regiones especializadas limítrofes:
 - a) Industria textil de poca o mediana calidad-viñedo.
 - b) Industria textil de importancia-viñedo.
3. Desarrollo de la industria textil en zonas vitivinícolas poco pobladas.
4. Comercialización exterior del vino, así como de los tejidos.
5. Poco efecto perturbador en el equilibrio ecodemográfico⁶⁹.

rís, 1976, pp. 407-10. En Anjou, área vitivinícola (cfr. Ch. TILLY, *The Vendée*, Cambridge, Mass., 1964), existía la diferenciación entre las zonas de viñedo y las zonas donde existían tejedores, unos tejedores que, por otra parte, nunca consiguieron dar un tono importante a su industria textil. MARKOVITCH, pp. 399-400.

⁶⁵ R. DION, *Le vin et la vigne en France, des origines au XIX siècle*, París, 1959.

⁶⁶ MENDELS, «Aux origines de la protoindustrialisation», en *Bulletin du Centre d'Histoire Economique et Sociale de la Région Lyonnaise*, 2 (1978), p. 20.

⁶⁷ MARKOVITCH, pp. 92-93; R. MANDROU, *Francia en los siglos XVII y XVIII*, Barcelona, 1973, pp. 18-19, que recoge mapas de P. GOUBERT, *Les Danse et les Motte de Beauvais, familles marchandes sous l'Ancien Régime*, París, 1959.

⁶⁸ MENDELS, «Aux origines», p. 20.

⁶⁹ «Si le pourtour de la Méditerranée resta en grande partie sous-développé et sous-industrialisé bien après l'industrialisation moderne des régions du nord-ouest européen, ce fut justement parce qu'il avait bénéficié d'un avantage comparatif dans des spécialisations, comme la viticulture commerciale, dont l'effet perturbateur pour l'équilibre écogéographique demeura faible.» MENDELS, «Les temps de l'industrie», p. 32.

En la Sierra de Cameros-Rioja encontramos, a primera vista, una situación similar que encaja en el variado modelo protoindustrial descrito, con pocas salvedades. En líneas generales, se da la mutua exclusión de ambas actividades entre dos regiones especializadas cuya delimitación es clara, aunque no tajante. Se trata, en este caso, de zonas vitivinícolas de buena calidad y zonas textiles, como hemos visto, de calidad media o inferior. Aparece la mezcla de actividades en zonas limítrofes que, en este caso, en contra de la teoría general, están más pobladas que el área de especialización del viñedo, y, finalmente, es clara la comercialización exterior del vino.

Es evidente, por otra parte, que ni Cameros ni la región vitivinícola al Norte han sido zonas donde se haya producido un desarrollo económico-social importante. La Sierra de Cameros está claramente subdesarrollada. La Rioja presenta una situación mejor, pero tampoco ha conseguido el desarrollo de otras zonas peninsulares. Logroño, por ejemplo, es una ciudad pequeña comparada con otras capitales de provincia cercanas. Por lo tanto, el modelo general, aun tomado con precauciones, puede aplicarse a la diferenciación industria textil-viñedo en Cameros-Rioja.

La causa de esta diversificación, que en primer lugar salta a la vista, es el condicionante geográfico. Los constructores de la teoría protoindustrial le han dado poca importancia. Es cierto que Mendels se refiere al hecho de que la teoría protoindustrial concuerda con, y explica, muchas de las conclusiones a que llegaron los geógrafos sobre la diversidad y complementariedad de tipos de economía que se encuentran en las distintas regiones naturales⁷⁰; es cierto también que Mendels habla del *pourtour de la Méditerranée*, y así da cabida a una consideración geográfica, aunque de gran amplitud. Pero no es menos cierto que no pasan de ahí las referencias a la geografía. La dinámica protoindustrial se va a explicar en términos de factores económicos y demográficos, nunca geográficos. No es que los primeros sean desdeñables; todo lo contrario. Pero pienso que hay que dar más cabida a los últimos en una consideración general, porque el condicionante geográfico está en la base de la diversidad económica de las regiones protoindustriales.

Las cuestiones jurídicas, la forma de ocupación de la tierra y la búsqueda de un suplemento de renta que de todo ello pueda derivarse es, sin duda, importante. Me referiré a ello más adelante. Pero, aun haciendo abstracción de todo ello, existe un sustrato geográfico primario que hay que tener en cuenta y que explica, muchas veces, la falta de rentabilidad del suelo, antes de que las formas jurídicas de explotación del mismo vengán a añadir ulteriores consideraciones. Creo que el tema no necesita mayores comentarios.

En el caso de Cameros-Rioja, la importancia de la geografía es clave. Allí,

⁷⁰ *Ibidem*, p. 29.

el límite del viñedo coincide claramente con el comienzo de los escarpes de falla que delimitan los macizos montañosos y altas llanuras de la cordillera Ibérica. El viñedo disminuye a medida que se remontan los valles de los ríos; por encima de una breve zona mixta, en que la vid y los cereales —así como, en ocasiones, la industria textil— se equiparan, la altitud crece más allá de los 700 metros, la viña desaparece⁷¹, el cereal sólo cubre la subsistencia mínima y la industria textil se hace la reina. Por debajo de esa altitud estamos en una zona donde se afirman las tendencias al clima mediterráneo⁷², que favorece la extensión del viñedo frente a los cereales, donde las condiciones para el desarrollo de la industria textil (han perdido fuerza los cursos de los ríos) también son menores.

He aquí que los habitantes de Cameros no buscan tanto una actividad que les complemente su escasa renta agraria cuanto la única actividad que, de hecho, les permite vivir, porque ni siquiera la superficie dedicada a los cereales es amplia. Por eso, no siempre se trata de una actividad parcial, y por tanto estacional, sino que la industria textil se convierte, en la mayoría de los casos, en la única actividad de sus habitantes. Un poco más al Norte, bajando hacia el Ebro, los habitantes dedican una porción creciente de tierras al viñedo, frente a los cereales, sencillamente porque es un producto que se cultiva y se vende bien, tanto en la zona (incluido el Sur montañoso y textil) como fuera de ella: el vino producido en el arco Haro-Logroño se comercializaba hacia el Sur (Cameros), como dirección secundaria. Las direcciones principales desembocaban en los puertos del Cantábrico (Santander, Bilbao, San Sebastián), y otra de importancia media se orientaba hacia Burgos⁷³.

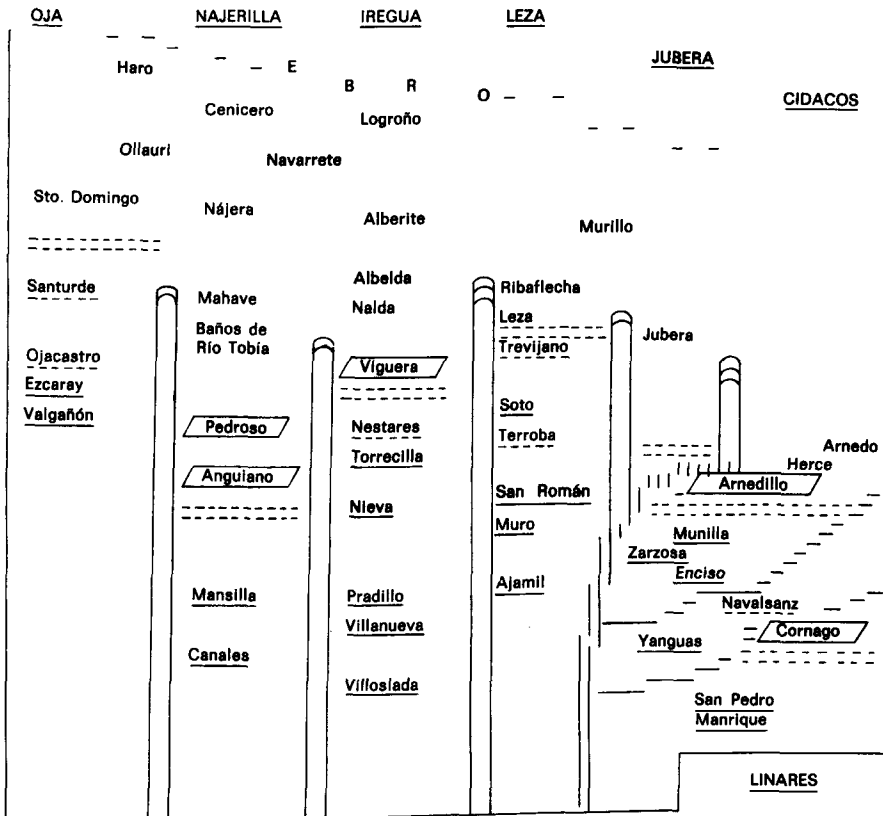
El límite industria textil-viñedo en Cameros-Rioja se puede apreciar en el siguiente diagrama⁷⁴:

⁷¹ Véase A. HUETZ DE LEMPS, *Vignobles et vins du nord-ouest de l'Espagne*, Burdeos, 1967, t. I, pp. 26, 96.

⁷² *Ibidem*, p. 41.

⁷³ Un mapa de la concentración de viñedos junto al Ebro en contraste con la zona montañosa, en *ibidem*, p. 399. En cuanto al comercio, véase mapa p. 503. También D. R. RINGROSE señala alguna actividad de acarreo de vinos desde zonas riojanas o para consumo local dentro de la zona de Cameros: *Los transportes y el estancamiento económico de España (1750-1850)*, Madrid, 1972, pp. 166-86. La documentación que recoge para esta zona es, sin embargo, escasa y no queda reflejada en el mapa de «Los transportes de vino en Castilla», en p. 96.

⁷⁴ Fuentes: AGS, Respuestas Generales, Catastro de Ensenada; HUETZ DE LEMPS, mapa t. I, p. 399 (sólo incluye al oeste del río Iregua). La acumulación de lugares no trata de ser exhaustiva.



----- Límite del viñedo por valles.

▭ Lugares con industria textil, dentro del límite del viñedo.

— Lugares con industria textil.

----- Lugares sin viñedo ni industria textil.

Todos los lugares sin indicación alguna tienen viñedo, más denso hacia el Ebro.

▭ Zonas montañosas que delimitan los valles.

----- Idem.

NAJERILLA: Nombres de los ríos.

Como se puede observar, el límite entre el viñedo y la industria textil es bastante nítido, aunque no matemático, como queda dicho. Los lugares con industria textil (subrayados con línea continua en el diagrama) ocupan la parte más encajada de los valles y, en algunos casos, se sitúan en zonas de alta mon-

taña, como ocurre en los cursos altos del Najerilla, Iregua o Linares. El viñedo, por su parte, llega al límite mismo de los escarpes montañosos; sólo en los valles del Oja y del Leza queda un poco más alejado.

Pero, a pesar de todo, hay que señalar también una zona intermedia donde la industria textil y el viñedo parecen coincidir. En el valle del Najerilla, el viñedo llega hasta Pedroso o Anguiano, zonas de amplia actividad textil. Lo mismo ocurre con Viguera, Arnedillo o Cornago, en los valles del Iregua, Cidacos y Linares, respectivamente (en recuadro en el diagrama). Existe otra zona intermedia (lugares subrayados con línea de trazos) donde aparecen localidades a las que no ha llegado el viñedo ni desarrollan actividades textiles. Fuera de estas excepciones, poco numerosas, la diferenciación es clara.

Otra cosa es conocer la importancia de los viñedos que se acercaban a los límites montañosos dominados por la industria textil. Como queda dicho, la densidad del viñedo crece a medida que nos acercamos al Ebro. El mapa citado de Huetz de Lempis acredita que la densidad de la viña era muy baja cerca de la montaña. Tanto en la zona de Anguiano como en la de Viguera, la extensión cultivada en cada término municipal no pasaba de 10 hectáreas, y las unidades de cultivo están muy dispersas ⁷⁵.

¿Qué decir de la calidad? A través de los datos de las Respuestas Generales del Catastro conocemos la productividad de las distintas tierras, que nos da una idea de su calidad o aptitud para el viñedo. Veamos una serie de lugares escogidos ⁷⁶:

<i>Localidad</i>	CANTARAS DE VINO POR FANEGA Y AÑO		<i>Altitud</i>
	<i>Máximo</i>	<i>Mínimo</i>	
Haro	70	15	479
Nájera	45	15	485
Alberite	40	15	452
Alesanco	25	10	568
Herce	25	10	601
Ribaflecha	25	10	498
Tricio	25	5	564
Murillo	24	6	407
Albelda	20	10	542
Jubera	20	8	650
Entrena	20	8	559
Nalda	20	6	624
Baños	20	5	575
Mahave	20	5	560 aprox.
Leza	15	5	567
Matute	10	5	681

⁷⁵ Mapa citado en la nota anterior.

⁷⁶ AGS, DGR, 1.ª remesa, *libs. cits.* El máximo se refiere a la producción de las tierras de regadío de primera calidad y el mínimo a las de secano de tercera. Muchos datos apa-

Se puede observar que, en términos generales, se produce una disminución de la calidad del viñedo (disminuye su productividad, al menos) a medida que la altitud aumenta, con contadas excepciones como Herce o Murillo, que se desvían notablemente de la media. Ello confirma la diferente aptitud de las tierras, que obligaba a la población a un cambio de régimen económico.

El cuadro del número de vecinos, según los datos también del Catastro, confirma, por otra parte, otra de las cuestiones relacionadas con la teoría de la protoindustrialización: la mayor densidad de población de los núcleos con industria textil; aunque no así otro aspecto de esta teoría: la menor población de los lugares con viñedo e industria textil. Muy al contrario, las localidades que se encontraban en la zona intermedia de encuentro entre industria textil y viñedo (Anguiano, Viguera, Cornago son buenos ejemplos) están entre las más pobladas. Veamos:

Cuadro de vecinos

<i>Ciudades</i>		<i>Lugares con industria textil</i>	
Arnedo	632	Soto	454
Haro	600	Torrecilla	400
Santo Domingo	450	Anguiano	329
Nájera	400	Villoslada	310
		Munilla	275
<i>Otros lugares</i>		Viguera	257
Ribaflecha	240	Cornago	249
Nalda	237		
Jubera	230	Arnedillo	236
		Canales	217
Murillo	191	Nieva	195
Herce	187		
Ojcastro	178	Enciso	187
Entrena	164		
Albelda	143	San Román	149
Valgañón	140		
		Ezcaray	134
Alesanco	115	Villanueva	133
Alberite	110		

recen en la documentación en cántaras por obrada. Se ha entendido que, según algunos ejemplos escritos, se podían considerar 5 obradas por fanega como término general, a pesar de las variaciones locales tanto en la obrada como en la fanega. Las altitudes se basan en los datos del *Mapa Oficial de España. Conjuntos Provinciales*, escala 1 : 200.000 (hoja correspondiente a Logroño), Madrid, Instituto Geográfico y Catastral, 1979.

Cuadro de vecinos (Continuación)

<i>Otros lugares</i>		<i>Lugares con industria textil</i>	
Navalsaz	96	Muro	104
Matute	90		
Tricio	90		
Leza	83		
Baños	76		
Santurde	74	Ajamil	75
Trevijano	60	Pradillo	73
Nestares	58		
Terroba	42		

Queda claro, en primer lugar, que aquellos núcleos que tenían un carácter más urbano (sector terciario —al menos existente—, diversidad de actividades) son los que ofrecen mayor número de habitantes. Pero, fuera de estas entidades cuasi urbanas (¿dónde está el límite entre la ciudad y el pueblo?), los centros textiles dominan en población. A la cabeza de ellos, Soto y Torrecilla no son solamente centros textiles de la mayor importancia, sino que también poseen ese carácter cuasi urbano de capital comarcal: cada valle tiene su capital, más o menos próxima al límite entre la montaña y la llanura.

Aparte estos dos centros, los lugares más poblados son los que tienen industria textil y viñedo: Anguiano, Arnedillo, Viguera, Cornago están entre los de cabeza de la lista. Son también lugares que se sitúan en el límite vital de montaña y llanura, a la salida de los pequeños valles. Posiblemente, la combinación industria textil-viñedo daba más posibilidades de mantenimiento, o bien era el exceso de población lo que hacía buscar, donde se podía, actividades complementarias. En este caso, el viñedo y la industria textil dejarían de ser actividades alternativas. A través de estas excepciones se debilita la teoría general para el caso de Cameros⁷⁷.

Se observa igualmente que los centros con industria textil, incluidos aquellos de elevada altitud, tienen más habitantes que los centros puramente agrícolas, lo que hace pensar que la industria textil podía soportar, a nivel local, mayor peso demográfico que el viñedo, que domina en la zona agrícola⁷⁸. Fi-

⁷⁷ Véase nota 68.

⁷⁸ Es el caso de otras regiones montañosas, poco fértiles, que aglutinaban una densa población dedicada a la industria textil. A. KLIMA, «Various Forms of Industrial Enterprises in Bohemia in the 18th Century», en *Quatrième Conférence Internationale d'Histoire Economique*, Bloomington, 1968, París, 1973, pp. 95-98; «The Role of Rural Domestic Industry in Bohemia in the Eighteenth Century», en *Economic History Review*, XXVII (1974), 48-65.

nalmente, no extraña observar que los lugares con menor población son aquellos que no cuentan en su término con industria textil ni viñedo; aquí surge la eterna pregunta: ¿qué es anterior, la falta de población, y de ahí la ausencia de actividades, o la dificultad geográfica de desarrollo agrícola e industrial, y de ahí la ausencia de habitantes? He ahí un importante punto de estudio relacionado con el tema de la protoindustrialización.

III. EL CONTRAPUNTO SEGOVIANO Y LA DIVERSIDAD PROTOINDUSTRIAL EN CASTILLA

Ya he mencionado que los estudios sobre protoindustrialización en Castilla se pueden considerar inexistentes, pero algunas indicaciones sí hay. Aunque sin emplear ese término, García Sanz ha estudiado la industria rural segoviana y se ha referido a cuestiones que son familiares a la teoría de la protoindustrialización. Merece la pena hacer un esbozo de sus afirmaciones para ofrecer, aunque sea de manera sumaria, un contrapunto al caso camerano⁷⁹.

García Sanz se refiere a:

1. Implicaciones entre industria y agricultura.
2. Esto se concreta en la necesidad de que existan excedentes agrarios para alimentar a los trabajadores del textil, lo cual, a su vez, exige rendimientos altos del cereal.
3. Producción textil de calidad media-inferior.
4. Concentración de la industria en pocos núcleos más importantes, que sufrirá una expansión en el siglo XVIII, de manera que lo textil alcance cada vez a más localidades.
5. Articulación de un mercado comarcal para el intercambio de productos, sobre todo para el abastecimiento alimenticio.
6. Comercialización exterior (en otras regiones españolas) escasa. Una parte considerable de los tejidos era demandada por la población campesina. Galicia y Vascongadas son las únicas regiones que se citan como mercado para los géneros de Santa María de Nieva.
7. Aprovechamiento de las condiciones naturales para el desarrollo industrial.
8. Proceso de concentración de los medios de producción en el siglo XVIII: maestros que reunían en su taller a varios operarios.

De todos estos aspectos, los números 1, 2 y 5 concuerdan con la teoría general de la protoindustrialización en cuanto a la alternancia de las actividades

⁷⁹ A. GARCÍA SANZ, pp. 246-54.

agrícola e industrial, gracias a una agricultura rica. El caso de Bernardos, en una zona de altos rendimientos agrícolas, sería el más característico. Como hemos visto, no es eso lo más típico de la zona de Cameros, donde se da una diferenciación muy clara entre región agrícola e industrial con dedicación exclusiva, como modalidad dominante.

No coinciden con la teoría general de la protoindustrialización las características encabezadas con los números 3, 4, 6 y 8. Se destaca, en cambio, la importancia de las condiciones naturales. Coinciden estas últimas características para lo que hemos visto en el caso de Cameros, y merece la pena comentar los números 4 y 8: la concentración en unos pocos núcleos importantes se daba también en Cameros, al menos relativamente, como atestigua la preeminencia de unos sobre otros. Pero, al ser una zona textil más importante, tenía también una dispersión mayor que la provincia de Segovia. Por otra parte, si en Segovia el auge del siglo XVIII provoca una expansión cada vez mayor, como había ocurrido en Cameros en una época anterior, aquí será la decadencia del XVIII la que provoque la concentración en unos pocos centros —Soto, Enciso, Munilla, sobre todo—, y en unos pocos maestros, capaces de llevar a cabo una transformación industrial moderna donde, efectivamente, se produce un intento de concentración fabril basado en la mecanización⁸⁰.

Esa concentración no era más que la culminación de un proceso que había comenzado anteriormente al aglutinar un maestro a varios operarios. Si en el siglo XVIII ello suponía, como afirma García Sanz, la difuminación del rígido corporativismo gremial⁸¹, en los primeros años del siglo XIX suponía la única posibilidad de prosperar: en estos años proliferan en muchos lugares castellanos los maestros que huyen de los gremios, ya ineficaces, y crean sus empresas mecanizadas bajo el signo de la libertad⁸². Solamente en Béjar, como ya he comentado, se producirá una importante continuidad industrial dentro del área castellana.

Otro ejemplo segoviano nos ofrece una interesante comparación con la teoría de la protoindustrialización: el caso de Fuentelcésped⁸³. Durante el siglo XVII y gran parte del XVIII se desarrolla en Fuentelcésped el cultivo de la vid con fines comerciales. La especialización vitivinícola no es radical, puesto que, al menos en la última parte del XVIII, Fuentelcésped se cuenta entre los lugares de cierta importancia textil de la provincia de Segovia. Para enton-

⁸⁰ También hubo intentos similares en Canales y Rabanera. AGS, CSH, 358, c. 4; 389, c. 59; MADDOZ, 5, p. 391; 7, p. 480; 11, p. 689; 13, p. 353; 14, p. 515.

⁸¹ A. GARCÍA SANZ, p. 252.

⁸² A. GONZÁLEZ ENCISO, *Estado e industria*, pp. 157-58, donde se citan y comentan algunos de estos ejemplos. La huida de la corporación gremial se realizó en Barcelona, convirtiendo las antiguas actividades al sector aldonero. P. MOLAS RIBALTA, *Los gremios barceloneses del siglo XVIII. La estructura corporativa ante el comienzo de la Revolución Industrial*, Madrid, 1970, pp. 198-207, 214, 407.

⁸³ A. GARCÍA SANZ, pp. 68-69, 247.

ces (1787) contaba con 1.041 habitantes, cifra comparable a la de los lugares de Cameros que tenían industria textil y viñedo. Pero así como en estos lugares el viñedo era secundario, Fuentelcésped crecerá sobre su base. El vino se venderá con preferencia en zonas de serranías más altas y con una dedicación textil más específica, como son las tierras de Ayllón y Sepúlveda. Una vez más aparece esa diversificación, bastante clara, entre región vitivinícola y región textil, ésta más elevada, limítrofes.

IV. CONCLUSIONES

Se puede apreciar, después de todo lo dicho, cómo el concepto de protoindustrialización puede encerrar unas características económico-sociales muy variadas. A los tres aspectos principales que señalan Deyon y Mendels⁸⁴ habría que añadir muchos matices, o bien excluir del concepto muchas zonas que tuvieron una industria textil desarrollada.

En Cameros, la alternancia de actividades agrícolas e industriales no es siempre clara; es más, hay muchas zonas de dedicación industrial exclusiva. Es poco importante la exportación al extranjero y no existe un centro urbano que centralice la comercialización del producto. Solamente la diferenciación regional industria textil-viñedo es clara en Cameros, de acuerdo con la teoría general de la protoindustrialización, aunque con matices. También hay que suponer un comercio de intercambio de productos agrícolas con la zona riojana, si bien no sabemos hasta qué punto se puede caracterizar a esta zona como de agricultura comercializada cara a un mercado externo. A pesar de todo, en Cameros sí existe una producción industrial importante, con presencia en mercados nacionales, y que forma el sustrato del sustento de numerosas poblaciones de montaña.

Está claro, pues, que estamos ante un modelo, el protoindustrial, que sirve muy bien como hipótesis de trabajo, pero cuya terminología y caracterización es necesario matizar y perfeccionar⁸⁵.

⁸⁴ P. DEYON y F. MENDELS, «Programme de la Section A.2», *Revue du Nord*, 248 (1981), p. 13 (son industrias rurales, mercados exteriores y simbiosis con el desarrollo regional de una agricultura comercializada).

⁸⁵ El propio MENDELS la critica en «Aux origines», pp. 2-3, aunque acaba quitando importancia al tema. También P. DEYON, «L'Enjeu des discussions autour du concept de protoindustrialisation», *Revue du Nord*, 240 (1979), p. 10. Creo que una caracterización terminológica que concretara en cada caso la amplitud conceptual, sin llegar a un esquematismo rígido, sería clarificadora. Se podría hablar, por ejemplo, de protoindustrialización de montaña o llanura; de protoindustrialización de la lana o del lino; de protoindustrialización exclusiva o compartida (en cuanto a la dedicación de la mano de obra); de alcance regional, nacional o internacional de la actividad protoindustrial, etc. Todo ello, aparte de tratar de buscar otro término mejor, quizá, que el de protoindustrialización.

A través del ejemplo de la Sierra de Cameros, incluso del contrapunto segoviano, vemos con claridad que el concepto de protoindustrialización no es, desde luego, único. La teoría protoindustrial se cumple en unos casos y aspectos, no en otros. La generalización, incluso dentro de zonas similares y cercanas, dentro de un mismo ámbito político, es imposible⁸⁶. Cameros no se ajusta a la teoría general en todos sus aspectos; Segovia tampoco lo hace. Pero Segovia y Cameros tampoco son idénticos: se asemejan y difieren de la teoría general en cuestiones distintas.

A la hora de analizar un determinado modelo protoindustrial no hay que mirar sólo a su futuro, sino también a su pasado. Mendels se ha referido a que no importa el futuro de cada zona si se da una realidad protoindustrial. En caso de no producirse la transición hacia la industria moderna, solamente habrá que explicar por qué⁸⁷. Creo, sin embargo, que hay que tomar en consideración otro matiz al que ya se refirió H. Sée: el futuro de un área protoindustrial no depende solamente de cómo se realice la evolución, sino de qué características tuviera la región estudiada; esto es, de cómo fuera su pasado. Cuando la industrialización afecta a zonas con recursos agrícolas insuficientes y sin centros urbanos (caso de las zonas montañosas como Cameros), se producirá una desindustrialización que dejará a la zona implicada en una situación agrícola atrasada. Cuando la protoindustrialización se produce en una zona agrícola desarrollada, con un centro urbano comercial, es casi segura la evolución hacia la industria moderna⁸⁸.

La diferencia no está, pues, en el futuro, sino en el pasado; es decir, en las condiciones en que comenzó el proceso protoindustrializador. Siguiendo a Jones y a De Vries, Mendels ha descrito así el comienzo de la fase protoindustrial: «Entre los siglos xvi y xviii, muchas regiones antes dedicadas a la producción agrícola, con una actividad industrial estacional, cerraron sus talleres y comenzaron a comprar productos industriales en otras regiones mientras se especializaban en la agricultura comercial»⁸⁹. Son estas regiones las que luego evolucionaron hacia la industria moderna. Quiere esto decir que dicha modernización industrial requiere una mayor división del trabajo que la industria artesana; requiere una especialización agrícola. Cuando ésta no se produce, el futuro protoindustrial es muy incierto.

Las zonas que acabaron abocadas a la industria porque no tenían una for-

⁸⁶ Ejemplos y matices regionales europeos donde se polemiza sobre el modelo de Mendels se pueden encontrar en P. KRIEDTE, H. MEDICK y J. SCHLUMBOHM, *Industrialisierung vor der Industrialisierung*, Gotinga, 1977.

⁸⁷ P. DEYON y F. MENDELS, «Programme», p. 18.

⁸⁸ H. SÉE, *La France économique et sociale au XVIII^e siècle*, París, ed. 1969, pp. 128-29. Apud, A. GONZÁLEZ ENCISO, *Estado e industria*, pp. 121-22. También R. ARACIL y M. GARCÍA BONAFÉ, p. 114, que citan otros trabajos de Sée.

⁸⁹ MENDELS, «Protoindustrialization», p. 248.

ma mejor de vida, cuya industrialización no respondió a la demanda de una zona agrícola especializada y cuya agricultura, además, era pobre, normalmente no evolucionaron como pudieron hacerlo las zonas donde se compaginaba la agricultura con la industria, bien en vecindad, bien en la misma región. En esta diferenciación, las condiciones naturales juegan un papel primordial.

Es cierto que el auge industrial de una zona puede provocar la especialización agrícola de otra, en el sentido de que hay que alimentar desde fuera a la creciente población industrial, como ocurrió en lugares de Europa central desde el siglo xvi⁹⁰; pero especialización agrícola significa, en este contexto, sencilla división del trabajo entre las regiones, no necesariamente aparición de una agricultura comercializada cara al exterior y de alta productividad (que es el tipo de agricultura requerido por el modelo protoindustrial). Este tipo de agricultura es el que permite una actividad comercial amplia, una posible acumulación de capital y un nivel de vida que crea potenciales mercados locales y regionales de productos industriales de calidad. No está claro que sea este tipo de agricultura el desarrollado en Europa central (o en nuestro ejemplo de Cameros-Rioja).

Para llegar a una caracterización de las distintas zonas protoindustriales y de su evolución habrá que seguir diferentes caminos. Aquí voy a marcar tres que se desprenden del ejemplo camerano y que parecen importantes: *a)* el tipo de producción industrial (género fabricado); *b)* la situación jurídica relacionada con las condiciones de poblamiento y fiscales (régimen señorial), y *c)* finalmente, las formas de acumulación de capital y de su inversión (organización industrial concentrada o dispersa).

a) El tipo de género que se produzca es un factor importante a la hora de establecer la organización industrial, la mecanización, la venta, etc. Es bien sabido que, a pesar del desarrollo de la industria lanera, el sector protagonista de los primeros momentos de la revolución industrial inglesa fue el algodón, más fácil de mecanizar —y, por lo tanto, de concentrar en fábricas— y con un amplio mercado en países de clima templado. En muchos otros lugares, las transformaciones en la industria lanera también hubieron de dar prioridad a la mecanización del algodón⁹¹. Pero hay más. Mucho antes de que se produz-

⁹⁰ Véase J. PETRAN, «A propos de la formation des régions de la production spécialisée en Europe centrale», en *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire Economique. Aix-en-Provence*, 1962, París, 1965, pp. 217-22.

⁹¹ Es significativo el caso de los Estados Unidos. A. GONZÁLEZ ENCISO, *España y USA, pássim*; varios ejemplos del caso francés en los números extraordinarios de la *Revue du Nord*, 240 (1979), especialmente los trabajos de Ph. GUIGNET, Ch. ENGRAND y P. DEYON, que tratan aspectos de la evolución industrial francesa a finales del xviii y principios del xix. En España, también la industria lanera catalana se mecanizó posteriormente a la aldonera, y en Castilla, sólo Béjar inicia una tibia, aunque importante, mecanización en los años veinte del siglo xix. J. A. LACOMBA, pp. 309-10.

ca la transición hacia la industria moderna, en los siglos XVII y XVIII, muchas regiones industriales están prosperando gracias no precisamente a la tradicional dedicación lanera, sino a una conversión hacia el lino o la seda. El caso de Flandes, estudiado por Mendels, o el de Lombardía, que trabajó D. Sella, son dos importantes ejemplos al respecto⁹². Será esta transformación la que evite los peores efectos de la crisis del XVII y garantice la continuidad industrial.

La causa puede residir en la mayor facilidad para la ruralización en estas industrias, ya que es más factible alcanzar una buena calidad con un trabajo unipersonal y un pequeño instrumento y, por lo tanto, se adapta mejor que la lana al trabajo doméstico disperso y estacional. El ejemplo del Midland inglés, estudiado por Chambers, con sus industrias de lencería y géneros de punto —entre ellos, las medias al telar—, es otro importante y significativo ejemplo. El trabajo lanero exige una mayor dedicación, que dificulta la dispersión y el trabajo estacional, si se quiere hacer un género de calidad. Por eso, en Cameros no se da con tanta uniformidad la alternancia en las dedicaciones agrícola e industrial.

Relacionada con el tema del género fabricado está también la cuestión de los beneficios: la lana exige mayor inversión y horas de trabajo para conseguir un género más caro y menos vendible. La menor alteración coyuntural puede ser fatal si no hay una estructura productiva y comercial sólida. Este problema nos llevaría a preguntarnos el porqué de la falta de esa estructura, cuestión en la que están implicados aspectos de comercialización e inversión que actúan en los primeros momentos de formación de la región protoindustrial. Básicamente hay que decir que si la industria se desarrolla en algunas regiones es más por necesidad que por condiciones económicas. Actúa un condicionamiento geográfico que no siempre está de acuerdo con la economía y que va a condenar a estas actividades a un nivel mediocre, incompetente ante nuevas situaciones. En definitiva, la dedicación industrial lanera como única actividad permitida por la naturaleza se convierte en una situación de difícil evolución, que solamente unas buenas comunicaciones podrían paliar.

b) Otro factor que incide en algunas de las peculiaridades de la industria camerana, y en el que me voy a detener menos⁹³, es el de la situación jurídica relacionada con las condiciones de poblamiento y fiscales. Mendels también ha tocado este tema al referirse a los pueblos «abiertos» y «cerrados»,

⁹² Para Lombardía, D. SELLA, «The Two Faces of the Lombard Economy in the Seventeenth Century», en F. KRANTZ y P. M. HOHENBERG, *Failed transitions to Modern Industrial Societies: Renaissance Italy and Seventeenth Century Holland*, Montreal, 1975, pp. 11-15. Más reciente, *Crisis and Continuity. The Economy of Spanish Lombardy in the Seventeenth Century*, Cambridge, Mass., 1979, especialmente pp. 113 y ss.

⁹³ No por falta de ganas o porque el tema no tenga interés, sino porque la premura del tiempo me ha impedido profundizar y sólo puedo ofrecer unas indicaciones.

que menciona E. Jones⁹⁴. En los pueblos «abiertos», las condiciones señoriales eran más débiles y la población advenediza podía establecerse con menos problemas. También la población podía crecer más. Mendels trae a colación una cita de Dupâquier muy significativa: según este autor, «el número de hogares no puede aumentar más que en la medida en que la clase dirigente lo permita... todo depende de la voluntad del señor... En último caso, su actitud depende de la respuesta que se hagan a la pregunta: ¿es mejor disponer de más hombres o de más dinero?»⁹⁵.

En Bohemia y Silesia, los poderes locales favorecieron la instalación de industrias rurales, que veían como una fuente de ingresos fiscales⁹⁶; en Béjar, la industria creció a finales del siglo XVIII al amparo de las facilidades ofrecidas por su duque. Los ejemplos de la influencia de los señores sobre la economía de su señorío podrían multiplicarse, y variarían también en cada caso.

Todo esto viene a colación de una fácil observación. Una peculiaridad de la dedicación industrial camerana era la no alternancia estacional en muchos de sus lugares; sí en otros. Debido a la relación que esto pueda tener con el desarrollo agrícola, es de suponer que el régimen señorial tenga algo que ver en el asunto, sobre todo si tenemos en cuenta la mencionada observación: la mayor parte de los lugares donde aparece la dedicación alternante se sitúan al Oeste del Iregua (recordemos que este río formaba entonces el límite provincial entre Burgos, al Oeste, y Soria); al Este, la alternancia casi desaparece. Es más, de ocho lugares concretos, con actividad industrial importante, donde no se producía alternancia, seis (Ajamil, Munilla, Muro, San Román, Soto y Viguera) pertenecían al señorío de Cameros (conde de Aguilar). Los otros dos lugares pertenecen al duque de Arcos (Villoslada) y al realengo (Anguiano).

En cuanto a aquellos lugares donde se da la alternancia, uno coincide con lo anterior (Torrecilla, que era de realengo); no los demás, que pertenecen a diferentes señoríos. Dos lugares al señorío del conde de Nieva (Nieva y Pradillo), uno al del duque de Medinaceli (Ezcaray) y otro al obispado de Calahorra (Arnedillo).

Se trata, como se puede ver, de una apreciación no exhaustiva, pero sorprenden esos seis lugares del señorío de Cameros que coinciden (algunos con mención expresa) en que sus operarios no tenían la doble dedicación. Puede ser una hipótesis a trabajar: la influencia del régimen señorial —y, por lo tanto, fiscal— en la organización laboral de la protoindustria.

c) El tercer aspecto que quería destacar entre las conclusiones es el de las formas de acumulación e inversión de capital. Se puede observar, a medida

⁹⁴ En los pueblos «abiertos» era más fácil establecer actividades industriales. E. JONES, «Agricultural Origins», p. 61.

⁹⁵ Cfr. MENDELS, «Aux origines», pp. 12-16.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 16.

que avanza el siglo, y sobre todo en los primeros años del XIX, una progresiva concentración de la actividad en manos de algunos maestros más fuertes o en algunos lugares más pujantes (Soto, Enciso, Munilla, principalmente), que tratan de dar el salto a la mecanización y a la concentración fabril.

Pero los mayores esfuerzos no fueron por ese camino de transformación natural, sino que, dominados por el ambiente de imitación colbertista que caracterizó a la política industrial del Estado borbónico, muchos capitalistas particulares se orientaron, casi por principio, a las formas concentradas de industria: hay ejemplos cercanos a Cameros en Ezcaray, Santo Domingo de la Calzada, Soria, por ejemplo.

Este hecho, y la ausencia de un núcleo urbano mercantil que centralizara la actividad industrial del campo, hace pensar que la inversión no se orientó precisamente a fomentar la industria dispersa, la protoindustria, con bases comerciales extensas. Tampoco la propia industria dispersa fue capaz de generar una acumulación de capital suficientemente importante por su parte. Desasistidos del posible gran capital (este estudio también falta por hacer en Castilla con profundidad) y aislados ya de las principales redes comerciales, los pocos que consiguieron una concentración moderna se encontraron, una vez más, con una desventaja competitiva que acabó por sofocarles en una época —primera mitad del siglo XIX— que, si era ya un poco diferente, no fue mejor que la inmediatamente anterior.

LA PRODUCCION DE HIERRO EN LA FARGA CATALANA

J. MALUQUER DE MOTES
Universidad Autónoma de Barcelona

El objeto de la presente comunicación consiste en precisar la capacidad productiva y el volumen habitual de la producción de las fargas catalanas. La producción de hierro es una actividad fundamental, de importancia estratégica no sólo en el desarrollo del moderno proceso de industrialización, sino también antes de él. En efecto, de una manera directa o indirecta, todas las ramas de la producción, la construcción o los transportes dependen de la disponibilidad de objetos metálicos de hierro. Por esta razón, si pudiera cifrarse la evolución de la producción y consumo de hierro en las sociedades preindustriales durante períodos prolongados de tiempo tendríamos de un excelente indicador de la coyuntura.

Entre los establecimientos propiamente siderúrgicos, la mayor parte del hierro beneficiado en España hasta mediados del siglo XIX corresponde a las instalaciones tradicionales: las *ferrerías* vasco-cantábricas, las *herrerías* de otras zonas de la Corona de Castilla o las *fargas* catalanas. El resto debe atribuirse a las primitivas fundiciones o altos hornos.

Las *ferrerías* y *fargas* estaban vinculadas a los yacimientos mineros, al bosque y a la disponibilidad de cursos fluviales de caudal y pendiente de alguna consideración para dar movimiento a las ruedas hidráulicas que accionaban los martinets. La mayor limitación para su funcionamiento era la disponibilidad de combustible, puesto que el enorme consumo de madera provocaba la rápida deforestación de las áreas próximas a las instalaciones, encarecía el transporte de los carbones hasta el horno y hacía antieconómico su funcionamiento. Se localizan en algunas provincias del interior, en muy pequeñas proporciones (Granada, Cuenca, Guadalajara, Teruel), en la cornisa cantábrica (Lugo, Orense, León, Asturias, Santander, Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y Navarra) —con una muy fuerte concentración en las provincias vascas— y en el Pirineo catalán.

Ferrerías y *fargas* no eran establecimientos estrictamente idénticos. La *farga* era un tipo de empresa muy característico de la Cataluña preindustrial y, también, de los territorios franceses de los Pirineos orientales y centrales.

Su elemento más peculiar, que le distingue de las ferrerías vascas, santanderinas y asturianas, es el sistema de inyección de aire al horno, recurso imprescindible para elevar las temperaturas en el mismo. En efecto, mientras que en el área cantábrica, normalmente, se siguieron empleando barquines o fuelles para avivar la combustión del carbón vegetal, las fargas catalanas desde fines del siglo XVII, al parecer, abandonaron las tradicionales *manxes* para adoptar una innovación, de origen italiano, consistente en un conjunto de *trompes* o conductos a través de los cuales caía el agua verticalmente, arrastrando una corriente de aire que se introducía vivamente en el horno bajo a través de una tobera¹. Destacan dos únicas zonas siderúrgicas, correspondientes a las comarcas pirenaicas de la Vallferrera y del Ripollès. Tratándose de dos zonas ricas en mineral de hierro, sólo la segunda, la más importante, dio lugar a una industria metalúrgica de consideración: la producción de clavazón y, sobre todo, la de armas de fuego portátiles. En conjunto, a comienzos del siglo XIX había 33 establecimientos en Cataluña y otros seis en Andorra².

Los datos disponibles

No existen series anuales mínimamente continuas ni datos bien fundamentados que permitan conocer el volumen de producto potencialmente alcanzado por cada farga y las fluctuaciones del mismo en períodos concretos. Vial ha formulado la afirmación de que una farga permanente daba 2.000 quintales métricos de hierro por año³, pero él mismo ha añadido que tales hornos, parados de tres a seis meses por falta de agua, no solían producir más allá de 1.000 q. m. anuales, aduciendo como ejemplo las cifras de 1.042 en 1830-1831 y de 1.160 en 1846, sin precisar la empresa de la que extrae las mismas⁴.

Para Andorra se conocen unas cuantas cifras sueltas. En 1872, la farga del Serrat había producido 566 quintales catalanes y 96 libras de hierro, equivalentes a 235,4 quintales métricos. En el mismo año, la de Ordino, propiedad del noble Guillem d'Areny i de Solà, 2.357 quintales catalanes o 980,5 quintales métricos. La farga de Encamp había producido tan sólo 804 quinta-

¹ Antoni GALLARDO I GARRIGA/Santiago RUBIO I TUDURÍ, *La farga catalana: descripció i funcionament; història, distribució geogràfica*, Barcelona, 1930. Esta versión sobre el origen del sistema de trompas no está suficientemente contrastada y aparece, incluso, como bastante discutible. Dado que se trata de una cuestión ajena al tema de este artículo, queda, por el momento, al margen.

² Eudald GRAELLS, *La indústria dels claus a Ripoll. Contribució a l'estudi de la farga catalana*, Barcelona, 1972.

³ Jean VIAL, *L'industrialisation de la sidérurgie française 1814-1864*, Paris-La Haya, 1967, p. 17, nota 3.

⁴ *Id.*, *id.*, p. 72, nota 3.

les catalanes, equivalentes a 334,4 q. m.⁵. Otra fuente de información registra cifras de producción para la misma farga Areny, de Ordino, en los últimos años del siglo XVIII: en 1781 se fabricaron 2.366 quintales catalanes y 22 libras, es decir, 984,2 q. m., y en 1784, 1.654 quintales catalanes, o sea, 686,8 q. m.⁶. Aceptando que las ventas de hierro de un año correspondieran exactamente a la fabricación del mismo, tendríamos una cifra más, de la misma farga de Ordino, para el año 1782: 2.371 quintales catalanes, o 986,3 métricos⁷. En resumidas cuentas, los datos de Ordino se acercan, sin alcanzarlo, al nivel de las fargas francesas, salvo en el año 1784. La producción de las del Serrat y Encamp habría sido muy inferior.

Un nuevo conjunto de datos puede recogerse de la información perteneciente a la farga de Grau de Campdevàrol, estudiada por M. Trallero⁸. El administrador de esta farga, Ramón Casanova, estimaba, el año 1866, en 1.500 q. m. anuales la producción potencial del establecimiento. Sin embargo, las cifras reales extraídas del *Libro diario* de la sociedad explotadora proporcionan totales anuales mucho más bajos: 340 para el año 1871, 639,9 para 1875, 441,1 para 1876, 584,7 para 1877 y 207,5 para 1878. Se trata, como es fácil de advertir, de cifras muy bajas, pero debe recordarse que los años registrados son los últimos en que se encendió el horno bajo de Campdevàrol, en plena crisis terminal de la siderurgia tradicional. Según Molera⁹, la producción normal de una farga solía ser de unas 8 toneladas al mes, o, lo que viene a ser lo mismo, alrededor de 1.000 q. m. anuales.

Los datos que conozco para las ferrerías cantábricas son abundantes, aunque muy dispersos. María del Carmen González Echegaray¹⁰ ha dado a conocer un gran número de ellos: desde 300 quintales machos en la ferrería del Valle de Villaverde y la misma cantidad en la de Bocarrero, para 1752, hasta 2.200 en la de Cossío o su equivalente de 982 q. m., pasando por una amplísima gama intermedia cuyas mayores frecuencias parecen situarse entre 600 y 1.200 quintales machos o entre 276 y 552 q. m. En lo que se refiere a la

⁵ Salvador LLOBET, *El medio y la vida en Andorra. Estudio Geográfico*, Barcelona, 1947, p. 189.

⁶ Guillem d'ARENY PLANDOLIT, «La riqueza mineral del país andorrà», en *Quatre anys de jocs florals juvenils. Valls d'Andorra, 1970-1973*, Encamp, 1974, p. 180.

⁷ S. LLOBET, *op. cit.*, p. 189.

⁸ Manuel TRALLERO DE ARRIBA, *Una manufactura tradicional del hierro: la «Farga de Grau» de Campdevàrol, 1866-1878. Una industria moderna de transformación del hierro: los precedentes de la «FARGA CASANOVA, S. A.»*, 1880-1924 (tesis de licenciatura inédita), Universidad Autónoma de Barcelona, 1975, pp. 61-65.

⁹ Pere MOLERA I SOLÀ, *La farga*, Barcelona, 1980, p. 25.

¹⁰ María del Carmen GONZÁLEZ ECHEGARAY, «Aportación al estudio de las ferrerías montañosas», en *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore*, V (1973), pp. 129-212. Algunos datos sobre las características de las herrerías asturianas en Lorenzo R.-CASTELLANO, «La industria popular de hierro: el mazo», en *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, XXII (1954), pp. 294-315.

producción de las ferrerías vascas, se aprecia, según Fernández de Pinedo y Bilbao, un máximo de carácter excepcional de 100 a 200 toneladas métricas anuales, pero era muchísimo más frecuente un rendimiento de 40 a 60 t. y, todavía bastante común, entre 20 y 40 t. Debe advertirse, con los historiadores citados, que muchas ferrerías no trabajaban más allá de entre tres y seis meses, a causa de la escasez de agua y de carbón ¹¹.

Las fuentes empleadas

Para localizar series continuas de una mínima duración he tratado de hallar documentación privada que permitiera reunir cifras y realizar un análisis de carácter microhistórico sobre el funcionamiento de las fargas. Don fondos distintos han proporcionado datos del tipo que deseaba. Por un lado, el fondo documental de la familia Castellarnau en Alins, dentro de la Vallferrera, una de las zonas pirenaicas catalanas donde se concentraba un número regular de fargas. Por otro lado, el archivo familiar de los Areny de Plandolit, de Ordino, localidad situada en otra zona de fargas como era Andorra. Debo agradecer, de paso, las facilidades que para la consulta de los respectivos materiales me dieron doña Rosalía de Castellarnau y los Arxius Nacionals de Andorra, donde se encuentra depositada copia microfilmada del archivo Areny de Plandolit.

Los materiales utilizados de ambos fondos son los siguientes. De las dos fargas de los Castellarnau en Alins, *Nova* y *Vella*, respectivamente, sendos *Semmanés*, o libros-semanarios, en los que se registraba el producto semanal en *massers*, o masas, y su equivalente en quintales catalanes, arrobas y libras. Ambos libros, correspondientes a la *Farga Nova*, abarcan los períodos 1785-1792 y 1799-1804. Para la *Farga Vella* existe un tercer libro-semanario que cubre los años 1782, 1783, 1785 y 1786. De otras fuentes, fundamentalmente de libros de deudas a los fargaires, he obtenido indicaciones de la retribución de los trabajadores y, consiguientemente, de las cifras de producto obtenidas por cada uno, puesto que eran remunerados con una cantidad fija por quintal catalán. Sin embargo, las fuentes de información no permiten tener la seguridad de que los datos anuales sean completos, porque los mencionados libros de deudas no tienen la continuidad deseada. El valor de los datos obtenidos de esa procedencia es poco seguro. Abarcan los años 1784, 1796 y 1797, para la *Farga Nova*, y 1784, 1796, 1797 y 1798, para la *Farga Vella*.

De la farga Areny, de Ordino, he podido localizar el *Llibre gran* para el período que cubre los años 1841-1868. El citado *Llibre gran* indica para cada

¹¹ L. M. BILBAO y E. FERNÁNDEZ DE PINEDO, «Auge y crisis de la siderometalurgia tradicional en el País Vasco (1700-1850)», en P. TEDDE (ed.), *La economía española al final del Antiguo Régimen. II. Manufacturas*, Madrid, 1982, pp. 133-228.

año los días inicial y final de cada campaña, de lo que se obtiene fácilmente la duración de la misma, y el volumen del producto, expresado en *massers* y quintales catalanes, arrobas y libras. La serie contiene tres lagunas, correspondientes a 1856, 1865 y 1867, años en los que el horno no llegó a ser encendido. Además, el mismo libro registra para cada año una nota o estado de todo lo que se gastó durante la campaña, con expresión precisa de las consiguientes partidas.

Costes de producción

De la última fuente mencionada se pueden obtener con facilidad series continuas de los costes de producción. Del análisis y comparación de los datos de cada año se alcanza enseguida la conclusión de que se trata de cifras un tanto irregulares, lo que hace dudar de su fiabilidad. No ocurre esto con los salarios de los fargaires, que son exactamente proporcionales al producto anual, ya que los seis trabajadores de la farga percibían conjuntamente la cantidad de 18 sueldos y 9 dineros por quintal catalán, pero sí en lo que se refiere a las cifras dedicadas a la adquisición de carbón y de mena. La razón es fácil de comprender: en algunos años, las compras de combustible y, sobre todo, de materia prima bajaban espectacularmente porque restaban importantes *stocks* en almacén de años anteriores.

Para compensar esos defectos de las series he operado con promedios quinquenales, que permiten eliminar las irregularidades señaladas. Con el fin de facilitar la lectura de los datos he convertido esos promedios en porcentajes, dado que a lo largo del período aparecen registrados en distintas unidades monetarias. Con las informaciones elaboradas del modo explicado he confeccionado el cuadro 1, un resumen que elimina las dispersiones anómalas.

CUADRO 1

Costes de producción de la farga Areny (En promedios quinquenales)

<i>Años</i>	<i>Carbón</i>	<i>Mena</i>	<i>Salarios</i>	<i>Otros</i>
1841-1845	50,1	27,1	14,2	8,4
1846-1850	48,1	27,2	14,2	10,4
1851-1855	46,3	29,7	15,1	8,8
1856-1860	41,9	36,1	14,4	7,5
1861-1864	44,3	29,4	16,5	9,7

Para la adecuada comprensión del cuadro debe señalarse que la partida «salarios» incluye exclusivamente la remuneración en metálico de los fargaires, mientras que en la partida «otros» se computan las compras de víveres para los mismos, el salario del factor o administrador y del guardafarga y los gastos de reparación del edificio, de la presa y conducciones de agua o del instrumental utilizado en la instalación. Teniendo en cuenta lo que se acaba de advertir, no cuesta mucho esfuerzo alcanzar la conclusión de que la elevación de la participación porcentual de los salarios en los costes de producción ha de traducir necesariamente una ligera compresión de los mismos. Es de suponer que el elevado precio del hierro de las fargas colocaría a esta mercancía en condiciones cada vez más difíciles para competir con el hierro de los nuevos altos hornos que se estaban estableciendo, con cierta rapidez, en la Península¹². La reducción de costes procedía principalmente de la compresión de los gastos ocasionados por la compra del combustible. Quizá la creciente crisis de la siderurgia tradicional hiciera caer la demanda de madera y facilitara a los Areny, de Ordino, mejores condiciones para negociar la adquisición de los carbones que precisaba su farga.

Se advierte, por otro lado, una cierta tendencia al alza del componente «mena» en los costes de producción. Quizá la explicación resida en el progresivo agotamiento de las capas superficiales de los yacimientos andorranos y del consiguiente encarecimiento de las labores de extracción. En cambio, como se ha indicado anteriormente, los costes salariales permanecieron constantes en términos absolutos, puesto que en la contratación de los trabajadores se estipulaba una retribución fija por unidad de producto elaborado. Del examen general del cuadro se deduce el fuerte peso del combustible y, en un segundo plano, de la materia prima. Conjuntamente representan para la totalidad del período un poco más de la tercera parte de los costes (exactamente el 76 por 100). Resalta, en cambio, la baja participación relativa en el conjunto de los costes salariales en sentido estricto. No tiene, en realidad, nada de extraño, puesto que se empleaba mucha más mano de obra en las tareas del carboneo y de la minería que en la fundición propiamente dicha. *Carboners y menairons*, tanto en Andorra como en Alins, acostumbraban a ser individuos del país, mientras que los fargaires eran, en ambos casos, franceses procedentes de pequeñas poblaciones de Foix y del Ariège (particularmente de Vicdessos y Les Cabannes). En ambos valles pirenaicos, las fargas daban mucho empleo a los campesinos, que podían completar sus ingresos dedicándose a tiempo parcial a la tala del bosque o al carboneo del mismo, o bien a la extracción del mineral.

En la comparación de estas cifras con los costes de producción hallados por Fernández de Pinedo y Bilbao para el País Vasco se advierten apreciables

¹² Jorge NADAL OLLER, «La economía española (1829-1931)», en *El Banco de España. Una historia económica*, Madrid, 1970.

diferencias. En primer lugar, los costes salariales aparecen como más bajos en las ferrerías vascas, por lo menos en términos relativos, y es de suponer que también en términos absolutos. En segundo lugar, el coste de la mena es siempre más bajo en el País Vasco que en Andorra. No es circunstancia de extrañar a la vista de que el mineral, a lomo de mulas, había de salvar un desnivel de 1.400 metros en una distancia de 14 kilómetros, desde los Meners de Ransol hasta Ordino, lo que suponía unas ocho horas empleadas en el transporte, sin contar el tiempo de extracción, carga y descarga y el viaje de regreso¹³. En cambio, el coste relativo del carbón era considerablemente más elevado en el País Vasco que en Andorra.

La producción

Para las fargas de Alins se dispone de dos series de ocho y seis años, en el caso de la *Farga Nova*, con otras tres cifras obtenidas a través de los salarios, y de cuatro años para la *Farga Vella*, con cuatro cifras más procedentes de los libros de salarios. Dado que se trata de series semanales, resulta fácil averiguar la duración de la campaña. La primera cosa que salta a la vista, obvia por otro lado, es que el volumen del producto es proporcional al número de semanas en que la farga trabajó. Escogiendo los años en que las fargas estuvieron menos tiempo paradas, se hallan las cifras de producto potencial de 2.025 q. m. para la *Farga Vella* y una cifra ligeramente inferior para la *Farga Nova*. La capacidad de producción de la farga parece haber sido la indicada por Vial, alrededor de los 2.000 q. m., lo que resulta, en apariencia, sensiblemente superior a las capacidades más generalmente atribuidas a las ferrerías vascas.

Una segunda circunstancia que resalta de los *Semmanés* de 1782 a 1792, a través de las indicaciones de los propios libros, es que las temporadas en que las fargas permanecían paradas se debía, fundamentalmente, a la falta de carbón. Otros momentos en que paraban las fargas se debía a reparaciones en el edificio o en el instrumental: arreglar la presa, la piscina y las conducciones; cambiar la piedra del martinete; reparar la «caja de los vientos», de donde procedía el aire inyectado en el horno a través de la tobera, o los muros de la instalación.

Los datos recogidos en el cuadro 2 y en el gráfico 1 muestran una muy acusada irregularidad. Ciñéndonos exclusivamente a los de procedencia segura —los registrados en los correspondientes *Semmanés*—, se advierte muy claramente una marcada diferencia entre el período 1782-1792 y el que va de 1799 a 1804. En general, atendiendo a las indicaciones marginales de los libros, se

¹³ S. LLOBET, *op. cit.*, p. 187.

CUADRO 2

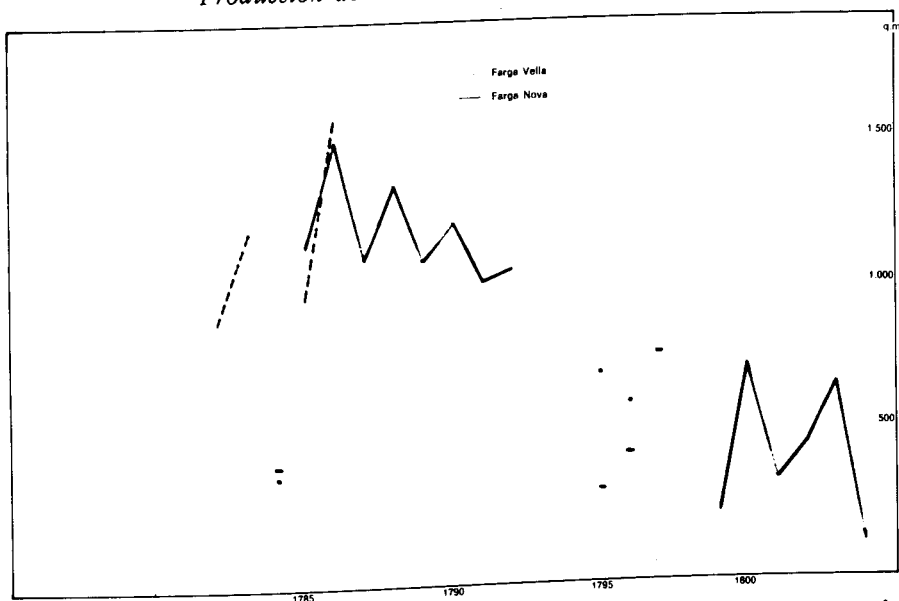
Producción de hierro en Alins
(En quintales métricos)

<i>Años</i>	<i>Farga Nova</i>	<i>Farga Vella</i>
1782		898,9
1783		1.190,1
1784	376,8 *	404,7 *
1785	1.150,6	975,9
1786	1.500,0	1.575,8
1787	1.099,0	
1788	1.347,4	
1789	1.089,5	
1790	1.218,4	
1791	1.018,7	
1792	1.061,1	
1796	694,7 *	308,6 *
1797	601,1 *	428,0 *
1798		766,6 *
1799	216,7	
1800	722,1	
1801	333,6	
1802	462,5	
1803	657,2	
1804	107,7	

* Cifras obtenidas a través de los libros de salarios.

puede formular la conclusión de que en la primera de esas etapas las fargas operaron siempre que lo permitía la disponibilidad de carbón. Es de suponer que la demanda interior absorbería enteramente la producción de hierro. En cambio, la segunda de las etapas señaladas ofrece cifras mucho más bajas y no consta en ningún lugar que el suministro de carbón resultara insuficiente. Ambos conjuntos de datos confirman las conclusiones de Fernández de Pinedo y Bilbao, según los cuales el máximo de producción se habría alcanzado en las décadas de 1770-1780 y de 1780-1790. Para fines de siglo, las entradas de hierros extranjeros de mayor calidad y más bajo precio provocarían la caída de las producciones propias. Es de notar, sin embargo, que en el caso catalán —de la Vallferrera y de Andorra— los hierros eran consumidos en poblaciones rurales del interior, en las que seguramente resultaban protegidos de sobra por la distancia, habida cuenta del alto costo del transporte. La causa principal reside, a mi entender, en una contracción profunda del mercado, de tal modo que la crisis se habría configurado como una crisis de demanda. Los años finales del siglo XVIII y primeros del XIX contemplaron el agotamiento del modelo de crecimiento extensivo, con pocas innovaciones, hasta entonces

GRAFICO 1

Producción de hierro en las fargas de Alins

vigente. Carestía, epidemias y guerra venían a expresar, al modo propio de las sociedades preindustriales, la incapacidad de la economía para soportar mayores incrementos de efectivos sin realizar transformaciones profundas que confirieran una mayor agilidad a los factores productivos.

La crisis de la siderurgia tradicional tendría efectos de gran alcance sobre la población de los valles pirenaicos. Esa industria tradicional había permitido, proporcionando nuevas fuentes de ingresos a las familias campesinas, un considerable crecimiento de la población. En consecuencia, se llegaron a alcanzar densidades anormalmente elevadas que no hubieran podido mantenerse en las condiciones propias del sistema agropastoril pirenaico. Pero, inversamente, la crisis de esta actividad afectaría a la casi totalidad de la población. En Alins, según la respuesta a un interrogatorio oficial confeccionado el 26 de enero de 1830 ¹⁴, «sus vecinos se embargan de su corto jornal y de que estas p[ar]a dos fraguas de hierro sin embargo de su corto jornal y de que estas trabajan en muy pocos meses del año por falta de consumo de d[ic]ho artículo». La desaparición de las fargas, cuando se produjo, tuvo que significar una fuerte repercusión sobre los ingresos del campesinado y, del mismo modo que habían jugado un papel decisivo en la sobrepoblación relativa pirenaica,

¹⁴ Archivo Histórico Provincial de Lérida, Catastro, caja 7, Alins.

también contribuyeron de forma primordial a la fuerte despoblación por emigración que se produjo claramente en la segunda mitad del siglo XIX. No hay otros factores económicos que permitan explicar convincentemente el fenómeno demográfico a que me he referido. Puede suponerse que el crecimiento de la siderurgia tradicional en el XVIII tuvo efectos demográficos del tipo de los que ha señalado F. Mendels¹⁵, induciendo al alza de la nupcialidad, reduciendo la edad de contraer matrimonio y, consiguientemente, elevando la natalidad, al proporcionar ingresos adicionales no sólo a través de las tareas que se han mencionado, sino también a través de la arriería para el transporte de hierro a las poblaciones rurales de los llanos o a los centros portuarios para su exportación, o bien a través de la pequeña metalurgia de transformación local, para obtener toda una serie de productos manufacturados de considerable demanda en las zonas agrícolas y ganaderas.

En lo que se refiere a la farga Areny de Ordino, nuestra serie cubre un período de veintiocho años. Muestra también una cierta irregularidad, pero no tan pronunciada como en el caso de la producción de las fargas de Alins. De 1841 a 1861, las cifras se mueven en torno a los 2.000-3.000 quintales catalanes o 832-1.248 quintales métricos, con una punta muy marcada en el año 1848 por encima de los 3.600 q. c. o 1.500 q. m. Desde entonces, las cantidades producidas no superarían ningún año los 1.500 q. c. o 624 q. m. Las campañas en que trabajaron los fargaires no superaron casi nunca, salvando las excepciones de 1841, 1842, 1847 y 1848, los seis meses de duración.

Lo que el cuadro 3 pone de manifiesto con total claridad es la decadencia

CUADRO 3

Producción de hierro en Ordino (En quintales métricos)

1841	1.323,7	1855	1.066,6
1842	1.186,4	1856	—
1843	846,1	1857	1.102,4
1844	1.036,6	1858	978,0
1845	840,3	1859	1.019,6
1846	1.117,3	1860	821,1
1847	1.256,3	1861	874,4
1848	1.508,8	1862	606,5
1849	1.214,3	1863	436,3
1850	1.184,7	1864	584,0
1851	1.097,8	1865	—
1852	1.017,5	1866	485,8
1853	1.164,8	1867	—
1854	1.036,6	1868	240,8

¹⁵ Franklin F. MENDELS, «Proto-industrialization: The First Phase of Industrialization Process», en *The Journal of Economic History*, XXXII (marzo de 1972), 1, pp. 241-261.

y crisis final de la farga de Ordino y, con ella, la de la siderurgia tradicional en sentido amplio. Desde el año 1848, las cifras de producción no hacen sino bajar, con un corto número de excepciones muy poco significativas. Una atenta lectura del gráfico adjunto hace posible la rápida comprensión de estos hechos. El cuadro 4 da cuenta del mismo fenómeno en términos de promedios quinquenales.

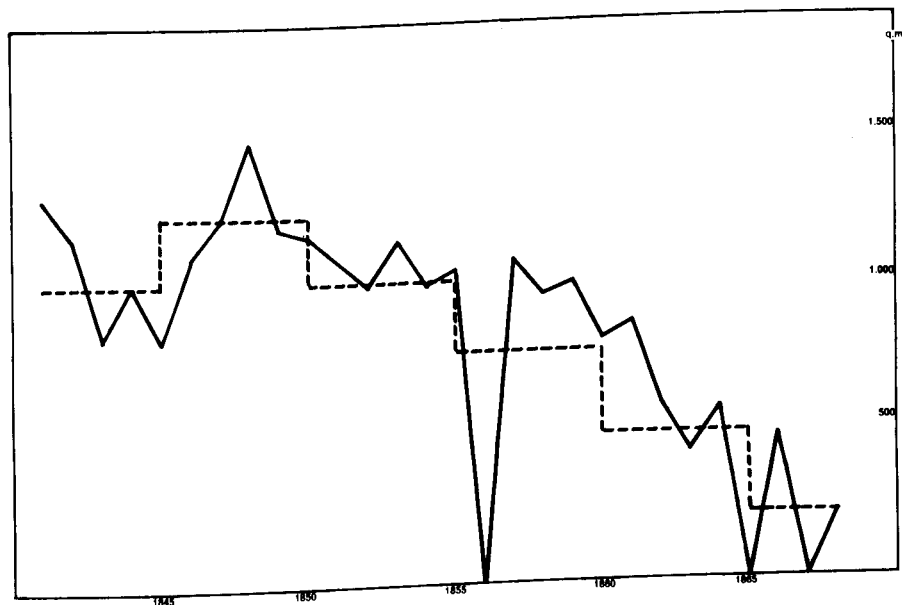
CUADRO 4

Producción de hierro en Ordino
(En promedios quinquenales)

1841-1845	1.046,6	1856-1860	784,1
1846-1850	1.256,3	1861-1865	500,0
1851-1855	1.076,6	1866-1868	242,1

GRAFICO 2

Producción de hierro en la farga de Ordino



Del conjunto de la información del archivo Areny de Plandolit se deduce que el horno de la farga quedó apagado en los años siguientes, aunque sabemos que volvió a encenderse en 1872 y produjo un total de 980,5 q. m. Todavía funcionaría durante algunos años más en el curso del último cuarto del siglo XIX. La capacidad del horno bajo debía ser superior a la de los de Alins, puesto que el promedio de quintales catalanes por masa era de 4,70, es decir, de 195,8 kilogramos por masa. La diferencia es bastante grande, ya que en el caso de la *Farga Nova* de Alins el promedio de quintales catalanes por masa era de sólo 3,20 y el de kilogramos por masa de 133,1, y en el de la *Farga Vella*, de 3,03 q. c. y 126,4 kilogramos por masa. Por contra, esta diferencia de capacidad del horno de Ordino venía compensada por una menor frecuencia de su funcionamiento. Efectivamente, el número de «fargades» en el horno de Ordino se situaba entre 20 y 23 por semana, mientras que en las fargas de Alins se producían de 25 a 30 «fargades» por semana.

Conclusiones

Se puede alcanzar un número limitado de conclusiones a partir de la encuesta emprendida. La ampliación del número de fuentes consultadas, de ser factible, ha de proporcionar elementos para ratificarlas o rectificarlas.

1. El análisis de los costes de producción de la farga Areny de Plandolit muestra un peso relativo de los carbones sensiblemente inferior al de los propios de las ferrerías vascas (quizá el sistema de trompas permitiera economizar combustible), mientras que el coste de la mano de obra era más elevado que en el caso vasco, y también el coste de la mena.

2. Se confirma la escasa relevancia, en términos relativos, de los costes salariales, lo que permite afirmar una vez más la importancia de las labores dedicadas a las operaciones complementarias —extracción y acarreo de la mena, tala y carboneo del bosque, transporte del hierro.

3. En los años de mayores dificultades de la siderurgia tradicional se comprueba, por lo menos en el caso andorrano, una ligera compresión de los costes y, probablemente también, de los precios. Tal compresión de costes procedía de la reducción del gasto en adquisición de carbones, seguramente facilitada por la caída de la demanda de leñas provocada por la misma crisis de los establecimientos de ferrería.

4. La capacidad de producción de la farga catalana se situaba alrededor de los 2.000 q. m. anuales, lo que aparece como notablemente superior a las cifras atribuidas a las ferrerías vascas. Sin embargo, esos niveles no se alcan-

zaban prácticamente nunca por la imposibilidad de disponer de suficiente carbón.

5. Las cifras anuales de producción muestran una fuerte irregularidad, debida fundamentalmente, salvadas las dificultades de acopio de combustible, a las fluctuaciones de la demanda. La duración de las campañas de los hornos bajos tradicionales se ajustaba cada año a las expectativas que ofrecía la demanda detectada por la salida de hierro del almacén.

6. La producción parece haber alcanzado un máximo en la década de 1781-1790, para hundirse en los años finales del siglo XVIII y primeros del XIX. Tras la guerra de la Independencia debieron de recuperar un nivel medio de producción de forma sostenida, por lo menos en las fargas del interior, donde la distancia protegía a sus hierros de la competencia de los extranjeros¹⁶. A partir de 1855, la crisis terminal de la siderurgia tradicional aparece como algo evidente e irreversible.

7. El hundimiento de las fargas pirenaicas terminó, de forma brusca, con una de las principales fuentes de ingresos de las poblaciones de sus valles y contribuyó decisivamente a alentar la muy fuerte emigración que se registra en la segunda mitad del siglo XIX. La desindustrialización habría conducido de modo inexorable a la despoblación.

¹⁶ En los años posteriores a la guerra, los Areny de Ordino percibieron por el arrendamiento de su farga la nada despreciable cantidad de 3.400 libras barcelonesas anuales.

LAS DESVENTAJAS DE UNA INDUSTRIALIZACION PREMATURA: LA INDUSTRIA ANDALUZA EN EL SIGLO XIX

J. MORILLA CRITZ

Universidad de Alcalá de Henares

En Andalucía, el estudio del sector industrial en el pasado comenzó con un cierto retraso con respecto a otras zonas de España, tal vez porque resultaba obvio no preocuparse del tema en una región con tan poco peso específico del sector secundario en el presente. El interés histórico, cuando se hacía económico y social, se encerraba hasta los años sesenta en los temas de la estructura agraria y los movimientos sociales a ella ligados. Sin embargo, así como Chaunu en 1960¹ despertó un nuevo interés por el estudio del comercio marítimo en Andalucía, J. Nadal, con sus estudios sobre la industria, dio el segundo paso en la renovación del panorama investigador en la historia social y económica de la región².

Con sus estudios sobre diferentes brotes industrializadores en el Sur, Nadal obtuvo importantes conclusiones confirmadas y también planteó problemas que, como él mismo diría, habría que explicar globalmente, sobre todo los ligados con la rápida desaparición de aquellos brotes³. Por otra parte, J. Nadal, en lugar de entrar en una discusión sobre si en Andalucía se dio o no una «industrialización» en el sentido de transformación global de una sociedad, se centró en el estudio de hechos, establecimientos y personas olvidados pero reales, mostrándonos el camino de penetración en el estudio del problema, que creo sigue siendo el acertado en la actualidad, pues cualquiera que sea la entidad del fenómeno industrializador en el Sur, el sector secundario y sus protagonistas siguen siendo uno de los objetivos pendientes de la investigación histórico-económica andaluza.

¹ H. y P. CHAUNU, *Seville et l'Atlantique (1504-1650)*, París, 1955-60.

² Su primera aportación en este sentido fue «Orígenes de la industrialización en España. Málaga», *España Económica*, 1969.

³ J. NADAL, «Industrialización y desindustrialización en el sureste español, 1817-1913», *Moneda y Crédito*, núm. 120, Madrid, 1972 (es su trabajo más específico sobre el tema). Anteriormente trató la cuestión en otro estudio sobre la industrialización española: «Los comienzos de la industrialización española (1832-1868): La industria siderúrgica», *Ensayos sobre la economía española a mediados del siglo XIX*, Banco de España, 1970. Finalmente, en su libro *El fracaso de la Revolución Industrial en España, 1814-1913*, Barcelona, 1975.

Consecuencia de la preocupación por la importancia de dicho objetivo son las líneas que siguen, fruto más de la reflexión sobre trabajos realizados o en curso que de una investigación directa. Con ellas sólo pretendo hacer algunas consideraciones sobre las condiciones que facilitaron el comienzo de una cierta industrialización en Andalucía, así como otras que ayudaron a que se abandonara la inversión industrial, sabiendo de antemano que lo que ofrezco, sobre todo, son puntos para la discusión.

En el campo de las síntesis explicativas sobre la falta de industrialización en Andalucía, el planteamiento de García-Baquero de la existencia de acumulación de capital pero ausencia de *take-off* es correcto, a mi entender⁴, para la Baja Andalucía, aun cuando de los dos factores que considera como impulsores de la industrialización, aparte de la acumulación de capital: mentalidad del grupo social y coyunturas que faciliten la inversión en el sector secundario⁵, escoge para explicar la no industrialización el más sencillo, según mi criterio, es decir, el primero, lo que tal vez responda a sus preocupaciones por el campo de la «historia de las mentalidades»⁶, y no parece haber querido profundizar en el segundo. Hay también que tener en cuenta que la hipótesis de la «mentalidad» tal vez sea la más atractiva para la zona de investigación de su preferencia, la Baja Andalucía, donde el fenómeno industrializador no apareció con la fuerza con que lo hizo en el área de Málaga entre 1830 y 1858.

Por el contrario, es natural, y me atrevo a proponer que conveniente, que surja una perspectiva diferente de los problemas de la «industria anterior a la industrialización»⁷ y de la industria «moderna» en Andalucía, según nos si-

⁴ A. GARCÍA-BAQUERO, «Comercio colonial, acumulación primitiva de capital y desindustrialización en la Baja Andalucía: el caso de Cádiz», *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía moderna (siglo XVIII)*, t. I, pp. 195-208.

⁵ A. GARCÍA-BAQUERO, *op. cit.*, p. 200.

⁶ Preocupación expresada por el propio A. GARCÍA-BAQUERO en su conferencia «El Cádiz americano», dictada en Cádiz el 26 de junio de 1981.

⁷ No utilizo el término de «protoindustrialización» por cuanto una de las primeras cuestiones a dilucidar, en el panorama «preindustrial» de la zona, es la proporción en el sector secundario que correspondería a la «protoindustrialización» (industria rural, destino externo de la producción de esa industria, simbiosis entre industria rural y agricultura comercializable —según las proposiciones previas de la Sección de Protoindustrialización de la «Eighth International Conference of Economic History»—) y otras formas de producción industrial anteriores a la «Revolución Industrial» (artesanado local; artesanado urbano ligado a la demanda de una agricultura comercializable; factorías montadas en zonas rurales con capital comercial, en las que estacionalmente trabajan campesinos, etc.). En la zona, los «trapiches» azucareros de la costa oriental, por ejemplo, con su mercado en Málaga, responderían plenamente al concepto de «protoindustrialización», y la industria textil dispersa por el interior de la actual provincia también, y, naturalmente, la elaboración de vino, aguardiente, etc., diseminada en los lagares y alambiques de los «montes» con destino a la ciudad y, de ella, a la exportación. Habría que resolver después el caso de las industrias ciudadanas destinadas a suministrar al comercio y a los productores dispersos, o directamente al mercado exterior. En fin, es de sospechar la existencia de una gran variedad en el sector secundario, ocasionada por ser ésta una zona de comercialización de productos

tuemos en cada uno de estos polos del crecimiento económico andaluz del siglo XVIII. En este sentido, un trabajo de Ortiz de la Tabla ha aportado nuevos e interesantes datos para comprender cuán diferentes eran las economías comerciales de ambas zonas: una, la de Cádiz, eminentemente reexportadora de productos extranjeros; la otra, Málaga, de menor importancia comercial, pero con predominio en su comercio de sus propios productos y de su zona de influencia más inmediata⁸. Los efectos de estas actividades hubieron de ser forzosamente diferentes para el futuro de la cultura material y de la mentalidad de las clases protagonistas, como el siglo XIX demostró.

En cualquier caso, sería preciso para toda Andalucía, aunque muy especialmente para el área de Málaga, que se comenzara, por el momento, a hacer abstracción del fenómeno general del predominio del sector primario y, dando mayor importancia al hecho de que en el siglo XVIII Andalucía era la zona de la Corona de Castilla en la que el sector secundario tenía más importancia⁹, se reconozca que el principal problema de interpretación de la evolución de dicho sector proviene del desconocimiento que de él tenemos, y muy especialmente en el campo de las conexiones entre comercio o burguesía comercial y manufactura. Por esta circunstancia creo que no cabe aún hacer manifestaciones tajantes sobre la inexistencia de una burguesía mercantil sin inclinación por los negocios industriales, aunque haya sido con el apoyo de esta premisa con el que se han dado más explicaciones sintéticas al fenómeno de la falta de industrialización andaluza. Habrá que recuperar, tal vez, el sentido de utilidad de la monografía histórica. Por ello, creo que son de gran importancia los trabajos recientes, de Alcalá-Zamora¹⁰ y de Rueda Hernanz y González Enciso¹¹, respectivamente, que testifican en el sentido de la existencia en An-

agrarios por excelencia, pero que llevaban incorporados una buena cantidad de trabajo «industrial».

⁸ J. ORTIZ DE LA TABLA, «Contrastes regionales en el comercio colonial. Exportaciones de Cádiz y Málaga a Nueva España (1785-1795)», *Actas I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna. Siglo XVIII*, t. I, pp. 133-142.

⁹ Según los datos de «Grupo 75», dirigido por Artola, confeccionados en base al «Catastro de Ensenada», la proporción de la renta del sector secundario en la «Renta Nacional» total de cada región de la Corona era la siguiente:

	10,9	Extremadura	9,7
Galicia	11,1	Andalucía	14,5
León	10,7	Murcia	8,2
Castilla la Vieja	13,6		
Castilla la Nueva		MEDIA GENERAL	12,3

La economía del Antiguo Régimen. «La Renta Nacional» de la Corona de Castilla, Universidad Autónoma de Madrid, 1977, p. 169.

¹⁰ J. ALCALÁ-ZAMORA y QUEIPO DE LLANO, «Progresos tecnológicos y limitaciones productivas en la nueva siderurgia andaluza en el siglo XVIII», *Actas I Congreso... Siglo XVIII*, t. I, pp. 13-36.

¹¹ G. RUEDA HERNANZ y A. GONZÁLEZ ENCISO, «Industria artesana e industrialización en Málaga (1780-1832)», *Revista Gibralfaro*, núm. 30, Málaga, 1981, pp. 53-84.

dalucía en el siglo XVIII de una serie de condiciones que permitieron los primeros pasos industrializadores; de modo que, a mi entender, procesos de industrialización como el iniciado hacia 1830 en la zona de Málaga, principalmente, no quedan suspendidos en el vacío o conectados tan sólo con una previa acumulación de capital comercial.

También, a veces, una incorrecta traslación al tipo de intercambio mercantil existente en la zona en el siglo XVIII, de teorías propias de la fase del capitalismo financiero, favorecida por el origen foráneo de buena parte de la burguesía de los puertos del Sur, ha recurrido al fácil expediente de hablar de una economía que hoy llamaríamos «extravertida» y que, sin embargo, por las razones que he expuesto en otro trabajo, no existió en Andalucía hasta finales del siglo XIX¹². Este tema de los extranjeros en la zona de Málaga en el siglo XVIII está siendo en la actualidad objeto de diversas investigaciones. Por mi parte, y por las firmas comerciales que voy investigando¹³, se observa que tanto los fundadores de «dinastías» de burgueses como los que veían frustradas sus esperanzas al poco tiempo de llegar respondían, en muchas ocasiones, al tipo de emigrante (a veces salido de la agricultura) en busca de una «tierra de promisión». En el siglo XVIII, en la zona, bastaba comprar a crédito a los importadores (inmigrantes más antiguos) géneros que entregaban a los pequeños agricultores dispersos por los montes, a lo largo de todo el año, y esperar a la «vendeja» para liquidar cuentas. Cualquier pequeña fortuna valía para iniciar el negocio de unas gentes que habían roto ligaduras con sus países de origen

¹² J. MORILLA CRITZ, «Andalucía a fines del siglo XIX: del capitalismo regional al capitalismo dependiente», *Revista Gibralfaro*, núm. 28, Málaga, 1976, pp. 21-35.

¹³ Como orientación, éstas son las casas que, en un primer muestreo aleatorio, estoy analizando (la nota en paréntesis indica el notario y uno de los legajos del mismo en que puede ser localizado en el Archivo de Protocolos de Málaga): Pablo Abeder (Albelda, 1946); Bautista Bagner (Fco. Til, 2398); Santiago Barón, genovés (Bustamante, 2233); Juan Baptista (Diego de Arroyo, 2287); Francisco Browne y Cia. (Fco. Til, 2398); Rogers y Joyce (Hermenegildo Ruiz, 3620); Bectz Bahr y Wendorff (Hermenegildo Ruiz, 3620); Guillermo Brander (Miguel de Avila, 3717-2); Juan Brenan (Miguel de Avila, 3717-2); Carlos Brooc (Barroso, 2014); Paulos de Brun (J. J. Barbón, 2286); Hermanos Cassamayor (Hermenegildo Ruiz, 2598); Nicolás Conelli (Hermenegildo Ruiz, 2598); Roberto Canistroo (Fco. Til, 2398); Gaspar Diercks (id., id.); Hermanos Doyné (id., id.); Ignacio Harrison (Fco. Til, 2398); Joseph Hill (Fco. Til, 2391); Joseph Hoppe y Cia. (Miguel de Avila, 3717); Nicolás Huessman (Hermenegildo Ruiz, 2598); Nicolás Joannis (Fco. Til, 2391); Juan Kirkpatrick y Cia. (Hermenegildo Ruiz, 2598); Antonio Kirman (Fco. Til, 2398); Roberto de Linche (Hermenegildo Ruiz, 2598); Guillermo Loveloy y Cia. (Hermenegildo Ruiz, 1958); Miguel Morfi (Hermenegildo Ruiz, 2598); Matheo Quilty (Fco. Til, 2391); Guillermo Reyli (Hermenegildo Ruiz, 3620); Roland y Carlos Struppe (Fco. Til, 2391); Esteban Willaume y Cia. (Fco. Til, 2398). En 1734, los comerciantes más importantes de Málaga parece ser que eran los Hermanos Cassamayor y Cia., de origen francés, junto con otros como Agustín Vanheswiyck, Juan Cornelio, Matheo Quilty y Juan Kirkpatrick, todos ellos importadores de trigo y considerados como tales grandes por la Junta creada para el abastecimiento de trigo durante la crisis de subsistencia de 1734 y 1735. *Actas de esta Junta en el Archivo Municipal de Málaga*, núm. 14, estante C, tabla 2.^a

y se transformaban en «hombres de comercio», pronto con intereses y «mentalidad» autóctona ¹⁴.

Alcalá-Zamora ha realizado el estudio de las realizaciones y problemas de la siderurgia andaluza del siglo XVIII, que representa la verdadera «anticipación andaluza» en este sector más que la del primer tercio del siglo XIX, y nos sitúa ante el hecho de que el dinamismo manufacturero (que él estudia para el sector siderúrgico) se estaba manifestando hacia finales del siglo XVIII en un clima de inquietud intelectual muy intenso respecto a los adelantos científicos, mecánicos o de organización industrial, que se expresaban en la actividad de cátedras y laboratorios químicos, etc., y apunta, dejando entrever la hipótesis de la búsqueda por la economía andaluza de una salida a la crisis intersecular, que «no sorprende que tras la tremenda crisis intersecular que tan duramente afectara a Andalucía... y la Guerra de la Independencia florezcan núcleos empresariales dinámicos y se alcancen logros notables en el plano industrial» ¹⁵. Notas de ese interés por la promoción de nuevas producciones, como forma de dar salida a sectores industriales en crisis, como la industria sedera de Granada, promovidas las más de las veces por la burguesía comercial, nos las da Molas Ribalta en un trabajo sobre las Juntas de Comercio en Andalucía en el siglo XVIII ¹⁶. Por su parte, Lourdes Díaz Trachuelo muestra un ejemplo concreto de adaptación empresarial a las nuevas condiciones del mercado textil a fines del siglo, que llevaba aparejado al mismo tiempo el paso de una manufactura familiar y dispersa de seda y otras fibras (cáñamo, lino) al sistema de fábrica en la industria de lonas de algodón ¹⁷.

No obstante, el trabajo más interesante es el de Germán Rueda y González Enciso. Se deduce de lo estudiado por estos investigadores lo siguiente: 1) En Málaga existía una industria rural dispersa en la provincia, que se ahogó en sí misma por falta de mercado interior y por incursión de los intereses comerciales en ella. 2) En la fachada marítima, la actividad comercial favoreció el desarrollo de otro tipo de industrias artesanales, que sufrieron la crisis intersecular en mayor medida que los mismos comerciantes. Por lo tanto, el nuevo esfuerzo industrial del siglo XIX partirá del sector comercial concentrado por la crisis, sin ninguna relación con la situación anterior de la industria en la zona.

Como se observa, son de extraordinario interés todos los temas suscitados,

¹⁴ Véase J. MORILLA CRITZ, *Introducción al estudio de los precios en Málaga, 1787-1829*, Málaga, 1972.

¹⁵ J. ALCALÁ-ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO, *op. cit.*, p. 30.

¹⁶ P. MOLAS RIBALTA, «Las Juntas de Comercio de Andalucía. Siglo XVIII», *Actas I Congreso de Historia de Andalucía... Siglos XIX-XX*, t. I, pp. 159-200.

¹⁷ L. DÍAZ TRACHUELO, «La Real Fábrica de Lonas de Granada y el suministro de los correos marítimos de América», *Actas I Congreso de Historia de Andalucía... Siglo XVIII*, t. I, pp. 141-151.

consciente o inconscientemente, por estos dos autores. Pero, en cualquier caso, hay argumentos más que suficientes para hablar de penetración de capital comercial en el sector secundario en el siglo XVIII y comienzos del XIX. Particularmente creo que, al margen de otras valoraciones sobre la situación en que quedaron los intereses de los primitivos industriales, el proceso de crisis de la industria rural dispersa muestra una forma de penetración de capital comercial en el artesanado. Es lógico que la industria ligara desde entonces su vida a la coyuntura del comercio exterior de la zona y que, por tanto, las crisis en el comercio exterior se saldaran con quiebras y desaparición de talleres; pero como hipótesis de trabajo, al menos, la crisis de este tipo de industrias también puede ser considerada dentro del fenómeno de concentración de capital comercial e industrial, que estaría en la base de la modernización de la economía de la zona en la primera mitad del siglo XIX, aunque ello, lógicamente, implicara el cambio de emplazamiento geográfico de la producción industrial y de sus titulares.

En el caso de la industria artesanal de la fachada marítima, habría que recuperar la labor investigadora sobre las conexiones industria-comercio en la zona de Málaga allí donde la dejaron F. Bejarano¹⁸ y Huelin¹⁹, autores que nos acercaron al conocimiento, al menos, de dos actividades que estuvieron íntimamente ligadas al desarrollo agrícola y comercial de la fachada mediterránea: la tonelería y los talleres textiles. Huelin nos mostró cómo los artesanos toneleros se fueron introduciendo en el negocio de la navegación y cómo el capital comercial fue haciéndolo en las actividades de aquéllos, superando de esta manera algunos fabricantes la fase artesanal²⁰ y también —diría yo— la de *verlagsystem*, dominantes en la zona hacia 1720, en que eran corrientes los contratos de comerciantes con toneleros, mediante los cuales los primeros se comprometían a suministrar la madera y los flejes y los segundos a pagar en barriles²¹.

Bejarano, por su parte, señaló los efectos revitalizadores y transformadores que tuvo el comercio sobre sectores tradicionales textiles, como la seda y los paños. Tras la crisis de la industria sedera malagueña, cuyas raíces también nos hizo conocer este autor²², el capital comercial sería el que iniciara la mo-

¹⁸ F. BEJARANO, *Historia del Consulado y la Junta de Comercio de Málaga (1785-1850)*, CSIC, Madrid, 1947.

¹⁹ R. HUELIN Y RUIZ BLASCO, «Apuntes para una historia de la sociedad malagueña», *Revista Gibralfaro*, núm. 21, Málaga, 1970, pp. 9-129.

²⁰ Es interesante destacar la descripción que hace HUELIN de la trayectoria seguida por uno de estos fabricantes toneleros: Diego Urraco. *Art. cit.*, pp. 23-34.

²¹ Véanse contratos-tipo de éstos en los celebrados entre Joseph Hill y Cía. (que no era sólo fabricante de curtidos, como exponen Rueda y González Enciso, sino también comerciante exportador de productos agrarios), en los protocolos notariales de Francisco Til (leg. 2398), Málaga.

²² F. BEJARANO, *La industria de la seda en Málaga durante el siglo XVI*, CSIC, Ma-

dernización de la industria textil algodonera de la zona, ejemplo de lo cual serían las manufacturas de Domingo Oribet, que pueden ser consideradas, junto con la modernización de la producción sedera por parte de los hermanos Souvirón, los ejemplos de la transición hacia la moderna industria textil entre finales del siglo XVIII y 1846, momento de la incorporación del vapor a la industria textil de la zona. En esta nueva industria veremos aliados el capital de origen eminentemente comercial (los Heredia y Larios) y la experiencia industrial adquirida en el sector textil «tradicional»²³.

Si a todo lo dicho añadimos la íntima conexión que existía entre la industria azucarera de la zona y el capital comercial en la fase de los «trapiches» costeros y, también, la existente entre ese capital y los establecimientos de fabricación de jabón y otros artículos²⁴, y si, finalmente, tenemos en cuenta, como ha demostrado García Montoro²⁵, que la concentración de capital a principios del siglo XIX no era sólo de bienes mobiliarios y raíces, sino también de talleres y «fábricas» preexistentes, existen razonables motivos para sospechar que la «anticipación andaluza» en la industria del XIX no fue un fenómeno que surgió del vacío o de la simple ocurrencia de los titulares de una gran masa de capital comercial, sino que posiblemente arranca de una tradición preindustrial, que explica el interés tecnológico, los ensayos, los éxitos y los fracasos suscitados con la crisis finisecular del siglo XVIII. Esta crisis facilitó no solamente la preponderancia de ciertos capitales comerciales, sino también una concentración de capital comercial-industrial que, aprovechando la tradición empresarial existente, estableció una continuidad²⁶ entre la industria del siglo XVIII y los «comienzos de la revolución industrial» en la zona, en la primera mitad del siglo XIX.

Creo, pues, para terminar con este epígrafe, que el desconocimiento que tenemos de la industria andaluza de «antes de la industrialización» y de la relación entre las actividades industriales de los siglos XVIII y XIX es, en buena medida, la consecuencia de la aplicación de un razonamiento *a fortiori*: si en el siglo XIX no hubo verdadera industrialización en la zona, o ésta fue muy débil, y para que la hubiera debieron darse los prerequisites de una preindustrialización rural o artesanal, se ha de concluir que no se dio esta última y, por tanto, no ha de merecer la pena su estudio. Frente a este sacrificio de la

drid, 1951. También, para conocer las dificultades del sector entre los siglos XVIII y XIX, del mismo autor, «Carta de Sebastián Souvirón a D. Andrés Vílchez», en nota de *Historia del Consulado...*, op. cit., pp. 398-402.

²³ Desde mediados del siglo XVIII, los Souvirón eran fabricantes textiles: seda y paños. En 1820 eran los principales industriales en «sedas de colores» en la zona. Durante la vida de «Industria Malagueña, S. A.», sus sucesores eran directivos de la empresa.

²⁴ Véase el citado artículo de Rueda Hernanz y González Enciso.

²⁵ C. GARCÍA MONTORO, *Málaga en los comienzos de la industrialización: Manuel Agustín Heredia (1786-1846)*, Córdoba, 1978.

²⁶ Esta idea es también la de ALCALÁ-ZAMORA para la siderurgia. *Art. cit.*, pp. 34-35.

investigación en aras de la teoría, creo que el camino que emprendió J. Nadal en su día es más correcto: no negar las evidencias que se encuentren y no preocuparse de la nomenclatura de los fenómenos hasta que hayan sido estudiados.

El siglo XIX: hipótesis sobre las razones del atraso tecnológico y la «desindustrialización»

Tras la concentración de capital, en esta zona de Andalucía se dio una quema de etapas en el proceso industrializador. Después de los primeros estudios del fenómeno, tal vez se haya adoptado una visión excesivamente «optimista sobre el dinamismo tecnológico que representó esta industrialización en la primera mitad del siglo XIX, porque no se le ha considerado como una continuación de las transformaciones que arrancan desde el último cuarto del siglo anterior. Pero, en cualquier caso, ese dinamismo no llegó más allá de 1858, de tal manera que la industria andaluza, moderna en 1840, en los años setenta del siglo XIX era incompetente en el mercado nacional. La tentación de la fácil explicación basada en la «falta de mentalidad empresarial», como consecuencia del predominio de la burguesía comercial en la zona, convendría que fuera «aparcada» de momento, con el fin de analizar antes las circunstancias coyunturales que envolvieron el fenómeno industrializador.

La falta de dinámica innovadora en la industria siderúrgica estuvo clara desde 1845, cuando terminó la fase de sucesivos perfeccionamientos técnicos en las instalaciones de M. A. Heredia²⁷. Desde entonces, la siderurgia del Sur quedaría en ese primer estadio de la máxima perfección en la tecnología «preindustrial», propia de la segunda mitad del siglo XVIII.

Hasta el presente, tanto por parte de J. Nadal como por García Montoro, se ha explicado una de las razones del abandono del dinamismo tecnológico: el problema carbonífero, unido a las dificultades adicionales creadas por la política arancelaria del país. Como consecuencia de este problema habría de venir la paulatina pérdida de importancia del Sur en el sector desde que, en 1852-1859, Asturias comenzara su producción al carbón mineral²⁸.

La diferencia de coste entre la tonelada de arrabio de una planta de carbón vegetal y otra de carbón mineral no puede plantear dudas en cuanto a la incapacidad de competencia global de los altos hornos del Sur desde 1859. Pero la pervivencia de la producción con carbón vegetal, a pesar de esta diferencia y la competencia exterior, ilustra de cómo en España, y hasta 1880, siguieron

²⁷ C. GARCÍA MONTORO, *op. cit.*, pp. 101-104.

²⁸ Véase J. NADAL, *El fracaso de la Revolución Industrial en España, 1814-1913*, especialmente los caps. 5 y 6.

existiendo condiciones, en declive, eso es cierto, para que unas plantas tecnológicamente atrasadas siguieran teniendo una cuota del mercado nacional.

El deseo de renovación de la tecnología inicialmente empleada en la siderurgia del Sur, propia del siglo XVIII en Europa continental, fue consecuencia del fenómeno coyuntural de la escasez de productos siderúrgicos en todo el mercado español de resultados de la guerra carlista y sus secuelas inmediatas, que creaban artificialmente hasta 1852 las condiciones para una producción continua y en masa en las pocas plantas siderúrgicas existentes fuera de la zona cantábrica. Pero hay que tener en cuenta que los hierros del Sur siguieron después teniendo entrada en los puertos del Mediterráneo, hierros producidos con una diferencia tal de costes que hubiera sido lógico que hubieran desaparecido del mercado no más empezar la producción asturiana, cuyas plantas siempre tuvieron problemas de exceso de capacidad.

La explicación de que no se diera esta última circunstancia plantea dos alternativas posibles: 1) Que los costes de transporte marítimo (fletes) de los productos acabados mantuvieran, hasta los años setenta, una cierta barrera protectora para los productos terminados de la industria tecnológicamente atrasada del Sur, en una determinada zona de Andalucía y Levante. En tal caso habría que convenir que una producción totalmente al coque, más cara que en el Norte, pero más barata que la que se obtenía en el Sur hasta entonces, hubiera representado un incremento de las ganancias en cualquier caso. 2) Que las características de la demanda de productos siderúrgicos en España hicieran también de «barrera protectora» a la pervivencia de una cierta producción de hierro y derivados obtenidos con lingote al carbón vegetal o importado, por procedimientos ya anticuados a los niveles técnicos de los años cincuenta y sesenta del siglo XIX.

Cualquiera de estas dos posibilidades ha de llevar a la necesidad de estudiar las razones de la supervivencia durante más de veinte años de producción siderúrgica en el Sur (muchos para estar soportando pérdidas, en cualquier caso). Parece como si los ferreteros de la zona, dadas las condiciones del propio mercado de hierros en España, pudieran obtener aún beneficios de las plantas anticuadas, montadas en los años treinta, ayudando esta circunstancia a que el dinamismo empresarial, abandonando a la obsolescencia la siderurgia, buscara otros caminos de forma no traumática para la zona.

Una descripción de los trabajos de la siderurgia malagueña en 1861²⁹ nos introduce en el mundo de unas plantas industriales caracterizadas por la producción discontinua (la fundición tenía lugar solamente dos días a la semana) y muy diversificada, en la que aparecían desde prensas para aceite hasta todo tipo de artículos de encargo específicos: balcones, muebles, galerías, camas,

²⁹ *Guía del viajero en Málaga*, por don Benito VILÁ, Málaga, 1861, pp. 256-266.

puertas de casas de campo, sillones, rejas, jaulas, etc., siendo el producto más «normalizado» y de obtención más continua el de los frascos de hierro dulce para azogue, contratados por el Gobierno para las minas de Almadén. Igualmente, los talleres de la ferrería malagueña eran destinados a la obtención de cobre y la fabricación de utensilios con dicho metal.

En consecuencia, en esta situación, la diversificación de la producción siderúrgica andaluza a partir de 1845, unida a la construcción de altos hornos en la ciudad como alternativa a Marbella (cuya razón principal sería la de disponer Málaga de un puerto más adecuado a la importación de carbón vegetal desde Toscana), decidiéndose por el máximo de perfeccionamiento y racionalización de los sistemas tradicionales, parece una medida no falta de visión empresarial, siendo una eficaz y rentable adaptación a las condiciones del mercado, o al menos a un sector del mismo, a la espera de mejores perspectivas.

La industria textil algodonera, basada en las máquinas sefáltinas y en el telar mecánico al vapor, aparece en los años de tan importantes decisiones sobre la siderurgia (1846-1858), y tiene como unos de los inversores precisamente a los industriales ferreteros, que a la vez siguieron siendo grandes comerciantes. Aprovechaban con ello los burgueses del Sur las favorables perspectivas que se abrieron con la prohibición de importación de tejidos en el arancel de 1841, y también el crecimiento de la demanda de productos típicos de la zona en Estados Unidos, en mayor medida que Europa, como nos ha demostrado Julia Aguado³⁰. De Estados Unidos no eran rentable obtener entonces para la zona, como flete de retorno (en barcos propios de los industriales-comerciantes), otra cosa que algodón en rama.

Tras la fundación de la «Aurora» en 1858, sin embargo, no solamente no hubo inversiones en nuevas plantas industriales, sino que no hay constancia de que pasada el «hambre de algodón» (1861-1865) —como consecuencia de la guerra de Secesión, y reemprendida, en principio, la capacidad de absorción del mercado interior de la zona, al mejorar las exportaciones de productos agrarios— hubiera nuevas inversiones en las plantas ya establecidas ni cambios en los sistemas de producción tendentes a incrementar la productividad. En tal sentido, por ejemplo, nunca se introdujo el doble turno, y del análisis realizado por A. Nadal Sánchez sobre la huelga de 1890 se deduce la obtención de toda una gama de productos «anticuados», un sistema de trabajo en el que el jornal era raro y una política laboral sin más alternativa, ante la competencia y el descenso de precios en el mercado, que la reducción de los precios pagados a los trabajadores por sus labores realizadas a destajo, o la obligación de entregar piezas mayores. Y se espera a que el conflicto termine por sí mis-

³⁰ J. AGUADO SANTOS, «Las exportaciones de pasas en Málaga durante el siglo XIX», *Revista Gibralfaro*, núm. 27, Málaga, 1975, pp. 23-42.

mo cuando los meses altos de la cosecha agrícola reclamen brazos para las labores del campo y la vendeja³¹.

¿No observamos aquí, entre la intermitencia de una producción siderúrgica tradicional y las formas de las relaciones laborales en el textil, la permanencia de las condiciones técnicas y organizativas de los comienzos de la industrialización en la zona? En esos comienzos, a nuestro perspicaz observador de 1861 —Benito Vilá— no se le escapaba, en sus consideraciones sobre la «vendeja», que «el deseo de beneficiar este dinero —el obtenido con la comercialización de productos agrarios— en los demás meses del año habrá sido probablemente el germen de la industria malagueña»³².

Ambos sectores, siderúrgico y textil, hacia 1880 resultaban no competitivos y marginales en el conjunto de la industria española, hasta tal punto que la industria más dinámica, la textil, no parece estar aprovechando ni las posibilidades de su mercado interior más inmediato³³. Esto indica un proceso de obsolescencia que, ante la descartable incapacidad financiera de los industriales del Sur, plantearía la posibilidad de una hipótesis de trabajo para explicar el fenómeno, que se basaría en la existencia de expectativas más favorables para otras inversiones alternativas al margen de las posibilidades industriales de la zona, teniendo en cuenta que en una economía liberal el capital tendería a desplazarse según la relación de ventajas comparativas de la zona a corto plazo.

Comercio exterior como alternativa a la industria

G. Tortella demostró cómo el capital español en los años cincuenta y sesenta del siglo XIX, a través del sistema financiero estructurado en la época, comprometió la mayor parte de sus recursos en títulos ferroviarios y deuda pública que, por diversas causas, no tuvieron efectos expansivos sobre la industria³⁴.

En el caso de Andalucía, la trayectoria del capital no fue tan lineal como resulta para el conjunto nacional, pues la banca autóctona no participó, hasta lo que se sabe, en el negocio ferroviario y sólo en muy pequeña medida en la inversión en deuda pública³⁵. Pero ello no significa que el capital andaluz no se dirigiera a las inversiones ferroviarias; al contrario, este capital se orien-

³¹ A. NADAL SÁNCHEZ, «1890. La huelga de las tejedoras de la Industria Malagueña», *Revista Gibralfaro*, núm. 27, Málaga, 1975, pp. 43-100.

³² Benito VILÁ, *Guía de viajeros en Málaga*, p. 285.

³³ Véase J. MORILLA CRITZ, *Gran capital...*, op. cit.; el capítulo «Málaga de 1700 a 1900: acumulación de capital, proletarianización, industrialización y estancamiento».

³⁴ G. TORTELLA, *Los orígenes del capitalismo en España*, Madrid, 1973.

³⁵ He desarrollado este tema en la conferencia, en proceso de publicación, «La banca de emisión en Andalucía (1842-1874)», Málaga, 1981, Cámara de Comercio.

tó paralelamente al negocio bancario y al ferroviario, pero ninguna de las dos actividades parece que pretendieran, de igual manera que en el resto de España, sostener la inversión industrial.

La inversión bancaria en Andalucía ³⁶, y muy especialmente en la zona del dinamismo industrial de la primera mitad del siglo XIX, formó parte de un mecanismo de concentración de capital para responder a las favorables perspectivas de exportación de productos agrícolas de la zona, por lo que razonablemente no tendrían nunca otro interés que el de constituir bancos comerciales, cuya dinámica se ligó estrechamente a la coyuntura de la exportación.

El fenómeno de las construcciones ferroviarias, que, hasta cierto punto, llegará un momento que se conviertan en el «pozo sin fondo» de una parte del capital andaluz, tenían, a mi entender, las mismas motivaciones: se trataba con ellas de «movilizar» la prometidora riqueza agrícola y minera del interior de Andalucía, entendiendo por movilización su colocación en los puertos exportadores. El reconocimiento de este fin era una constante en todos los inversionistas extranjeros, nacionales y andaluces, que se disputaban las concesiones ³⁷.

En consecuencia, los dos tipos de inversiones tenían las mismas motivaciones entre 1847 y 1874. Este interés estaba fundamentado en datos objetivos de expectativas de ganancia. Nadal Farreras ³⁸ y Prados ³⁹, en general para España, y Julia Aguado ⁴⁰, en particular para Málaga, han mostrado la coyuntura del comercio exterior en el siglo XIX e indicado la opción de nuestra economía en la segunda mitad del mismo por una especialización creciente en la exportación de productos primarios, en la mayor parte de los cuales —y ésta

³⁶ La bibliografía más específica del tema está representada por M. TITOS MARTÍNEZ, «El sector financiero en Andalucía. Una aproximación bibliográfica», *Revista de Estudios Regionales*, núm. 3, Málaga, 1979. También, del mismo autor, son de interés orientativo «Panorama general de la Banca en Andalucía en el siglo XIX», *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Siglos XIX-XX*, t. II, pp. 195-208, y «Conexiones entre el sistema financiero e industrialización», *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, núms. 4-5, Universidad de Granada, 1977-78. F. RUIZ-VÉLEZ FRÍAS, *Los bancos de emisión de Cádiz en el siglo XIX*, Instituto de Historia de Andalucía, Madrid, 1977; R. CASTEJÓN MONTIJANO, «La banca de Pedro López y la crisis de 1866», *Actas I Congreso... Siglos XIX-XX*, t. I, pp. 233-242. También, como fuente documental publicada, J. M. CUENCA TORIBIO y A. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE ALVA, *Lecturas de Historia Económica de Andalucía (siglo XIX)*, Sevilla, 1977.

³⁷ Véase J. MORILLA CRITZ, *Gran capital...*, op. cit., pp. 109-129.

³⁸ J. NADAL FARRERAS, *Comercio exterior con Gran Bretaña (1777-1914)*, Madrid, 1978.

³⁹ L. PRADOS DE LA ESCOSURA, *Comercio exterior y crecimiento económico en España, 1826-1913* (tesis doctoral, en prensa), Servicio de Estudios del Banco de España, 1981.

⁴⁰ J. AGUADO SANTOS, «Málaga en el siglo XIX. Comercio e industrialización», *Revista Gibralfaro*, núm. 26, Málaga, 1974, pp. 33-67. De esta autora también, «Las exportaciones de pasas en Málaga durante el siglo XIX», op. cit., y *El comercio marítimo malagueño en el siglo XIX (1833-1870). Una etapa de expansión*, trabajo mecanografiado presentado como Memoria de Licenciatura en la Facultad de Ciencias Económicas de Málaga, 1973. A él he tenido acceso por gentileza de su autora.

es una consideración mía— la región andaluza poseía claras ventajas absolutas. Nadal Farreras ve las razones de esta opción del capital español en factores esencialmente doctrinarios y en los derivados del control sociopolítico de los grupos financieros y bancarios⁴¹, en conexión con el capital extranjero, la burguesía terrateniente y la clase dirigente. Particularmente me parece una explicación que en ningún caso justificaría que los capitalistas con una actividad mixta, como los del Sur, optaran decididamente por la economía exportadora de productos primarios.

Prados, más apegado a la racionalidad económica, ha mostrado las razones y ventajas a corto plazo obtenidas por la especialización en este tipo de exportación española del siglo XIX. En un reciente trabajo en unión con G. Tortella⁴², ambos refutan la tesis ya tradicional de las desventajas en los términos de intercambio que España habría supuestamente tenido como exportador de materias primas y productos alimenticios. Estiman, por el contrario, que España en el siglo XIX, gracias al comercio exterior, había dirigido sus recursos hacia aquellos sectores en los que el país tenía más ventajas absolutas y comparativas, y, por tanto, en unión de una relación de intercambio favorable, las inversiones en esos sectores fueron capaces de hacer crecer la RN de la manera menos «traumática» y en el más breve plazo, aunque, dada la pequeñez, a pesar de todo, de ese comercio exterior, no llegó a ejercer una gran influencia como factor de desarrollo económico. De cualquier modo, habría que concluir que esa mayor facilidad de las inversiones, en la producción primaria comercializable, de hacer crecer la renta, era el primer dato orientativo para aquellos que pudieran elegir entre diversas alternativas inversoras. Este era el caso de los capitalistas del Sur, zona a cuyos productos por excelencia se dirigía la demanda exterior.

Julia Aguado ha señalado las sucesivas favorables «coyunturas» del comercio exportador malagueño. En 1873 se sitúa el comienzo de la crisis de la producción de la franja costera, antes ya de la «filoxera»; pero para el comercio esta crisis pronto se compensaría con el sostenimiento de la exportación de los productos agrícolas del interior y, sobre todo, con el de los minerales. En cualquier caso, entre 1847 y 1873 los negocios del alto comercio marítimo de la zona estuvieron siempre en expansión y resultaron muy rentables, especialmente para aquellos que tuvieran los capitales necesarios y pudieran disponer de los medios de transporte para ir progresivamente movilizand o nuevas riquezas exportables. Y todo ello durante una época en la que el sector industrial ofrecía dudosas ganancias a corto plazo y, en cualquier caso, con muchos más

⁴¹ J. NADAL FARRERAS, *op. cit.*, pp. 272-273.

⁴² L. PRADOS y G. TORTELLA, «Long-Term trends in Spanish Foreign Trade, 1714-1913», comunicación presentada al Congreso Internacional de Historia Económica de Budapest, 1982.

competidores que hacían inciertas las ventajas de un sacrificio de liquidez para la remodelación de los equipos industriales.

Tal vez si el capital de la zona no hubiera estado tan concentrado, no hubiera tenido la posibilidad de aprovechar el tirón de la demanda exterior de productos en los que Andalucía tenía indudables ventajas absolutas; pero, en tal caso, tampoco sería posible pensar en el dinamismo industrial precedente y, seguramente, se hubiera dado un colonialismo exterior más prematuro y mayor del que hubo. Igualmente hay que tener en cuenta que el empleo de la población —liberada por la desamortización— en las producciones exportables, en las construcciones ferroviarias y en las actividades de las ciudades portuarias contuvo la oleada emigratoria hasta 1880, aunque tal vez también estos mismos hechos terminaron con una de las ventajas que hasta entonces parecía contar el sector industrial del Sur: los menores costes de mano de obra⁴³. Todos estos fenómenos debieron estar imbricados y necesitan que nos dediquemos a investigarlos. Lo que sí creo, de cualquier modo, es que los inversionistas andaluces de la época escogieron las mejores alternativas empresariales que el mercado les ofrecía, porque de todas las regiones españolas Andalucía se encontraba, tanto por los productos demandados por el exterior como por la capacidad financiera de sus capitalistas, en la mejor situación para beneficiarse del crecimiento económico de otras zonas del mundo.

En consecuencia, el estancamiento de Andalucía en una tecnología propia de las últimas etapas preindustriales o de los primeros momentos de la «revolución industrial» da la impresión de las dificultades de un *first comer* dentro de un país industrialmente periférico en su conjunto que, ante las primeras dificultades ocasionadas, en parte, por un exceso de capacidad y, en parte también, por una política nacional tendente a favorecer la modernización del país, busca emplear el capital, acrecido gracias precisamente a los primeros beneficios de la industria, en otros sectores «nuevos» (aunque parezcan «tradicionales»), lo que sería el resultado de una elección empresarial acertada en una economía de iniciativa privada entre 1847 y 1873, teniendo en cuenta los datos que los inversionistas podían barajar en aquellos momentos.

Pero no será lícito ni útil, para comprender el carácter de la fallida anticipación industrial del Sur, quedarse en la muestra de la correlación entre ascenso de los negocios «nuevos», ligados a la comercialización de la producción primaria, y el declive de los «antiguos» (en este caso, la industria). Para convertir esta relación en una proposición causa-efecto habría que dar por sentada implícitamente la incapacidad financiera absoluta de la gran burguesía andaluza (que, por el contrario, era de las pocas que tenía crédito «ilimitado» en

⁴³ En este sentido, es interesante la actividad reivindicativa de los obreros de la zona en los años revolucionarios de 1868-69, que dio lugar a importantes subidas salariales en las industrias de Málaga.

los mercados extranjeros), sin posibilidad de invertir en ambos sectores. Si descartamos esta hipótesis, la principal variable que habrá que ir investigando en el futuro será la de las expectativas empresariales, cuyo conocimiento, según creo, habría de anteponerse a las explicaciones del atraso basadas en las «mentalidades», que tienen la virtud de acabar explicándolo todo demasiado fácilmente.

Dentro de lo poco que particularmente he avanzado hasta la fecha, las expectativas de ganancia en la banca en Málaga se calculaban en torno al 20 por 100 anual sobre el capital, por la pura función bancaria ligada al comercio ⁴⁴. Con respecto al ferrocarril, las esperanzas se cifraban en unos beneficios de explotación que permitirían repartir unos dividendos anuales del 18 por 100, beneficios que no se cansan de hacer constar los financieros que no son los más importantes, puesto que la incidencia principal de tales negocios se manifestaría en la ayuda a la financiación de las operaciones del comercio exterior o en la rebaja de los costes de colocación de los productos en los lugares de embarque, y en las facilidades para la llegada de los productos importados a áreas cada vez más extensas del país.

La fuente de información para tales apreciaciones ⁴⁵ se puede someter a la siguiente crítica alternativa: 1) o eran manifestaciones de «cara a la galería» para conseguir atraer a los incautos, lo que es posible, pues tales negocios fueron, ante todo, unos poderosos mecanismos de concentración de capital; 2) o bien, dado lo «familiar» de estos negocios en la zona, no tenía sentido engañarse a sí mismos y las esperanzas eran absolutamente reales. Pero, en cualquiera de las alternativas, nos encontramos ante formas de obtener beneficios por parte del sector capitalista más fuerte de la zona (mediante ganancias reales o mediante apropiación de los pequeños capitales invertidos por el resto, en forma de intereses sobre los préstamos que los capitalistas concedían a ambos negocios cuando iban mal), que orientaban sus operaciones al negocio que se consideraba de extraordinarias perspectivas (exportación de productos primarios), haciendo competencia a otras zonas productoras del mundo o a inversionistas foráneos, para lo que eran necesarios importantes, y concentrados, recursos financieros.

En este sentido, al menos, los negocios bancarios y ferroviarios sí que res-

⁴⁴ Su cálculo se basa en que, según se expresa en los informes anuales de la Junta Directiva, en los mejores años de la trayectoria del Banco, los dividendos (10,5-11 por 100) nunca se estimaron satisfactorios; considerando, no obstante, que eran siempre los excesivos gastos de compra de numerario (más grandes cuantos más pagos había que hacer por las compras al «interior» de Andalucía) los que echaban por tierra el objetivo de alcanzar el 18-20 por 100 de rendimiento neto, con el que se llenarían plenamente las esperanzas iniciales.

⁴⁵ Memorias del Banco de Málaga y de la Cía. del Ferrocarril Córdoba-Málaga y Granada-Málaga.

pondieron en la zona a las expectativas puestas en ellos, como instrumentos de canalización de recursos para la actividad exportadora (la banca) o como apropiación de derechos de propiedad fácilmente transformables en capacidad financiera, aparte de su función de movilización de la riqueza exportable. Sin embargo, este proceso llegó a su cenit precisamente en el momento en que la depresión mundial de 1873-1896 terminaba con los efectos expansivos que la industrialización mundial había ejercido sobre los recursos primarios del Mediterráneo, y a la vez que éste no podía competir con otras zonas del mundo igualmente de producción primaria.

Resumiendo, pues, todo lo expuesto en las páginas que anteceden, Andalucía ilustra, a mi entender, sobre las ventajas iniciales de una zona de fuerte acumulación de capital comercial para «quemar etapas» en la industrialización, contando con otros factores como los derivados de una cierta tradición «preindustrial». No obstante, el mismo proceso de concentración que llevó al triunfo inicial de la industria facilitó que el capital industrial, sometido a dificultades coyunturales y necesitando amortizar sus cuantiosas inversiones, abandonara sus plantas a la obsolescencia cuando el capitalismo más desarrollado de otras partes del mundo produjo sus efectos expansivos sobre otras actividades dentro de la zona. También colaboraría, en cierta manera, al abandono a la obsolescencia de las industrias del Sur las posibilidades que un mercado «anticuado» como el español seguía ofreciendo a una industria marginal y tecnológicamente atrasada.

A largo plazo, el propio mecanismo de concentración del capital, que facilitó: *a)* la extensión de los negocios por un territorio de la región cada vez más amplio; *b)* que los beneficios del comercio exterior quedaran en manos nacionales, y *c)* que, al menos durante un largo período, todos los sectores sociales obtuvieran o esperaran obtener beneficios o trabajo con la movilización de la capacidad exportadora del interior, tendía a empeorar las condiciones del mercado para nuevas inversiones industriales posibles. Cuando circunstancias externas (crisis de 1873 y depresión subsiguiente) dificultaron también las actividades primarias fomentadas desde 1856 e hicieron no rentables las inversiones a ellas ligadas, habría menos medios disponibles y menos razones para recuperar la inversión industrial.

ESPECIALIZACION AGRICOLA E INDUSTRIA RURAL EN CATALUÑA EN EL SIGLO XVIII

JAUME TORRAS ELIAS
Universidad de Zaragoza

En los últimos decenios del siglo XVIII suele situarse el punto de partida de la industrialización de Cataluña. Pierre Vilar propuso para ese «arranque» un esquema explicativo que ha merecido amplia aceptación, tanto por su trazado lógico como por la apoyatura documental en que se funda¹. En dicho esquema, que no hace falta recordar aquí, la industria aparece principalmente como *resultado* del proceso. Por otra parte, en ocasiones se ha insinuado la necesidad de introducir en la explicación de ese proceso, y como *factor*, el relieve y arraigo que en la región había alcanzado la industria tradicional. El interés renovado por lo que ahora se llama «protoindustrialización» invita a recoger tales sugerencias y a considerar la transformación de la economía catalana en el Setecientos a la luz de los planteamientos que en esta línea se están formulando.

La presente comunicación no aspira, desde luego, ni a corroborar ni a modificar o desmentir el esquema explicativo de P. Vilar; sus horizontes son mucho más estrechos. Pretende sólo exponer algunos datos y reflexiones que se desprenden de un trabajo en curso sobre la industria lanera catalana en el siglo XVIII y, con ellos, contribuir a una discusión según los términos arriba aludidos. Expondré, en primer lugar, los que me parecen elementos básicos del esquema explicativo de los orígenes de la moderna industria fabril que puede denominarse «modelo de la protoindustrialización». Me referiré, luego, a la industria lanera en Cataluña en el siglo XVIII, en sus aspectos más significativos para la discusión que aquí se propone. Por último, trataré de valorar la aplicabilidad del referido modelo de la protoindustrialización al ámbito y período considerados.

¹ Esquema concisamente presentado en su ensayo «La Cataluña industrial: reflexiones acerca de un arranque y de un destino», en P. VILAR, J. NADAL y otros, *La industrialización europea. Estadios y tipos*, Barcelona, Crítica, 1981, pp. 173-91.

El «modelo de la protoindustrialización»

En el transcurso de los siglos xvi y xvii se produjo en la Europa del Oeste una honda reorganización espacial de la economía rural. En algunas regiones se acentuó la especialización agropecuaria, mientras que en otras la economía campesina dependía en medida creciente de un complementario trabajo industrial vertebrado, generalmente, por el capital mercantil y cuya producción se destinaba en su mayor parte a mercados exteriores. Este proceso suele explicarse por un concurso de circunstancias que cada autor perfila a su guisa. Donde hay coincidencia es en valorar como decisivos sus resultados, y en concreto la apertura de posibilidades de expansión sin precedentes para la industria rural de ciertas regiones. Aunque se advierte que no era condición suficiente para el desarrollo ulterior del proceso de industrialización fabril, esta «protoindustrialización» es descrita como primera y, de hecho, necesaria fase del mismo ².

La argumentación discurre en términos análogos a los de modelos de desarrollo de inspiración clásica, que hacen hincapié en la movilización de recursos ociosos y, sobre todo, de fuerza de trabajo subempleada del sector de subsistencia o tradicional. La ocupación en la industria rural dispersa de un trabajo utilizado antes de forma poco eficiente en las explotaciones campesinas de las regiones que se «protoindustrializaron» se presenta como motor de una dinámica de especialización interregional que incrementó la producción por trabajador. La consiguiente elevación del ingreso social y su sesgada distribución en favor de empresarios que operaban en virtuales condiciones de oferta ilimitada de trabajo constituirían el lecho adecuado para el alumbramiento de la industria fabril o segunda fase de la industrialización.

En efecto, por un lado, la ruptura del régimen demográfico tradicional —el aspecto de la protoindustrialización al que mayor atención se ha prestado— aumentaba las dimensiones de la fuerza de trabajo movilizable y abría así más ancho campo a la expansión de la «protoindustria». Por otro lado, esta misma expansión, a partir de ciertas dimensiones, suscitaba una poderosa contradicción interna en forma de costes rápidamente crecientes —según expuso Chambers en un estudio bien conocido ³—. Pero la acumulación de capital, de capacitación empresarial y técnica y de conexiones comerciales que la «protoindus-

² «Whereas proto-industrialization preceded factory industrialization where the latter occurred, and paved the way for it, there was nothing unavoidable or automatic in the passage from phase one to the next», en F. F. MENDELS, «Proto-industrialization: The First Phase on the Industrialization Process», *Journal of Economic History*, 32 (1972), pp. 241-61 (cita en p. 246; el subrayado es mío).

³ J. D. CHAMBERS, «The Rural Domestic Industries during the Period of Transition to the Factory System, with Special Reference to the Midland Counties of England», *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire Economique*, Aix-en-Provence, 1962, volumen II, París-La Haya, Mouton, 1965, pp. 439 y ss.

trialización» había impulsado proporcionaba medios y estímulos para resolver esa contradicción con la mecanización de la industria y los cambios correlativos que se conocen como *revolución industrial*. Esta surgió en Inglaterra, en un suelo abonado por la «protoindustria», pero su difusión por otros países guardó también relación con la existencia e importancia en ellos de regiones «protoindustriales», determinante de su sensibilidad ante la competencia de los nuevos géneros ingleses y, asimismo, de su capacidad de emulación.

La industria lanera en Cataluña en el siglo XVIII

Es conocido el relieve que en la Baja Edad Media alcanzó en Cataluña la pañería. Su desarrollo no estuvo entonces impulsado sólo por la creciente división del trabajo a escala regional, sino también por la captura de mercados exteriores. Las condiciones de acceso a estos mercados, tanto por lo que se refiere a la comercialización como en lo tocante al tipo de productos, determinaron la pujanza y el predominio de la pañería urbana. Un prolongado declive que debió de tocar fondo a mediados del siglo XVII socavó las bases de tal predominio y alteró la fisonomía del sector. Cuando alrededor de 1700 apuntaba una recuperación demostrable por la «conquista del mercado regional por parte de la industria catalana»⁴, ésta no era ya principalmente barcelonesa. Radicaba, sobre todo, en áreas rurales cuya actividad la vertebraban localidades donde las estructuras corporativas eran bastante sumarias. Los productos sencillos propios de esta industria se adecuaban a la demanda, entonces en alza, de géneros de consumo popular en el mercado catalán y en el español en su conjunto, más accesible desde el traslado de las aduanas a la costa y a la frontera con Francia en 1714⁵. Sin que por ahora se pueda cuantificar, al menos hasta 1765 numerosos indicios concurren para sugerir un crecimiento considerable de la industria lanera en Cataluña, empujada por la ampliación y la profundización de sus mercados; después de esa fecha, las informaciones son menos unánimes y, seguramente, la producción creció poco en términos globales. En todo caso, en el último tercio del siglo XVIII el sector lanero perdería la preeminencia industrial que antes tuviera.

Su carácter más rural no era la única diferencia entre la industria lanera del

⁴ Pierre VILAR, *Catalunya dins l'Espanya moderna. II. El medi històric*, Barcelona, Edicions 62, 1964, p. 407. Sobre esta fase de la historia de la pañería catalana véase también el resumen de Pere MOLAS I RIBALTA, *Economia i societat al segle XVIII*, Barcelona, La Paraula Viva, 1975, pp. 176-8.

⁵ Para situar esta industria en un contexto más amplio véase E. FERNÁNDEZ DE PINEDO, «Coyuntura y política económicas», en *Centralismo, Ilustración y agonía del Antiguo Régimen (1715-1833)*, t. VII de la *Historia de España* (dirigida por Manuel Tuñón de Lara), Barcelona, Labor, 1980, especialmente pp. 106-8.

Setecientos y la medieval en cuanto a localización. Como ya observó Caresmar en 1780 ⁶, se había desarrollado en la Edad Media en comarcas que en su tiempo, en cambio, la desconocían. Se prescindirá aquí de los cambios anteriores para destacar cómo desde fines del siglo XVII la expansión de la producción lanera había ido acompañada de una redistribución territorial, sin duda relacionada con el paralelo progreso de la especialización en la agricultura.

Es sabido que la vinculación de la economía catalana al comercio del Norte europeo desde el último tercio del siglo XVII tuvo una de sus bases en la exportación de productos agrícolas, principalmente de la viticultura. Cuando a esta demanda se sumó la de las colonias americanas de España, la viticultura prosperó hasta convertirse, en el transcurso del siglo XVIII, en la actividad dominante en algunas comarcas del litoral y en la principal cosecha comercializable de numerosos pueblos del interior ⁷. Esta expansión del viñedo es pieza clave del «modelo de reconstitución» que P. Vilar pone como punto de partida del desarrollo de la economía catalana en el siglo XVIII ⁸.

Del mismo modo que en otras regiones europeas, esta especialización vitícola, orientada principalmente hacia mercados exteriores, repercutía de manera negativa sobre la industria textil rural porque tendía a reducir la oferta de trabajo campesino barato. En efecto, modificaba las pautas estacionales de la ocupación agrícola para hacerlas más complejas, ya que el viñedo no sólo desplazaba cultivos tradicionales, sino que también se intercalaba en ellos u ocupaba tierras utilizadas antes de forma muy laxa. Creaba, además, empleo directamente en la elaboración y envasado de vinos y aguardientes, y también indirectamente, por la correlativa intensificación del transporte y de los intercambios. La ampliación del mercado vitícola, por otra parte, abría a muchas explotaciones campesinas caminos nuevos para la obtención de dinero líquido; además, la mayor dedicación a un cultivo más remunerador, implícita en el proceso de especialización, suponía una elevación del nivel general de ingresos en esas explotaciones. Todo ello había de alterar las condiciones y el volumen de la oferta de trabajo campesino para la industria lanera y modificar, por consiguiente, su implantación. Los contemporáneos advertían, desde luego, la relación entre grado de especialización vitícola y retrocesos locales de la industria: así, el ayuntamiento «y demás sugetos instruidos» de Montblanc (Tarragona) aseguraban, en 1780, que «la extinción de fábricas de lana, procedía principal, y casi únicamente de haberse dedicado las gentes (...) al plantero de viñas», cuya extensión era allí tal que faltaban «hombres para su cultivo, y

⁶ *Carta al barón de la Linde*, Igualada, CECI, 1979, p. 30.

⁷ Resumo informaciones sobre este proceso en mi artículo «Aguardiente y crisis rural (Sobre la coyuntura vitícola, 1793-1832)», *Investigaciones Económicas*, I, 1 (1976), especialmente pp. 45-53.

⁸ Véase «La Cataluña industrial», pp. 181-2.

acarreo de sus frutos, mirándose a esta industria como a la principal, y más útil»⁹. Es cierto que las comarcas donde más acentuada fue la especialización vitícola no habían descollado mucho en la historia de la pañería catalana¹⁰. No importa, pues donde cabía esperar mayores y más trascendentes retrocesos de las industrias locales al compás de la especialización vitícola era en sus niveles más rústicos, la ubicua artesanía de ámbito comarcano y la producción casera para propio uso. Esto es lo que conviene destacar, en relación sobre todo con lo que sigue.

Efectivamente, las comarcas que profundizaban su especialización vitícola planteaban una demanda creciente de subsistencias que alentó la colonización de las tierras de Poniente y activó el comercio interior, estimulado, asimismo, por la respuesta «intensificadora» que en general se dio al aumento de la población¹¹. Por ello, los efectos del cambio agrario sobre la industria lanera no se limitaron a su expulsión de las comarcas de fuerte especialización vitícola. La aceleración de la circulación interior de mercancías hacía más ostensibles las ventajas de los tejidos de lana de determinadas comarcas, o más bien de determinado tipo de empresa, particularmente frente a los géneros más rústicos o de fabricación casera. Naturalmente, la intensificación de la circulación de mercancías ofrecía también crecientes oportunidades para adquirir los productos de estas industrias especializadas, y ello merced al empleo más eficiente de los propios recursos que el mismo proceso implicaba en las otras comarcas, o en las otras empresas (las explotaciones campesinas, por ejemplo). Un ejemplo muy sencillo y localizado, pero creo que ilustrativo de este mecanismo, lo describió Zamora, quien en 1788 daba cuenta de que en Oliana (Lérida) «antes había muchos pelaires, contándose 100 a final del siglo pasado, y en el día no hay ni uno. Se atribuye esta decadencia a haberse regado el término por lo cual se dedicaron a la labranza». El cambio era más complejo, pues, según el propio Zamora, en Oliana se sembraba «un poco de trigo», junto a viñas y olivares, pero también se producía seda («cuya cosecha va en aumento») y fruta en abundancia. La comercialización de la seda y de orejones y ciruelas pasas había abierto nuevas líneas de intercambio con la capital y con otros mercados, de donde, a su vez, podían llegar nuevos productos. También había

⁹ Jaime CARESMAR, *Discurso sobre la Agricultura, Comercio, y Industria, con inclusión de la consistencia, y estado en que se halla cada Partido, o Veguerio de los que componen el Principado de Cataluña*, en Biblioteca de Catalunya, Barcelona, manuscrito del fondo de la Junta de Comercio, núm. 143 bis. La cita corresponde al fol. 557.

¹⁰ Con todo, a comienzos del siglo xvii la producción de Reus era de las más considerables del Principado en estameñas y otros géneros sencillos, y muchos de sus vecinos vivían de esta fabricación —inexistente prácticamente en 1764—. Véase Jaime CARRERA PUJAL, *Historia política y económica de Cataluña. Siglos XVI al XVIII*, vol. II, Barcelona, Bosch, 1947, p. 166.

¹¹ P. VILAR, *Catalunya dins l'Espanya moderna. III. Les transformacions agràries del segle XVIII català*, Barcelona, Edicions 62, 1966, especialmente pp. 335-40.

alterado el volumen y la distribución estacional del empleo. Con la irrigación se habían intensificado y diversificado las tareas agrícolas, y las mujeres tenían nueva ocupación en la preparación de la seda y la fruta y, también, en la primera elaboración de otro producto local, el cáñamo, antes consumido localmente y cuya hilaza encontraba entonces fácil salida en la costa, debido al auge de la construcción naval ¹². Con la mayor exposición a la competencia de los tejidos de lana de otras áreas y la aparición de ocupaciones alternativas se había arruinado la industria lanera local.

Desde luego, este proceso no debe entenderse como algo armonioso y de resultados óptimos para el conjunto y para todas las partes implicadas. En su desarrollo intervenían además otras variables, entre ellas la presión fiscal, los cambios de población y las variaciones en la renta de la tierra. Pero mi enfoque es deliberadamente más restrictivo. Lo que importa subrayar aquí es que la inserción de la economía rural catalana en un dinámico sistema de intercambios, que ya no se circunscribía al ámbito regional, impulsaba un avance de la especialización agrícola que creaba condiciones favorables para la transformación sustantiva de la industria lanera allí donde pudiese sobrevivir. En el proceso, en efecto, desaparecían los estratos más rudimentarios de la industria y se acrecentaba y concentraba una demanda antes muy diseminada. Un examen de la implantación y otras características de la industria lanera en Cataluña al comenzar el último tercio del siglo XVIII ha de revelar los efectos de este proceso de concentración y de selección.

A dicho momento corresponden dos averiguaciones estadísticas que permiten conocer, a grandes rasgos, el perfil de la entonces todavía principal industria rural en Cataluña. Una de ellas se funda en los datos que para el año 1760 proporcionaron las administraciones del derecho de *bolla*, que gravaba la producción y consumo de tejidos de lana; relaciona para cada población el número de telares y las piezas fabricadas al año, precisando su calidad ¹³. La otra, mucho más rica, consiste en un formulario remitido en 1764 por la Junta de Comercio de Cataluña, a instancias de la Superior, a los ayuntamientos de las poblaciones donde existía fábrica de tejidos de lana; las respuestas reflejan su organización, dimensiones y características con desigual pormenor ¹⁴. Entre ambas fuentes se observa una satisfactoria concordancia en términos generales, no sin excepciones. El aprovechamiento de todas sus informaciones haría prolija esta comunicación, que se limita a presentar aquéllas que reflejan la distribución territorial de la industria. Atenderé para ello tanto a la cantidad

¹² FRANCISCO DE ZAMORA, *Diario de los viajes hechos en Cataluña* (edición preparada por R. Boixareu), Barcelona, Curial, 1973, p. 150.

¹³ Se encuentra en la Biblioteca de Catalunya, Barcelona, Archivo de la Junta de Comercio, LXV, 1, fols. 4 a 32.

¹⁴ Están recogidas en el vol. 81 del fondo de la Junta de Comercio en el Instituto Municipal de Historia, Barcelona.

como a la calidad de la producción según los datos de 1760, matizados en ocasiones con datos procedentes de la otra encuesta e informaciones posteriores.

El número de telares resulta un indicador impreciso por la diversidad de sus tipos y, sobre todo, por su muy diverso grado de utilización. Por ello, lo que detalla el cuadro anexo es el número de piezas comercializables producidas, discriminando sus calidades y agrupando las poblaciones laneras en bloques territoriales cuyo ámbito precisa el mapa que lo acompaña (que sí recoge, en cambio, las informaciones sobre el número de telares). Estos bloques pueden clasificarse en tres categorías distintas. Examinémoslos sucesiva y concisamente:

1. Las áreas donde la industria tenía estructuras precarias y se hallaba en recesión, como las comarcas tarraconenses, donde era claramente una actividad residual, y como lo que he denominado *Montaña*. Era ésta una todavía importante zona productora de tejidos muy baratos (catorcenos los más selectos), donde se transformaban sólo lanas de la región¹⁵, y normalmente de la misma comarca, y en la que no se encontraban más que telares angostos cuya producción se aparejaba muy rudimentariamente, pues no había tintoreros ni tundidores. La industria era antigua y tenía incluso un brillante pasado medieval en algunas poblaciones, pero en el último tercio del siglo XVIII empezaba a desarticularse, tendiendo a reducir su actividad a fases poco valorizadas del ciclo lanero, como la preparación de la fibra y el hilado y torcido. En el centro productor más importante, La Pobla de Lillet (Barcelona), en 1764 estaban ociosos los dos tercios de los telares y la principal producción eran ya los hilos de estambre torcido, que para 1787 se había convertido en «la principal ocupación del pueblo. (...). El estambre se vende para todas las fábricas de Cataluña»¹⁶. La industria de La Pobla era ya mero apéndice de la de núcleos más pujantes. En otras áreas ni siquiera eso se preservó, como en buena parte de las tierras altas de la provincia de Lérida, donde la antigua fabricación de tejidos había sido totalmente barrida por la exportación de su considerable producción de vellones¹⁷.

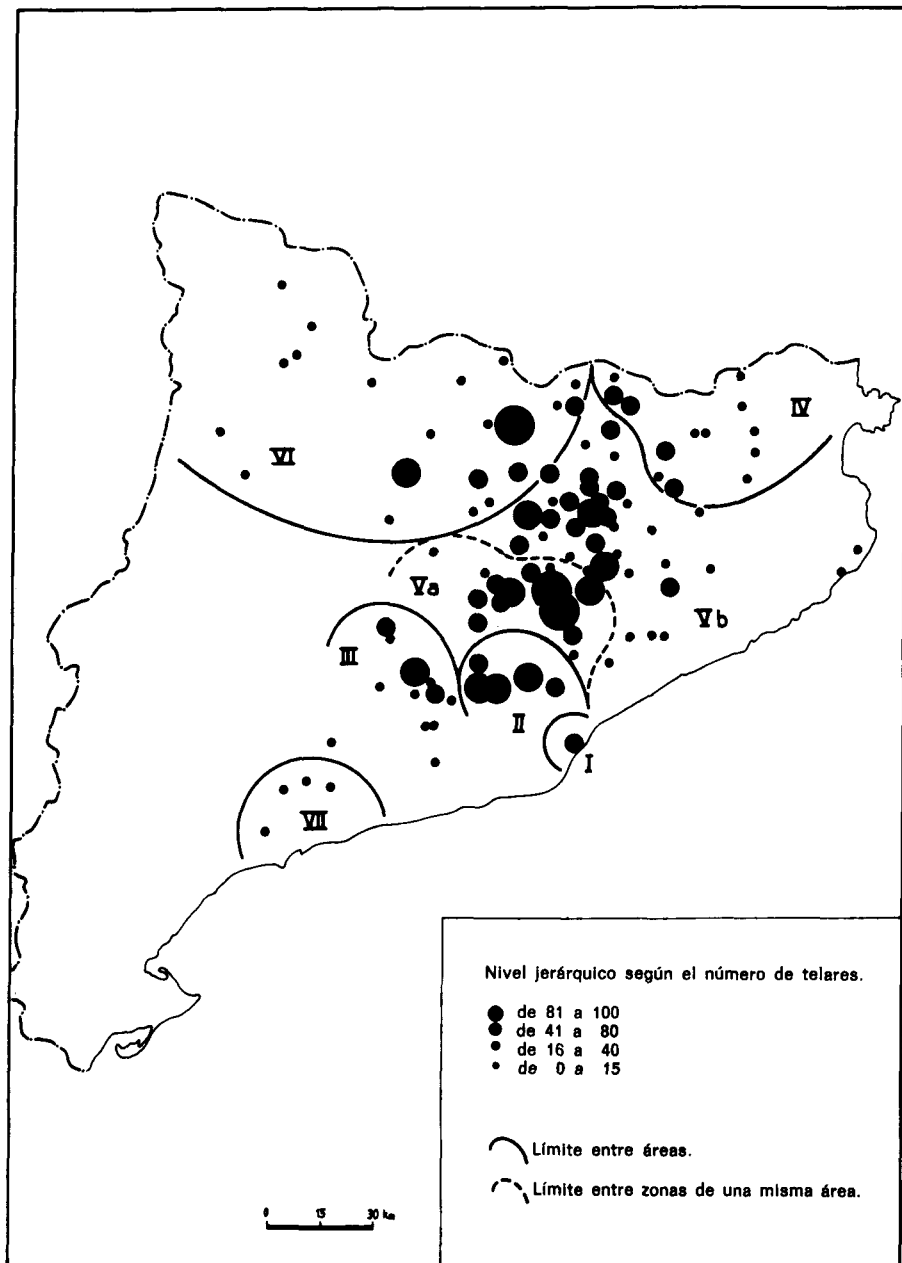
2. A una segunda categoría pueden adscribirse los centros laneros de las comarcas de lo que he denominado *Cataluña intermedia*, donde se elaboraban tal vez los dos tercios de toda la lana que en la región se tejía (excluida la que absorbiese la manipulación casera). Consumían en parte lanas del país, pero una parte sustancial, sin duda la mayor en los centros más activos, procedía

¹⁵ Según la encuesta cursada en 1764, sólo los dos centros más importantes de este área, Berga y La Pobla de Lillet, importaban algo de lana aragonesa.

¹⁶ J. DE ZAMORA, *Diario de los viajes*, p. 96.

¹⁷ J. CARESMAR, *Discurso*, fol. 461.

Distribución territorial de telares de lana en Cataluña hacia 1764



CUADRO 1

Piezas producidas en 1760, por áreas *

Clases de tejido	(I) Barcelona (ciudad) **	(II) Terrassa	(III) Igualada	(IV) Olot	(V) Cataluña intermedia (a) (b)	(VI) Montaña	(VII) Tarragona
Paños 30os., 32os., 36os. ...	224	127	49	1.408	26		
Paños 26os. ...	226	1.676	901		8		
Paños 24os. ...	30	535	345				
Paños 22os. ...		1.033					
Paños 16os., 18os. ...		2	876		123	1	151
Bayetas 25as., 26as., 27as.	20	696	1	172	34		
Bayetas 20as., 22as. ...		1			108	139	
Bayetas 18as. ...			1		2.295		
Estameñas 24as. ...					1.859		
Estameñas 16as., 18as. ...					2.642	289	
Retinas 12as., 14as. ...				14	2		
Cordellates 12os., 14os. ...				77	696		
Estameñas 12as., 14as. ...		6		18	1.675		
Cordellates 9os., 10os. ...					768	2.750	
Estameñas 9as., 10as. ...					81		
Borets 9os., 10os. ...					2		
Barraganes ...					10		
					7		
					175		

* Véase, en apéndice, la relación de las poblaciones incluidas en cada área.

** Los datos de Barcelona corresponden al año 1765, pues no aparecen en la estadística de 1760.

de otras regiones, y en particular de Aragón. La producción se vendía en el mercado catalán, pero en medida creciente se exportaba también hacia otras regiones españolas¹⁸. Consistía en géneros baratos de consumo popular fabricados en telares angostos, muchos de los cuales se empleaban también para telas de lino y cáñamo, cuya producción era considerable, pero se comercializaba en menor proporción y más estrecho ámbito; no era tampoco despreciable la producción de tejidos de calidad media, dieciochenos y aun veinticuaterenos, que requerían instrumentos más costosos y menos versátiles. Las principales concentraciones de telares se hallaban en algunas villas pequeñas (Moià, Castellterçol, Centelles, Taradell, St. Hipòlit de Voltregà, Prats de Lluçanès), que organizaban la actividad textil de los pueblos comarcanos, la de cardadores e hilanderas y, también, la de pelaires y tejedores que trabajaban por cuenta de los fabricantes más dinámicos de esas villas¹⁹. No existía, en general, subordinación con respecto a los comerciantes de las ciudades de estas comarcas ni de Barcelona: esos fabricantes, que seguían en estrecho contacto con el trabajo artesano, también controlaban todavía la distribución de su producto y el aprovisionamiento de materia prima, valiéndose únicamente de la intermediación de arrieros²⁰.

Durante el último tercio del siglo XVIII, la producción lanera de esos centros se hallaba en expansión indudable²¹. No la estimulaban de modo directo las ventas a mercados remotos, pero sí de modo indirecto a través del proceso de especialización agrícola, del que no puede disociarse. Hacia los años ochen-

¹⁸ Refiriéndose a uno de los más prósperos centros laneros de esta zona, Centelles (Barcelona), ZAMORA observaba en 1787 que sus pelaires «envían lo trabajado a Madrid, Zaragoza, Valencia, y demás del Reino, sin lo que consumen Vique, Olot y demás de Cataluña (...) Estas fábricas van cada día en aumento» (*Diario de los viajes*, p. 57).

¹⁹ Siempre según el mismo testigo, los pelaires de Centelles «hacen trabajar a su cuenta 50 telares en Sant Feliu de Codinas (...) A más hacen hilar de su cuenta todas las mujeres de Seva, Tona, Ayguafreda, Auló, Monistrol de Calders, Estany, Figueró, etc., y casi todas las casas de los labradores vecinos de hora y media alrededor» (*Diario de los viajes*, p. 57). Por supuesto que la casi totalidad del trabajo ocupado lo era a tiempo parcial: el propio ZAMORA, refiriéndose a la Plana de Vic, señala que «los empleados en fábricas de pelaires (...), además de esto, todavía se emplean en la agricultura, y en cualquier tiempo del año que haya buena sazón, todos salen al campo; y al invierno y en días de lluvias trabajan en sus casas» (*ibid.*, p. 63).

²⁰ Según la respuesta de Moià al cuestionario remitido por Zamora, «los más de nuestros fabricantes comercian por sí en los géneros, y comúnmente va cada uno por las lanas donde mejor se le proporcionan (...) y las traen a mayor conveniencia para su consumo (...) cada uno de donde las halla más baratas, qual de Urgel, qual de la Conca de Tremp, unos de las Montañas, otros de las carnicerías de Manresa, Mataró, y comúnmente de Aragón y Castilla, en retorno de los transportes de ropas» (manuscrito de la Biblioteca del Palacio Real, Madrid, vol. 2468, «Respuestas del partido de Igualada, Villafranca del Penedés, ciudad y término de Cervera, Obispado de Solsona, de Manresa, etc.»).

²¹ Véase, más arriba, la nota 18; confirma esta apreciación el cotejo de las informaciones de los años sesenta con la encuesta ordenada por el obispo Artalejo, y cuyos datos publica E. JUNYENT, «La comarca de Vich en 1782», *Ausa*, núm. 23 (1958), pp. 50-8.

ta, la intensidad de la dedicación textil en torno a alguno de estos centros había alcanzado el grado preciso para determinar decisivamente las condiciones de vida de la población trabajadora: a su paso por la Plana de Vic anotaba Zamora, en 1787, que «yendo corrientes las fábricas de pelaires, todos viven acomodados. Pero si no andan bien las fábricas, especialmente las de pelaires, todo son trabajos»²².

3. La tercera categoría comprende los centros laneros de algunas comarcas donde la industria se había especializado en la producción de paños de calidad media y superior. Hay dos zonas bien diferenciadas. La prepirenaica, en torno a un centro muy pujante, Olot, una de las principales poblaciones de Cataluña a fines del siglo XVIII, cuya actividad artesana estaba muy diversificada y que, en lo tocante a la textil, destacaba más por una masiva y apreciada producción de gorros de lana (las *barretines*) y de medias que por la de paños²³. De otro lado, la prelitoral, centrada sobre todo en el Vallés (Terrassa), los alrededores del Montserrat (Olesa, Esparreguera) y el Anoia (Igualada). Barcelona tenía escasa importancia como centro productor, aunque, sin duda, capitales barceloneses tenían mucho que ver con la expansión reciente de estos centros. Se trataba de una producción orientada hacia el mercado colonial y, sobre todo, hacia consumidores españoles relativamente acomodados; consumían lanas finas y entrefinas, de Aragón, Castilla y Extremadura. La singularidad mayor de estos centros laneros residía en sus formas de organización empresarial, por el grado de concentración de la producción en algunos fabricantes y por las expresas franquicias reales que los diferenciaban de los pequeños productores independientes asociados en las cofradías textiles tradicionales. No sólo hacían trabajar para ellos a pelaires menos afortunados, pasándoles encargos y contratando, en cierto modo, su capacidad empresarial (un grado de diferenciación entre productores que ya se daba en la zona arriba considerada). Algunos de ellos, además, poseían un número respetable de telares y aspiraban a concentrar en una misma empresa —¿tal vez en un mismo local?— las diferentes etapas del proceso de producción²⁴, enfrentándose en

²² F. DE ZAMORA, *Diario de los viajes*, p. 63.

²³ Esta comarca presenta características especiales (entre ellas, la proximidad a Francia y la intensidad del contrabando, que hace sospechosas ciertas informaciones sobre su auge industrial). Exigiría un tratamiento particular, para el cual se remite al lector a Ernest LLUCH, «La revolución industrial a la Garrotxa (1777-1822)», en *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins*, vol. XXV-II (Homenatge a Lluís Batlle i Prats), 1981, pp. 193-230. Testimonio elocuente de la transformación de Olot es el hecho de que en 1800 se solicitase el destino a otros fines de las rentas asignadas al hospicio que se creó en 1776, pues «con la corriente de las fábricas arrebataando tanta gente, apenas queda uno para el hospicio» (documento citado por Esteban PALUZIE Y CANTALUZELLA, *Olot. Su comarca, sus extinguidos volcanes, su historia civil, religiosa y local*, Barcelona, 1860, p. 101).

²⁴ A título de ejemplo, he aquí lo que sobre una de las principales de estas empresas, la de Francisco y Pablo Busquets y Mariano Soler, de Terrassa, decían en septiembre de 1767 los comisionados por la Junta de Comercio para informar sobre la prórroga de

particular a las cofradías de tejedores, empeñadas en defender la independencia del maestro tejedor como empresario, siquiera fuese sólo en comisión.

Dada la mayor diversificación de las actividades productivas en las comarcas próximas a la capital, es probable que la importancia de esta industria en la determinación del ambiente económico fuese en ellas relativamente menor que en alguna de las examinadas antes. De todos modos, en la segunda mitad del siglo XVIII su auge impetuoso y localizado debió de tener, en algunos casos, efectos económicos y demográficos muy patentes. Sobre todo, algunos de estos centros fueron los que mejor aprovecharon las oportunidades de crecimiento inherentes al régimen de libertad de fabricación (desde 1789) y, también, los que exhibieron mayor capacidad de adaptación a actividades nuevas ²⁵.

Observaciones finales

Hay, por lo menos, una diferencia clara entre el proceso que acabo de bosquejar y aquéllos cuyo estudio ha dado pie a proponer el «modelo de la protoindustrialización». En el caso de la industria lanera de Cataluña, los es-

las franquicias de que gozaba desde 1745: en el momento de la visita encontraron «existentes 170 piezas de paños de primera y segunda suertes todos finos de 26nos. arriba, y 13 piezas de bayetas finas», y constataron en el libro del manifiesto de *bolla* que desde comienzos de año se habían fabricado «287 piezas de paños, y 29 de bayetas (...) que muchas de ellas las habían remitido a su factor de Madrid». La empresa tenía 19 telares corrientes, una «rueda a la inglesa» para purificar y ablandar la lana, tres tornos para retorcerla, siete tablas para tundir, estricadores propios, prensa, oficina para tintes con dos calderas y dos cubas para el color azul, y a una legua y media de la villa un batán con cuatro cajas y oficina para fabricar el jabón. En la empresa encontraban empleo 136 hombres y 297 mujeres, «incluidas las que entretiene en el Pueblo y lugares vecinos para hilar la lana» (Instituto Municipal de Historia, Barcelona, fondo de la Junta de Comercio, vol. 77, fol. 32).

²⁵ Tal es el caso de Sabadell, de donde se decía en 1800 que «las fábricas de lana (...) desde algunos años atrás se han perfeccionado ó valiéndose de máquinas, ó de la libertad de no sujetarse a las medidas de su ordenanza gremial en los telares, y esto ha producido ganancias considerables (...). Como la actual guerra tiene obstruido el comercio marítimo, el mayor fomento de dichas fábricas por su transporte a las Américas, nuestros industriales, sin abandonar las fábricas de lana, se han aplicado a las de tejidos de algodón que cardan e hilan con muchas máquinas de todas especies más o menos simplificadas y manejables por una niña, ó por una bestia. Estos tejidos en blanco se transportan a Barcelona donde se pintan de indianas que son de mayor consumo en nuestra península. Así Sabadell en estos tejidos da ocupación a cerca de 800 personas de todas edades y sexos, que acaso tendrían que permanecer en la ociosidad y mendiguez» (A. BOSCH I CARDELLACH, *Idea del partido del Vallés donde está situada la villa de Sabadell que es la patria del Dr. Antonio Bosch*, Sabadell, Fundació Bosch i Cardellach, *Quaderns d'Arxiu*, XV, 1968, pp. 10-11). Sobre el rápido desarrollo de la industria de tejidos de algodón en blanco en Igualada, y su intromisión en las redes de trabajo domiciliario establecidas por los pañeros, véanse las informaciones de Josep M. TORRAS I RIBE, «Trajectòria d'un procés d'industrialització frustrat», *Miscellanea Aqualatensis*/2, Igualada, CECI, 1974, especialmente pp. 177-179.

tímulos que impulsaron las modificaciones en su implantación territorial, su densidad y su organización no procedieron *directa ni principalmente* de mercados exteriores. Estos fueron significativos para la agricultura, sobre todo²⁶, y facilitaron la especialización y la intensificación de los cultivos que permitirían sortear los clásicos escollos malthusianos y dar continuidad a una expansión aguijoneada por el crecimiento de la población. Pero hay que tener presente que la agricultura era sólo una parte de la economía rural, y que uno de los componentes del cambio agrario en la Cataluña del siglo XVIII fue también esta transformación de la industria lanera: su concentración en ciertas áreas *rurales*, el incremento de su importancia relativa en ellas, en algunos casos sus cambios en la organización (también, claro está, ocurrieron procesos similares en otras actividades industriales integradas en la economía rural). En este sentido, y al igual que la especialización vitícola de algunas comarcas, la mayor dedicación industrial de otras formaba también parte de las respuestas que la economía rural catalana dio a su inserción en un circuito de intercambios de intensidad y amplitud sin precedentes.

No va a discutirse aquí la pertinencia del término «protoindustrialización» para definir el proceso descrito, examinando si reúne los requisitos considerados típicos. Su empleo como instrumento clasificatorio no es lo que interesa de la literatura sobre la «protoindustrialización», sino las pautas que a través de ella puedan establecerse para integrar a las industrias rurales tradicionales en el estudio del proceso que condujo a la industria fabril. Y, en este sentido, tal vez ayude a mejorar la comprensión del «arranque» de la economía catalana en el Setecientos, pues permite formular preguntas nuevas sobre el mismo y facilita comparaciones significativas.

Con razón se han señalado los riesgos de establecer una relación muy inmediata entre el comercio colonial y los orígenes de la industria moderna en Cataluña, que deben verse en un contexto más general y determinado, sobre todo, por el cambio agrario²⁷. La consideración, dentro del proceso de cambio agrario, de las industrias rurales y la diversidad de sus trayectorias permitiría, sin duda, imaginar más precisamente las condiciones de gestación de la industria fabril —a la que aquéllas podían servir como puntos de anclaje en

²⁶ Una aportación decisiva al conocimiento del comercio colonial catalán en el último cuarto del siglo XVIII la constituye la tesis, todavía inédita, de J. M. Delgado. El predominio de las exportaciones agrícolas es claro. Por ejemplo, y adelantando algunos datos de este importante trabajo, en los años 1785 y 1786 las exportaciones catalanas a América por Barcelona, Málaga y Cádiz constaban, en un 50 por 100 de su valor, de productos agrarios (incluido el aguardiente); los productos de la industria lanera y sedera sólo representaban un 10 por 100 (DELGADO, *Catalunya y el sistema de libre comercio*, vol. I, p. 183).

²⁷ Recuérdese J. FONTANA LÁZARO, «Comercio colonial e industrialización: una reflexión sobre los orígenes de la industria moderna en Cataluña», en Jordi NADAL y Gabriel TORTELLA (eds.), *Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea*, Esplugues de Llobregat (Barcelona), Ariel, 1974, pp. 358-65.

el seno de la economía rural—. La coincidencia espacial entre la industria rural tradicional y la moderna fabril, tantas veces destacada, sólo en parte responde a ventajas de localización perceptibles por ambas. Según el planteamiento de Mendels, la razón de fondo de tales coincidencias —a escala regional, por supuesto, y no estrictamente local— hay que buscarla en el hecho de que la dinámica de la especialización interregional llevó a que se condensaran en las áreas «protoindustriales» el capital, la competencia empresarial y la capacitación técnica que iba a precisar el ulterior desarrollo de la industrialización fabril. Además, el auge en las otras de una agricultura comercializada permitiría sustentar luego la urbanización asociada con el desarrollo de la industria moderna.

En el caso que se ha presentado aquí, el proceso siguió una pauta bastante distinta, y un énfasis exclusivo en las transformaciones ocurridas en la industria rural ocultaría otros factores y otros aspectos del cambio experimentado por la economía catalana. En la Cataluña del siglo XVIII, el auge de una agricultura comercializada no constituyó una respuesta a las necesidades del desarrollo «protoindustrial» ni se adaptaba a ellas; la relación era más bien la inversa. Y, sobre todo, por lo que se refiere a la aportación de capital y de capacitación empresarial y técnica, no está nada claro que sólo la «protoindustria» pudiese suministrarlos, y, en cualquier caso, la movilidad de estos factores era grande. No deja de ser significativo que fueran focos principales de la más precoz y típica de las industrias modernas, la algodonera, dos ciudades como Barcelona y Reus, ajenas ciertamente a la «protoindustria», pero polarizadoras de la transformación global de la economía catalana en el Setecientos. A mi modo de ver, la contribución más significativa de la industria rural catalana a la ulterior industrialización fabril fue de otra índole y tuvo una doble faceta. Por un lado, al propiciar un más efectivo empleo del potencial de trabajo de la región elevó el nivel de renta y dio mayor cohesión y profundidad al mercado interior. Por otro lado, acondicionó favorablemente el mercado de trabajo al permitir la multiplicación en algunas comarcas de explotaciones campesinas inviables como empresas estrictamente agropecuarias y acostumbra- das a ofrecer trabajo al exterior sin, por ello, descomponerse. Tales explotaciones constituirían una estable y asequible reserva de trabajo para la nueva industria, cuya aparición y arraigo fueron lentos, laboriosos y conocieron altibajos. La movilización de este tipo de trabajo no tenía costes altos ni crecientes y, sobre todo, no planteaba inmediatamente la necesidad de transformaciones estructurales arriesgadas ²⁸. En esa dirección habría que buscar la principal

²⁸ Aunque referida a un período posterior, encaja con este enfoque la demostración de la estratégica importancia que tuvo el trabajo domiciliario en las condiciones en que se desenvolvía la industria algodonera moderna, en Jordi MALUQUER DE MOTES, «La estructura del sector algodonero en Cataluña durante la primera etapa de la industrialización (1832-1861)», en *Hacienda Pública Española*, núm. 38, 1976, especialmente pp. 139-146.

contribución de la industria tradicional al cambio global experimentado por la economía catalana en la segunda mitad del siglo XVIII. Cambio que, desde luego, no puede entenderse únicamente a partir del estudio de la actividad industrial.

APENDICE

Poblaciones con fabricación de tejidos de lana en cada una de las áreas del cuadro y del mapa

<i>Barcelona</i> (I)	Barcelona.
<i>Terrassa</i> (II)	Terrassa, Sabadell, Esparreguera, Olesa de Montserrat, Monistrol de Montserrat.
<i>Igualada</i> (III)	Igualada, Capellades, Carme, St. Quintí de Mediona, el Pont d'Armentera, Tous, St. Pere de Riudebitlles, Piera, la Pobla de Claramunt, Prats del Rei, St. Martí Sesgueioles, Vilafranca del Penedès.
<i>Olot</i> (IV)	Olot, Camprodon, Vilallonga de Ter, Llanars, St. Feliu de Pallerols, St. Esteve d'en Bas, Montagut, Tortellà, Lladó, St. Llorenç de la Muga, Maçanet de Cabrenys, Banyoles, Crespià.
<i>Cataluña intermedia</i> (V,	a) Castellterçol, Moià, Centelles, St. Feliu de Codines, Oló, L'Estany, Manresa, Cardona, Sallent, Artés, Navarcles, Santpedor, Balsareny, Caldes de Montbui. b) St. Joan de les Abadesses, Ripoll, Vallfogona de Ripollès, St. Quirze de Besora, Montesquiu, St. Feliu de Torelló, St. Pere de Torelló, Manlleu, Roda de Ter, Sta. Maria de Corcó, Rupit, St. Hipòlit de Voltregà, St. Boi de Lluçanès, Alpens, Perafita, Oristà, Olost, Prats de Lluçanès, St. Feliu Sasserra, Vic, St. Julià de Vilatorrada, Taradell, Sta. Eulària de Riuprimer, Tona, Viladrau, St. Hilari Sacalm, Arbúcies, Amer, Sta. Coloma de Farners, Palautordera, St. Pere de Vilamajor, St. Celoni, Granollers, Palamós, Palafrugell.
<i>Montaña</i> (VI)	Berga, Borredà, Casserres, Gironella, Gòsol, Bagà, la Pobla de Lillet, St. Llorenç de Morunys, Solsona, Puigcerdà, Ribes de Fresser, Queralbs, Planols, la Seu d'Urgell, Bellver, la Pobla de Segur, Conques, Sort, Rialb, Tírvia, Esterri d'Aneu.
<i>Tarragona</i> (VII)	Reus, Alcover, Valls, Bràfim.

Gaspar FELIU. Para romper el fuego, más que por otra cosa, yo diría que el modelo de la «Protoindustrialización» no es un modelo demasiado válido, por el hecho de estar basado en un ejemplo principal, el de Flandes, al que luego se le han añadido otros ejemplos complementarios, como lo que sucede con el caso del feudalismo con Kula.

La «Protoindustrialización» quizá se definiera mejor como una economía protoindustrial. Creo que el concepto estaría más claro, explicaría mejor los casos en los que de la «Protoindustrialización» se pasa a una desindustrialización o a una no industrialización, para hablar quizá con más propiedad, poniendo paralelamente el concepto de «Protoindustrialización» con el concepto de «modernización». En este caso deberíamos hablar que existe protoindustrialización cuando hay receptividad a las innovaciones. Y, hablando de un ejemplo que puedo conocer un poco mejor, habría protoindustrialización en la situación catalana de finales del siglo XVII, cuando existe casi un verdadero espionaje industrial para atraer maquinaria más moderna, o que se cree más moderna, que se utiliza en otros países.

Por tanto, creo que el concepto debería ligarse al concepto de especialización. Especialización en un régimen mixto, evidentemente agrícola e industrial, pero con una tendencia cada vez mayor, en los casos en que esta protoindustrialización vaya a arraigar, a irse especializando en algunos de los aspectos. O sea, la tendencia, que se observa en la comunicación de Torras, a que algunos de esos artesanos propietarios agrícolas vayan especializándose en algunos aspectos industriales y vayan surgiendo en la población los especialistas, que prácticamente ya no van a trabajar en el campo y que, a la larga, ya no irán en absoluto. Y también al lado de esto, naturalmente, una especialización agrícola que, por un lado, podría ser ese factor inhibitor de la viticultura, pero que, en otros casos, es un factor de especialización de producción para el mercado, como puede ser el de determinadas áreas cerealísticas.

Jaime TORRAS. Por mi parte, en la línea de lo que Feliu ha dicho, en relación con el mismo grupo de cuestiones, me parece que lo que conviene evitar al hablar de «Protoindustrialización» es deslizarse de la concepción de la protoindustrialización entendida como un proceso que tiene unas características determinadas, a entender la protoindustrialización como una categoría que sirve para clasificar a las distintas zonas económicas de un país, o entenderla en el sentido de los estadios por los que atraviesa una economía antes de la revolución industrial con carácter necesario, o sea, como fase previa necesaria.

Pienso que lo interesante de la aportación de Mendels y otros es que ha sido una forma inteligente de aplicar al material historiográfico, presente en gran parte de Europa occidental, unas herramientas conceptuales surgidas, sobre todo, entre los economistas que se han ocupado del crecimiento (de las teorías del crecimiento, sobre todo clásicas), y que han sistematizado bastante este tipo de proceso y tratan de aplicarlo a una situación, en su caso Flandes, ciertamente muy específica y que es difícil encontrarla en otros sitios.

Ha habido muy pocos casos, aparte del estudiado por Mendels, que se presten a ello; pero creo que lo interesante de la aportación de Mendels, más que la categoría, los rasgos que define y el tipo de contribución específica que él imagina de esta situación (lo que se produce cuando el capital penetra profundamente en la industria rural, la intensificada), más que estas cosas, lo interesante es que ha contribuido, creo yo, a normalizar o estandarizar los términos en que se estudia, se debate y, por lo tanto, en que se puedan comparar estas situaciones tan generales en la Europa de los siglos XVI, XVII y XVIII. O sea, que lo interesante es considerarlo como proceso de relación con la revolución industrial y, en cambio, prescindir de discusiones acerca de su validez como categoría aplicable para definir estados o situaciones que, entonces, me parece que tienen un alcance muy corto.

Agustín GONZÁLEZ ENCISO. Respecto a esto que estamos hablando, de la intervención de Feliu me he fijado en dos cosas en concreto; una de ellas es la de por qué no se habla de protoindustrialización urbana. Efectivamente, el concepto se está criticando cada vez más, se está ampliando en todos los sentidos, y si uno se lee con detalle la propuesta para el Congreso de Budapest de P. Deyon y de Mendels, uno de los apartados en que se habla de uno de los posibles temas de estudio, es éste precisamente de ampliar el campo de estudio de la protoindustrialización a áreas urbanas.

Otra cuestión es la de las innovaciones, que también tocaba Feliu, que decía que en Cataluña había innovaciones y que ello puede definir de alguna manera una situación protoindustrial. No dudo que en Cataluña se puedan dar esas zonas, pues estoy de acuerdo con Torras en que quizá es la única re-

gión española en la que se pueda hablar de unas características que, en cierto modo, estén de acuerdo con el modelo general de protoindustrialización. Pero, por otra parte, quiero señalar que innovaciones así hay en muchos lugares durante el siglo XVII, también en Castilla, y en los comienzos del siglo XIX. En concreto, en Cameros hay una mecanización en los primeros años del siglo XIX y después hay una total desindustrialización. Una fase que yo ya no he llegado a estudiar; pero se da una concentración, aparecen fábricas, aparecen maquinarias, se aprovecha la energía hidráulica, y, sin embargo, de aquello, en pocos años, no queda nada. O sea, que, efectivamente, el hecho de ver una situación industrial dinámica desde el punto de vista de las innovaciones, las transformaciones, no nos explica sin más que haya protoindustrialización. Puede haber dinamismo, y ese dinamismo puede terminar por distintas razones, que creo yo que habría que explicarlas en cada caso.

También me interesa decir que la «Protoindustrialización» no se puede ver sencillamente como una primera fase hacia una posible industrialización, porque entonces tendríamos que excluir del concepto de protoindustrialización a un gran número de actividades industriales. Creo que hay actividades industriales muy desarrolladas en muchas partes de Europa que luego no se llegaron a industrializar. Cada uno puede hacer uso de su memoria y recurrir a ejemplos de este tipo. En España también se daba. Pero entonces lo que habría que definir es qué son esas actividades industriales: ¿eso es protoindustrialización, o es preindustria?; ¿es industria antes de la modernización, o qué es? Porque si eso no evoluciona hacia una industria moderna, no podemos decir que eso sea protoindustrial, en el sentido estricto que tiene el término: «Protoindustrialización», camino hacia, es decir, una primera industrialización; camino hacia una posterior modernización de la misma industrialización. Si no va a haber eso, ¿qué es lo que va a haber después? ¿Excluimos, pues, todas esas actividades del término? ¿Buscamos otro término? ¿O, sencillamente, bajamos a la realidad de describir una serie de actividades industriales y de ver, dentro de esa serie de actividades industriales, las posibilidades, la viabilidad de un camino hacia una industrialización moderna, y explicar entonces también las razones de por qué eso no se desarrolló? Eso, en el caso de que haya que explicarlo, porque, a lo mejor, en algunas ocasiones no tiene por qué explicarse.

Gabriel TORTELLA. Yo, que soy muy ignorante en esta materia, como en muchas otras, sin embargo, he disfrutado de la amistad de F. Mendels durante mucho tiempo y, además, fuimos compañeros en la Universidad; seguí un poco la elaboración de su tesis doctoral, y discutimos también a veces cómo salían sus regresiones. Después le he leído de una manera esporádica, así como las ponencias de aquí. A mí me parece que una de las conclusiones que salen

de esta sesión es que el concepto de protoindustrialización tiene una validez mucho menos general de lo que F. Mendels en principio creyó, cuando las regresiones le daban unos R^2 tan altos, en el caso de Flandes; porque, evidentemente, hubo un momento en que él pensó que el modelo de la protoindustrialización servía para predecir, es decir, que no era sólo condición necesaria, sino que llegaba a ser suficiente; que se podían predecir los casos de industrialización por los de protoindustrialización, o por lo menos que serviría para esto.

Me parece evidente que en Budapest las ponencias españolas, al menos, van a contribuir a decir que esto no es así, es decir, que hay muchos casos en que se apunta una protoindustrialización del tipo de la que Mendels describía en Flandes y que, sin embargo, no funcionan, no dan resultado; es decir, que no tiene una gran capacidad predictiva el modelo de Mendels. Por lo tanto, aunque a mí me parece que las consecuencias de todo esto son negativas, de aquí sale decir que el modelo de Mendels es mucho menos general de lo que se había pensado en un principio.

Jaume TORRAS. Yo, a este respecto, creo que tampoco hay que ser necesariamente muy negativo; pienso que el problema a explicar en España es ese papel del capital mercantil o capital comercial, que es el que, evidentemente, moviliza a ese trabajo utilizado hasta entonces de modo ineficiente (porque no es que fuese trabajo ocioso, sino utilizado de modo ineficiente en las explotaciones campesinas) hacia formas más eficientes de producción. Yo, en este sentido, me permitiría preguntar a González Enciso si puede dar más argumentos o más detalles sobre qué es lo que podría motivar estas preferencias a que él alude del capital comercial en Castilla por la manufactura concentrada: ¿es que esperaba encontrar un lucro mayor de lo que previsiblemente cabría esperar, o es por mimetismo?

Agustín GONZÁLEZ ENCISO. Antes de contestar a esta pregunta, me permito insistir en que pienso que no se trata de explicar por qué no se da el modelo de Mendels, o el modelo de la protoindustrialización, en España. Creo que lo que hay que hacer es explicar qué es lo que había en España y compararlo con otros modelos. Primero tenemos que saber qué es lo que ocurrió. Por supuesto, el marco metodológico de Mendels nos sirve, como cualquier otro marco metodológico, desde el punto de vista de las hipótesis de trabajo o desde cualquier otro enfoque en que se le quiera utilizar, y es necesario.

Y ahora te respondo, si es que se puede responder a esa pregunta. Ese es un hecho que yo he podido comprobar y que además se comprueba de manera sencilla a través del estudio de la emigración, en este caso tecnológica. Yo he podido ver que en ese afán de llegada de extranjeros a España, pro-

movido por el Estado, en un primer lugar hay una oleada de inmigrantes que son trabajadores, pero después, en torno a los años ochenta y noventa, se dan muchos ejemplos de inmigrantes empresarios, que tratan de establecer empresas. Eso me hizo pensar sobre el tema y pude comprobar que se dan otros casos, y si descendemos a ejemplos concretos tenemos el establecimiento por Montenegro de la fábrica de caray, o lo que hace Ortiz de Paz en Segovia o Pérez Iñigo en Santo Domingo de la Calzada, etc. Son los ejemplos que me vienen ahora a la cabeza y de los que posiblemente haya más.

Lo que se ve es una situación de que, efectivamente, alguien que tiene dinero está invirtiendo en empresas concentradas. Yo no he profundizado en ese tema, por eso la respuesta quizá no la pueda dar. A mí, en principio, me parece que hay un efecto de mimesis. Lo mismo que el Estado, a la hora de aplicar su política industrial, imita los logros de Colbert, de esa misma forma los particulares en el momento en que piensas que hay una coyuntura favorable empiezan a crear fábricas. ¿Es una mimesis de la postura estatal, o se trata de imitar lo que en esos momentos estaba surgiendo ya en Inglaterra? Quizá esto también sea una posibilidad, pues yo he estudiado otro caso: el de Estados Unidos. En Estados Unidos, en los años finales del siglo XVIII, también la industria lanera trata de convertirse en una industria fabril concentrada, a imitación y con unas características similares a las empresas estatales colbertistas que todo el mundo conoce, y las industrias fracasan rotundamente. Después se iniciará, a comienzos del XIX ya, la industrialización, también concentrada pero en el sector del algodón, y aquello empieza a prosperar.

Es curioso que en Estados Unidos y en España, dos ámbitos completamente distintos, se dé esta misma situación, por lo menos características muy similares. Eso me hace pensar que no se trataba solamente de imitar la empresa colbertista, sino, quizá, los logros que ya estaban empezando a aparecer en Inglaterra. Pero ya digo que sigo moviéndome en el campo de la hipótesis. Quizá pensaban en una mayor productividad, posiblemente quizá pensaban que organizaban el comercio o las redes comerciales que exigía el *putting-out-system*, el controlar a los artesanos del campo era difícil, y por eso no querían invertir en la industria dispersa; es otra posibilidad. Quizá no confiaban en la calidad técnica de los empresarios, de los operarios rurales y trataban de buscar una concentración para controlar mejor la producción y para poder enseñar a los operarios a través de maestros ya enseñados; es otra posibilidad. Todos sabemos que, además, todas estas empresas fracasaron; por lo tanto, llama bastante la atención que insistiera en esta política.

Leandro PRADOS. Yo quería plantear un tema de debate para que vosotros, los ponentes, elaboréis un poco sobre él, cual es la cuestión de hasta

qué punto el fracaso de la protoindustrialización en España no está determinado por la debilidad de la demanda, condicionada, por otra parte, por una economía agraria bastante atrasada, en comparación con otros países europeos. Este es un tema ampliamente conocido, pero que no se ha planteado en la discusión de hoy; pienso que sería un punto interesante para el debate. Otra cuestión que yo plantearía está en relación con los artículos de Resnick sobre el sureste asiático, que muestran el efecto sobre las industrias rurales, en las épocas de auge exportador. Resnick sostiene que la expansión de las exportaciones de una materia prima, a través del incremento de la capacidad adquisitiva, puede tener como consecuencia un hundimiento de las industrias tradicionales, al facilitar la importación de artículos extranjeros.

Mi pregunta concreta, que es sobre todo para Agustín González Enciso, es la siguiente: ¿Hasta qué punto las importaciones de textiles inglesas, que eran normalmente de una calidad media baja, pudieron ser un elemento más en esa explicación de que la protoindustrialización en España fracasase?

Agustín GONZÁLEZ ENCISO. Efectivamente, el comercio de importación de géneros ingleses creo que fue dañino para la industrialización española. Lo que ocurre es que yo no me atrevo a contestar a tu pregunta hasta que no haya una cuantificación del tema, porque es una cosa que se repite, como otras tantas, y hay muchos mitos en la historia de España, y en concreto en la historia económica. Habría que cuantificar toda la producción española, lo cual es muy difícil; en cualquier caso muy lento, y habría que ver cuánto género en concreto se exportaba, no en valor, como algunas estadísticas dan, sino en cantidades de lana, y comparar eso con la posible demanda.

Por otra parte, incluso en momentos de decadencia, hay centros industriales que siguen exportando; el Soto de Cameros tenía comerciantes destacados en Galicia, habría comerciantes incluso en América; exportaba parte de ese género. O sea, que incluso en momentos de decadencia, el comercio, incluso el comercio exterior, no solamente el comercio interior del país, tiene una cierta pujanza. La decadencia va a venir cuando se produzca un descenso de las ventas, pero ¿hasta qué punto este descenso de las ventas se puede hacer coincidir con una mejor importación de géneros textiles? Se supone que es así, que se puede hacer coincidir, pero tampoco hay datos claros. Hasta que no sepamos, desde un punto de vista cuantitativo, cuánto género venía y qué tipo de competencia hacían esos géneros a la industria española, no podemos afirmarlo; no podemos afirmar cuál era en detalle el efecto.

Por otra parte, respecto a este tema, yo quería hacer hincapié en el hecho de que los comerciantes españoles tenían interés en vender género extranjero, incluso aunque fuera de mala calidad y a mejores precios, porque las técnicas de acabado permitían hacer unos géneros con mejor apariencia, aunque

fuera de menor calidad. Si los comerciantes españoles estaban dispuestos a vender el género extranjero, porque a lo mejor sacaban más beneficio gracias a esa ventaja técnica, es de suponer que estos comerciantes estarían lógicamente interesados en importar ese género, y que eso dañaría seriamente a la industria española. Pero ya digo que ésta es una cuestión en la que no está hecha una cuantificación.

Jaume TORRAS. Sobre el primer aspecto que ha planteado Prados, yo querría decir que, efectivamente, este aspecto de la demanda es esencial, como creo que en parte he subrayado en mi ponencia. No es solamente la debilidad de la demanda lo que impide que la industria rural dispersa inicie este proceso de protoindustrialización. En cuanto se dan condiciones que permiten romper con la fragmentación del mercado y a la vez elevar la renta, entonces es cuando se empiezan a crear las premisas para esta transformación de la industria rural dispersa tradicional. En cuanto empieza a romperse la fragmentación y la circulación de mercancías se intensifica en un ámbito más amplio, se hacen más extensibles las ventajas de los productos fabricados por determinados productores más eficientes que otros; esto pone en marcha un proceso de concentración, que es ese proceso de especialización regional, sobre cuyo estudio Mendels basó la primera formulación del modelo de la «Protoindustrialización».

En este sentido creo que el caso de Cataluña en el siglo XVIII es ejemplar al respecto. Es el territorio español donde de forma más clara se rompe con estas características de debilidad y extremada fragmentación de la demanda, y, en relación con ello, la industria textil tradicional más extendida, la lanera, inicia ese proceso, no de transformación técnica, que empezará muy tardíamente en el caso de la industria lanera, sino de simple concentración de las formas más tradicionales de producción e incluso de organización empresarial.

Xan CARMONA BADÍA. No sólo son las importaciones de textiles ingleses las que influyen sobre el retroceso de la industria doméstica en las distintas zonas de la Península, sino que, además, hay que introducir el contrabando. Esto, en Galicia, adquiere una importancia fundamental y se puede constatar el paralelo retroceso de las zonas en las que se produce domésticamente con las zonas próximas a la frontera portuguesa, por la que se efectuaba el contrabando. Las primeras zonas productoras tradicionales de lienzos que empiezan a desaparecer totalmente son aquellas próximas a la frontera portuguesa, ya que Portugal actuaba como un intermediario muy importante de contrabando.

Por otra parte, no se puede hablar, pienso yo, de protoindustrialización en España, porque precisamente el propio Mendels insiste mucho en la cues-

tión de que la protoindustrialización es un fenómeno estrictamente regional, en un artículo del último número de *Revue du Nord*. Esto en el caso de España es de lo más obvio: la posible protoindustrialización, o sistema de industria doméstica, o como le queramos llamar, catalana, no tiene nada que ver en absoluto con la de Cameros, o con la gallega, ni por el tipo de material que transforma, ni por las formas organizativas. Quizá el único punto donde se podrían encontrar similitudes sería en el comportamiento de grupos intermedios, tratantes, etc., pero también en él probablemente se encontrarán más fácilmente las disimilitudes.

También quería hacer un comentario a la intervención de Tortella cuando dijo lo que tiene quizá esto de interesante y las aportaciones que se hagan al congreso de Budapest por parte de los españoles; es decir, que el modelo de la «Protoindustrialización», tal como lo elaboró Mendels, tiene una vigencia limitada a unas ciertas zonas. Esto a mí me parece importante, porque hasta ahora, y por lo menos en la bibliografía internacional que yo conozco, se tomaba con mucha alegría esta cuestión y todo el mundo hablaba de la protoindustrialización en Irlanda, la protoindustrialización en Silesia, la protoindustrialización en donde sea, y, sin embargo, utilizaban un concepto muy distinto del de Mendels. Por ejemplo, un artículo reciente sobre Irlanda, aparecido en el *Journal of Economic History* de H. Kisch, utiliza un concepto de protoindustrialización absolutamente diferente; entonces no sabemos a qué atenernos. Si no se define un poco bien el concepto de protoindustrialización, no avanzamos demasiado. Da la sensación de que se puede aplicar aquí eso que llamaba Foucault el «beneficio del locutor», es decir, cuando conseguimos colocar un nombre a una realidad, pues ya está, estamos salvados. La realidad es realmente de mucho más difícil análisis, sobre todo una realidad como ésta, que tiene hasta ahora muy poca tradición historiográfica.

Por otra parte, un comentario a la intervención de Agustín González Enciso en respuesta a Torras. Aparte de esa posible preferencia del capital comercial de Cameros por la inversión en industrias concentradas, también hay otra cuestión, que es la de la propia Galicia. Hago constar algo de esto en mi comunicación. Parte de ese capital comercial, acumulado o en relación con la industria doméstica camerana, va a Galicia. Precisamente en ese grupo muy concentrado de mayoristas importadores de lino en la Galicia del último tercio del siglo XVIII son cameranos casi todos, y es gente que luego se asientan allí, y poco a poco se van asimilando a la nobleza, a las clases rentistas. Pero lo mismo que era Galicia, tengo referencias de que van también a otras zonas, como, por ejemplo, Madrid. Es decir, que hay toda una red comercial, quizá relacionada con la decadencia de las exportaciones de lana, en las que no sé si ellos tendrían algo que ver también. Parece que hay un cierto proceso de emigración del capital de la zona de Cameros, pro-

cedente probablemente de este tráfico, hacia otras zonas, como Madrid o Galicia, pero no sé si habrá más.

Carlos MARTÍNEZ SHAW. Quiero empezar refiriéndome a algunos aspectos de la ponencia de José Morilla. En la alusión que hace a la diferencia entre los destinos industriales de la Andalucía occidental y de la Andalucía oriental, creo que hay algunas precisiones que hacer.

Por ejemplo, en la alusión basada en la aportación al Congreso de Historia de Andalucía, de Ortiz de la Tabla, se habla del diferente interés que tenían Málaga y Cádiz en el comercio, puesto que Málaga exportaba productos nacionales y Cádiz, por el contrario, exportaba productos extranjeros. Después de las últimas aportaciones de Josep María Delgado en su Tesis Doctoral, y también en su Comunicación al Congreso de Historia de Andalucía del 76, ya veía que Málaga en realidad no exportaba productos de su *hinterland*, sino que Málaga lo que hace es servir de etapa al comercio catalán y que la mayor parte de los productos que se colocan con el marchamo de producto nacional en realidad son productos catalanes.

Por otra parte, al hablar de la no industrialización de la Baja Andalucía, hay que señalar también que la tesis de García Baquero no hace referencia en realidad a una «historia de las mentalidades». También en los últimos escritos, Antonio García Baquero, tratando de buscar explicaciones a la diferencia de comportamiento entre esta Andalucía y la otra, o también Cataluña, ha llegado a concluir en la importancia de la tradición artesanal previa como uno de los elementos de comportamiento desigual de cara a la industrialización.

De todas formas, tampoco esta idea me parece muy operativa. José Morilla aduce en su comunicación el dato ya conocido de la alta aportación del sector industrial andaluz a la Renta Nacional, según el Catastro de Ensenada. Pero también en el caso de Sevilla nos encontramos con estudios publicados en *Estudios de Historia Social* por Bernal, Collantes y García Baquero, en el cual se ve también la existencia de una tradición artesanal muy importante en Sevilla, que en absoluto generó un proceso de industrialización en la zona.

En definitiva, yo pienso que las variables que hay que introducir para explicar por qué se produjo o por qué no se produjo un proceso de industrialización son muchas, y que hay que establecer siempre una coherencia global del sistema; hay que referirse a la lógica interna del sistema, a las posibilidades reales de inversión, que en un momento dado tenían los empresarios para lanzarse a la vía de la industrialización o no, y solamente este proceso global general podría explicar cómo poseyendo capitales en abundancia dos regiones se comportan de una forma tan diferente. ¿Por qué la crisis de finales de siglo posibilitó en Cataluña una readaptación de la industria y en

Andalucía sólo sirvió para que los comerciantes andaluces no supieran adónde enviar sus capitales y aceptasen sin ninguna resistencia los préstamos que la Corona les fue pidiendo, como ha demostrado Santiago Tinoco?

Una línea dentro de este intento de explicación global podría ir por el del mercado interior. Jaume Torras ha hecho una referencia, a mi juicio muy acertada, sobre el papel del mercado interior a la hora de comprender las razones de una industrialización. Efectivamente, la demanda interior, la articulación de un mercado, me parece importante y actualmente creo que para Cataluña hay ya ese clima previo a lanzarse a una investigación sobre el mercado interior catalán, que me parece fundamental. Y creo que también es fundamental su investigación para todas las restantes áreas geográficas de nuestro país. ¿Por qué el algodón que tenía una demanda exterior importante resistió? ¿Por qué, sin embargo, la industria lanera terminó decayendo y hundiéndose en la primera mitad del siglo XIX en cuanto a industria dispersa?, es una cuestión que resulta importante y resulta lógico analizar a la luz de esta problemática.

Por último, quería decir que en este terreno el concepto de «Protoindustrialización» tiene sus ventajas y sus peligros. Tiene la ventaja, a mi juicio, de introducir elementos nuevos de análisis para explicar el problema del porqué y el porqué no de los procesos industrializadores. Tiene, quizá, el riesgo de lanzarnos en una vía de diversión, en una vía que no sea la correcta a la hora de ir estudiando esta cuestión que sigue siendo capital.

José MORILLA. Hay algunas apreciaciones de Fernando Shaw que se refieren al concepto de «Protoindustrialización» globalmente, con las que estoy de acuerdo, e igualmente estoy de acuerdo con que haya de analizarse el problema de la industrialización en relación a la lógica del sistema. Más o menos esto es lo que yo vengo a concluir en mi comunicación. Es decir, hay que analizar las posibilidades reales de inversión de acuerdo a esa lógica y también a la situación coyuntural. Ha hecho alusión a la existencia de grandes capitales y, efectivamente, dada esa situación, vistas las posibilidades reales de la economía andaluza en esos momentos, hay que ver qué actitud parecía la más lógica desde el punto de vista empresarial y qué, además, posibilitaba un crecimiento mayor de la renta, no solamente individual sino también de la renta global.

En relación al tema de la protoindustrialización, o los brotes de industrialización anteriores a la modernización industrial en la Baja Andalucía, hay que tener en cuenta que no todas las situaciones que veamos de protoindustrialización han dado lugar a la industrialización. En este aspecto es por lo que yo sostengo que hay que empezar a analizar dos zonas bastante diferentes, como dos economías comerciales que actúan de manera distinta: el caso

de la Baja Andalucía y el caso del puerto de Málaga, que precisamente llevaron luego un proceso distinto también durante un determinado tiempo.

Con respecto a la discusión actual dentro de la propia Baja Andalucía, concretamente en relación a las aportaciones de García Baquero, lo que ocurre, y lo apunto en la comunicación, es que García Baquero señala dos posibilidades para la explicación de la actitud de la burguesía; pero precisamente, luego, en la comunicación que hizo al Congreso de Historia de Andalucía, realmente analiza en profundidad uno de ellos exclusivamente, una hipótesis de trabajo, pero no precisamente la de la cuyuntura. La acepta, la indica, pero luego no entra en su análisis.

No se puede afirmar tajantemente que Málaga realizaba exclusivamente un comercio de tránsito. Yo, además, hablo de proporciones; pues, efectivamente, aunque Málaga en los momentos altos de Cádiz tenía comercialmente menos importancia en términos absolutos, los productos del *hinterland* en el puerto de Málaga tenían porcentualmente una mayor importancia que en el gaditano. De todas maneras, es un estudio que hay que realizar estadísticamente en profundidad.

Gonzalo ANES. Mi intervención consiste en hacer unas observaciones al escrito presentado por Carmona Badía. Estas se refieren a los vocablos que utiliza y a las imprecisiones de algunas frases como «un cierto nivel de acumulación de capital», «un cierto capital», «las condiciones de extracción del excedente». Estas son frases que quedan tan poco determinadas que yo pienso que sería preferible sustituirlas por otras más precisas.

En nuestra ciencia, como en las demás ciencias sociales, todo adjetivo que no sea la expresión literaria de un número es un juicio de valor, y creo que debiéramos cuidar de no proliferar tanto los adjetivos, sacrificarnos y reducir los espacios evitándolos.

Luego, también como cuestión de vocabulario, debemos de combatir esa tendencia, que yo creo que viene impuesta por la televisión y por la prensa diaria, de en vez de hablar de espacio hablar de geografía. Nos lleva esto a frases tan graciosas como «llueve en toda la geografía», cuando no se sustituye la geografía por el Estado: «Llueve en todo el Estado»; «tejidos catalanes comienzan a hacer una cierta presencia en el conjunto estatal», yo no sé lo que quiere decir esto. También sería interesante definir qué se entiende por burguesía comercial y qué se entiende por capital comercial.

Hay una imprecisión que es necesario enmendar en la página 16, que dice: «Finalmente el período de expansión fue relativamente corto, ya que a principios de la década de 1790 el comienzo de las guerras napoleónicas va a terminar con la favorable coyuntura exterior del sector.» Supongo que se

trata de la guerra de la Convención, que, por otra parte, no creo que influyera, pues debieron ser las guerras posteriores con Inglaterra las que tuvieron una influencia. Pero, desde luego, la expresión «comienzo de las guerras napoleónicas» aquí carece del menor justificante histórico.

Finalmente, una cuestión que me interesa conocer es a qué se debió ese incremento de las importaciones de lino de Riga y Petersburgo. Se habla de ellas y de lo que significaron como abaratamiento de la materia prima, pero en ningún momento se dice por qué tuvo lugar la intensificación de las importaciones.

Xan CARMONA BADÍA. En primer lugar, agradezco el interés del profesor Anes por leer con tanta calma mi comunicación. De muchas cosas de las que me acaba de decir no me queda más remedio que tomar nota. Efectivamente, esta cuestión que me señala de la página 16 es exactamente como la interpreta él y hay una imprecisión en la redacción. No recuerdo la fecha exactamente, creo que es en 1789, cuando se cortan radicalmente las importaciones de lino ruso, entre otras cosas, por la declaración de guerra, una guerra que hay en ese momento. Pero, efectivamente, tiene razón el profesor Anes.

Después, simplemente quisiera justificar algunas de estas, a juicio del profesor Anes, incorrecciones, porque es una ponencia hecha muy deprisa, que el original estaba hecho en gallego y eso se nota en algunas de las expresiones.

En relación a expresiones adjetivas como «ciertos niveles de acumulación», etcétera, quizá podría efectuar intentos de cuantificación, de hecho estoy trabajando en algunos de ellos, pero en un papel de veinte páginas como me ponga a hablar sobre las fuentes, de cómo intento cuantificar la acumulación, y algo más, deja de ser una comunicación.

Yo no veo nunca la televisión, o sea, que difícilmente puede ser por su influencia que tengo este tipo de deslices. Tipo de precisiones sobre qué es burguesía comercial, qué es burguesía gallega, serían complicadísimas. En relación a la referencia a conjunto estatal, quizá estaríamos discutiendo bastante, no sé si tiene mucho sentido; de todas maneras, yo no rechazaría la discusión aquí, o después entre nosotros.

Una cuestión más de alcance sobre la comunicación sería la del incremento de las importaciones de lino ruso, que probablemente mereciera algo más de texto al respecto. Las importaciones de lino ruso, de Riga fundamentalmente, empiezan a tener importancia a partir de 1776, y es una cuestión muy relacionada con el intento de Cester. Según el proyecto de Campomanes se crean varios almacenes que quieren recoger el lino recién importado y cursarlo a las casas-fábricas que se crearían en Oviedo, Ribadeo y en Santiago. A partir de aquí se descubre que esto es un filón bastante notable,

sobre todo en un momento en que la materia prima estaba empezando a escasear, porque en ese momento se está empezando a producir un proceso de sustitución de lino por otros cultivos, sobre todo en ciertas épocas de crisis, y porque, en cualquier caso, la propia estructura de la propiedad limitaba la producción interior de lino. En esta situación las importaciones suponían una posibilidad de romper este estrangulamiento, vía disponibilidades de materia prima.

Cuánto capital era necesario para que un comerciante pudiera importar lino de Riga, yo no puedo decirlo; tampoco pienso que exista un límite a partir del cual se podía hacer y por debajo de él no. Era necesario un cierto capital, y esto va a hacer que sea un grupo pequeño de comerciantes el que emprenda este tipo de relaciones y que oligopolicen las entradas de materia prima.

Felipe RUIZ MARTÍN. Voy a referirme a cuestiones generales sobre el concepto de «Protoindustrialización» y a la aplicación de este concepto al sector secundario en Castilla durante la época moderna. Pienso que el concepto de «Protoindustrialización», que si no recuerdo mal aparece a principios de los setenta, en cierto modo se puede insertar con una cuestión todavía vigente en aquellos años, que era la del desarrollo. La contribución de Mendels, interesante por otros conceptos, la considero, en cierto modo, como un paso atrás. Late en los conceptos de Mendels que, después de la revolución industrial, el sector fundamental es el de la industria, lo cual es indiscutible, y discurre en el trazado de su concepto cómo del propio sector se puede evolucionar autónomamente hacia una modernización. Esto es lo que me parece ya muy discutible, porque el sector secundario hasta la revolución industrial depende, ciertamente, de otros sectores.

Las manufacturas, y ahora ya concreto en Castilla, tienen durante la época moderna, e incluso en la Edad Media, un comportamiento muy oscilatorio, que siempre depende de sus movimientos de otros fenómenos que están ocurriendo en la economía general, fundamentalmente en la agricultura, y no solamente en la agricultura, sino en la distribución de rentas de la agricultura.

En la Castilla de la época moderna las elaboraciones de paños están al servicio del consumo, y ese consumo depende de la distribución de rentas del sector primario, de la agricultura y la ganadería. Se explica perfectamente, por ejemplo, un caso que está aquí aludido, el de Segovia. Segovia llega a alcanzar su apogeo justamente en el momento en que la distribución de rentas de la agricultura y de la ganadería se concentra en unos pocos, y se concentra por una serie de mecanismos innecesarios de exponer aquí. Ayuda a esa concentración en Segovia, y a la calidad de los tejidos de Segovia, y a las técnicas, incluso, de Segovia el comportamiento de las rentas obtenidas del sector

público. Cuando todas esas rentas, todos esos ingresos, todos esos beneficios, toda esa riqueza se concentra en un grupo concreto, además de relativamente reducido, la tendencia general de las manufacturas es a producir paños de calidad, a producir paños caros e incluso a concentrarse. Cuando, por el contrario, en la agricultura, a principios del siglo XVII, se manifiestan una serie de años de malas cosechas, y cuando coincide esto también con que el sector público deja de pagar rentas y, en fin, cuando incide sobre todos estos fenómenos la peste y motivos generales que hacen que la renta del país sea más pequeña y que, sin embargo, se distribuya entre sectores sociales más amplios, las manufacturas cambian también de signo, desaparecen las manufacturas concentradas que hacen paños de calidad y vuelven a reaparecer manufacturas rurales, manufacturas, incluso, en las propias ciudades. Tales son los casos de Segovia (hoy sabemos un poco a través del libro de Fortea), de Córdoba, en fin, de Cuenca, que, por otra parte, está bien documentado. Es decir, que las manufacturas siempre dependen de un proceso en el cual ellas no solamente no son protagonistas, sino que son más bien coro de lo que sucede.

En el siglo XVIII, ¿por qué esa inversión estatal? (sigo refiriéndome fundamentalmente a Castilla), pues sencillamente para sustituir actividades manufactureras que los particulares no son capaces de llevar a cabo y, además, en este caso concreto, no solamente para atender el consumo nacional, sino para atender la demanda de América.

En conclusión, el concepto de «Protoindustrialización» que se basa en un sector que va a ser dominante después de la revolución industrial, vistos los antecedentes de esa revolución industrial sólo en el sector industrial (vamos a llamarle así, aunque ofrece discutibles calificativos de industrial), me parece un paso atrás en el concepto que dio buenos frutos, que era el de la historia global.

Juan GUIADO. Creo que muy a menudo, cuando se hace una investigación de historia económica que se refiere a un período previo a la industrialización, se olvida frecuentemente, o no se tiene suficientemente en cuenta, el peso enorme que el sector agrario tiene, por definición, en esta sociedad. En este sentido, voy a hacer una serie de referencias al caso aquí aludido de Andalucía. Precisamente llevo tiempo estudiando con bastante calma todo un sector industrial en una evolución de unos cuatrocientos años hasta el período de la industrialización.

Si tratamos de precisar cuál es el momento en el que Málaga se diferencia de Cádiz, siendo Málaga una zona exportadora de productos de etapa que se le llaman, tengo que decir que creo tener una documentación bastante perfecta para el siglo XVIII y el siglo XIX, y, según ella, en ningún momento Málaga es un puerto exportador de etapa. Para mediados del siglo XVIII tengo

la estadística completa de las veinticuatro casas del comercio que tenían el monopolio en Málaga, y más del 80 por 100 del total de las exportaciones de estas casas, pormenorizadas producto por producto, valores y años para cada una de las casas, están constituidas exclusivamente por el vino, las pasas y las uvas. Incluso lo que se viene afirmando muy frecuentemente de que Málaga era el puerto de exportación de productos de Jaén y Córdoba, e incluso de la parte de Sevilla, no encuentra en las estadísticas del siglo XVIII y del siglo XIX su confirmación estadística a un nivel tan pormenorizado.

En segundo lugar, yo creo que habría que plantear la cuestión del hecho de la industria rural, de la industria básica en el proceso previo a la industrialización, teniendo en cuenta también otros planteamientos. No debemos olvidar que tenemos una estadística en España excesivamente burocrática, excesivamente deficiente. Muy frecuentemente una estadística presenta a un señor como jornalero, pero si se analiza otro censo, a muy poca distancia del anterior, resulta que ese mismo señor, que aparece como jornalero, aparece como productor en cualquier otro tipo de actividad por la sencilla razón de que es muy frecuente el caso de que nuestras estadísticas no tengan en cuenta las actividades complementarias. ¿Y cómo se analizan esas actividades complementarias? Yo creo que una solución estaría en poder analizar por zonas, calcular el consumo de su población, deducir de él lo que se importa y tratar entonces de hacer una verificación a través de lo que se podría producir *in situ*. A través, por ejemplo, de la documentación que ofrece durante el siglo XVIII para zonas de la provincia de Málaga, tengo que decir que el peso de las industrias rurales es mucho más fuerte de lo que normalmente se viene creyendo. El sesgo está en que las estadísticas tienen frecuentemente más en cuenta todo lo que está cercano al puerto, todo lo que entra y sale por el puerto, por la posibilidad de un censo aduanero. Pero, siguiendo esta estadística que he mencionado anteriormente, se deduce de la población que tenía Málaga que del reino de Granada, del que en ese momento tenía el monopolio, lo que se importaba era una cantidad ínfima. Por lo tanto, tengo que deducir que una serie de fuentes, como, por ejemplo, Larruga, Lerena, el Catastro de Ensenada, el Catastro de Carvajal y otros catrastos por el estilo, deducen que había mucha más producción rural en esa zona de lo que de las estadísticas se podía en sí deducir.

Yo creo que el problema que se nos presenta aquí es el de estar presos detrás de un modelo normativo al que con la sucesión de la moda vamos sustituyendo. Primero tenemos «preindustrialización», luego tenemos un modelo de industrialización inglesa, después tenemos unos modelos de «Proto-industrialización», y así vamos siempre detrás de modelos, lo cual puede tener un valor indudablemente, pero siempre da la coincidencia de que nos con-

ducen a la situación de preguntarnos: ¿por qué no se produce en España tal modelo?, cuando realmente uno de los problemas que se presentan sería saber qué modelo se da.

Agustín GONZÁLEZ ENCISO. Carmona preguntaba en qué medida la exportación lanera pudo influir en la cuestión de la capitalización de los comerciantes de Cameros. Y creo que es interesante decir que la decadencia de la exportación lanera puede influir, evidentemente, en la descapitalización no solamente de los comerciantes, sino también de los productores, porque esto también creo que es necesario reseñarlo. Había muchos empresarios textiles (creo que muchos, pero tampoco podría matizarlo) que eran exportadores de lana. Aunque hay que replantearse un poco también hasta qué punto las exportaciones laneras son positivas o negativas para la situación de la industria, porque si bien había empresarios que ganaban capitales exportando lana y luego lo invertían en la industria, ésta era una situación un poco extraña.

Una segunda cuestión, también referente a la comunicación de Carmona, y que enlaza con lo que acaba de comentarnos de una manera magistral el profesor Felipe Ruiz, es la dependencia de las manufacturas del consumo y, por tanto, de la distribución de la renta. Yo pienso que esto, de alguna manera, está relacionado con el régimen señorial, que determinaba en muchos aspectos esta distribución de la renta. En mi comunicación yo hablo, por ejemplo, de que quizá esa situación señorial puede influir en la situación industrial, en los últimos párrafos de las conclusiones. También sabemos que, por ejemplo, en Béjar, el duque facilitó el desarrollo industrial. Yo preguntaría a Carmona, ya que se refiere en su comunicación a que los terratenientes no invierten en la industria, o a que los terratenientes impiden el desarrollo industrial, en qué medida esto ocurre y cómo se realiza este posible impedimento de los terratenientes al desarrollo industrial.

Xan CARMONA BADÍA. En Galicia, como se sabe por los escritos de García Lombardero, no es que hubiera una clase de terratenientes, sino que, en lo fundamental, había dos clases de rentistas: la de los detentadores del dominio eminente y la de los intermediarios entre los detentadores del dominio eminente y los cultivadores directos, y estos intermediarios eran los que, sobre todo, tenían su asiento en Galicia; los otros eran la Iglesia y algunos grandes nobles.

Este grupo intermediario, durante el último tercio del siglo XVIII, a lo largo de todo el siglo XIX y prácticamente hasta 1926 (en que se produce la Ley de Redención de Foros), es un grupo que, situado entre dos fuegos, intenta conservar la situación y se opone con «uñas y dientes» a todo lo que

suponga innovaciones en la agricultura y en las cuestiones con ella relacionadas.

Este grupo tenía una presencia muy importante dentro de las instituciones ilustradas en Galicia, y a partir de ahí lleva una actuación tendente a fomentar formas de industria popular, que están poco relacionadas con aquel tipo de concentración de los productos dispersos; es decir, esta gente tiene una actuación muy ambigua y en muchos casos orientada más bien a obstaculizar un proceso de concentración de los productores.

También hay dentro de este proceso otra serie de obstáculos. En concreto, el agua era un recurso de mucha importancia en ciertas fases del proceso de elaboración del lino, y hay cantidad de pleitos y cantidad de conflictos derivados de la utilización del agua para empozado, que era una de las fases de trabajo del lino, o para la posible construcción de molinos en los cuales se realizara el mazado, el gramado del lino. Entonces, tanto con los problemas que ponían en la utilización de ciertos recursos, como en una propia política tendente a obstaculizar la concentración de los productores, estos grupos perceptores de las rentas obstaculizaban la concentración de los productores. Igualmente es conocida la oposición de los párrocos rurales a todo lo que se suponga intentos de concentración. Por ejemplo, en la zona de Ribadeo, cuando Cester intenta concentrar a los productores en su fábrica, los curas llegan a prohibir a las doncellas solteras que acudan a la fábrica.

Juan HELGUERA. Se ha dicho aquí esta mañana que la consideración de hechos aislados del pasado podía llevar a incurrir en errores. Se citó el caso de la metodología de los historiadores del derecho. Pues también pudiera ocurrir, y esto afecta a los historiadores de la economía, que la consideración de series aisladas pudiera conducir a errores.

Me refiero en concreto a la ponencia de Jordi Maluquer: «La producción de hierro en la farga catalana». Por el título da la impresión de que se nos va a presentar un modelo «intemporal de la producción de hierro en la farga catalana, cuando en realidad lo que se nos está presentando es una realidad residual, un puro arcaísmo. Esto se debe, en parte quizá, a la bibliografía utilizada; por ejemplo, el viejo clásico de Gallardo y Rubió, y la falta de perspectiva temporal, de perspectiva histórica, en el tiempo largo.

En el caso de las fargas catalanas parece claro que su decadencia se inicia de forma imparable a partir de la «Paz de los Pirineos», en 1659, que supone la pérdida de Rosellón y la Cerdeña, que eran las principales regiones forestales de Cataluña y, por tanto, regiones abastecidas de carbón vegetal. En consecuencia, ya en el siglo XVIII las fargas que van quedando son puramente supervivientes, de tal manera que lo más sano, lo más vital de la industria siderúrgica catalana del siglo XVIII es precisamente la industria de transfor-

mación; por ejemplo, la fabricación de armas, o de clavos en Ripoll, con unas instalaciones bastante semejantes a las ferrerías «tiraderas», las ferrerías «martineteras» del País Vasco.

Por otra parte, en cuanto a la coyuntura de la producción, no tiene sentido comparar la coyuntura de la producción de hierro de estas fargas catalanas residuales y aisladas de la primera mitad del siglo XIX, o de los últimos años del siglo XVIII, con la coyuntura de la producción de las ferrerías vascas, que producen para un mercado exterior y que son mucho más sensibles a las alteraciones de ese mercado exterior, mientras que estas fargas residuales producen para un mercado local o, como mucho, para un mercado comarcal.

Jordi MALUQUER. Tengo que contestar al profesor Helguera negando radicalmente todo lo que ha afirmado. No se trata de que el siglo XVIII sea una época de fargas residuales: es la época de plenitud, es cuando se establecen; de modo que antes del siglo XVIII el número de fargas es muy limitado.

Yo no hago ninguna comparación de coyuntura con las ferrerías vascas, de modo que por ahí no hay nada que decir. Simplemente lo que trato de establecer es la capacidad de producción de una farga, y en eso no hay variaciones tecnológicas sensibles no ya en el siglo XIX, sino ni en el siglo XVIII ni en el XVII; las técnicas son exactamente idénticas.

En definitiva, me parece que la respuesta es fácil: las fargas, insisto, están en su fase de máxima plenitud en el siglo XVIII, particularmente en las últimas décadas del siglo XVIII, precisamente porque abastecen a un mercado interior que genera una demanda creciente de productos metálicos. Tengo que discrepar también de la valoración que hace de la industria de transformación. La industria de transformación es muy poco importante, a diferencia de la industria vasca. Es una industria, en este caso sí residual, de construcción de armas portátiles en Ripoll y construcción de clavazón, y prácticamente nada más.

Jaume TORRAS. Se levanta la sesión. Muchas gracias.